



Sophie Saint Rose

Serie Texas

Hasta

que entres en razón

2

Hasta que entres en razón 2

Sophie Saint Rose

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Menuda mierda de puesto había conseguido. Después de dejarse las pestañas estudiando acababa en Rainshaw, un pueblo alejado de la mano de Dios en Texas. Es que había que tener mala suerte. Tenía casi el puesto asegurado en el Monte Sinaí para después de sus prácticas y tenía que cagarla al administrarle a un paciente una dosis más alta de lo recomendado. Bueno, tenía noventa y seis años, tampoco es que le quedara mucho de vida.

Cerró la puerta de la ambulancia de golpe y se puso la correa de su bolsa al hombro gruñendo al ver todo el gentío que entraba en el rodeo. Llevaba dos días allí y todavía se sorprendía a ver a tíos con sombreros vaqueros y botas de cowboy. Eso por no hablar de las mujeres. Las jóvenes no le llamaban demasiado la atención, pero las mayores iban vestidas como en los años veinte. Vestidos de flores por debajo de las rodillas con cuellos de encaje blanco, acompañados de zapatos de cordones. Era como estar en otra dimensión.

Su enfermera se acercó dándole un chaleco refractario que indicaba que era sanitario. — ¿Cuánto dura esto? —preguntó exasperada.

—Depende de cuantos quieran romperse los huesos —contestó Maira antes de darle un codazo mirándola divertida con sus chispeantes ojos castaños—. Anímate Carrie, te divertirás.

—¿Me lo juras?

Se echó a reír recogiendo sus rizos rubios en una cola. —Vamos, tampoco es para tanto. Tienes que aclimatarte.

—No puedo creer que me hayas convencido para vivir aquí.

—Prima...

—Somos primas segundas.

—Somos parientes, lejanas vale, pero cuando la tía Lisbet habló con mi madre por teléfono después de la muerte del tío Harry...

—No era tío de mi madre. —Cogió la goma del pelo que tenía en la muñeca y se lo recogió en un rodete dejando algunos de sus rizos pelirrojos colgando de manera descuidada.

—Encima que la avisamos para el funeral. Por cierto, nunca viene a ninguno.

—¡Será porque esto queda en el quinto pino! Y no ha vuelto por aquí desde que tenía cinco años y su padre se mudó a Nueva York.

—¡Has vuelto a tus raíces! Deberías estar orgullosa. Bienvenida a tu hogar.

La mataría. De hecho si tuviera un bisturí en la mano se la cargaría sin dudarlo y a la mierda el juramento hipocrático.

—Bueno, a lo que íbamos, cuando mi madre interrogó a la tuya sobre cómo iba todo, como hace siempre, y le dijo la desgracia que te había ocurrido, no podías pensar que la familia no te ayudaría, ¿verdad? Para eso estoy yo aquí.

Puso sus preciosos ojos verdes en blanco antes de coger la bolsa y caminar hacia donde se celebraba el rodeo.

Su prima corrió colocándose a su lado orgullosa. —Ya verás, aquí vas a ser muy feliz. Somos una gran familia. —De repente vieron las gradas que estaban a rebosar y la cogió de la mano tirando de ella rodeando la arena hasta llegar hasta donde estaban los vaqueros. Maira iba saludando a unos y a otros y le dio otro codazo. La iba a llenar de morados. —Mira, ahí están los Brenner. Son los favoritos.

—Pues que bien. —Sacó su móvil revisando si había recibido una llamada milagrosa que la devolviera a la civilización, pero solo tenía un mensaje de su madre preguntándole si se había instalado. Sí, mamá. Me he instalado, ya estoy trabajando y esto es el paraíso, contestó no queriendo preocuparla.

—Tú te lo pierdes. Son de lo mejorcito que hay por aquí —dijo como una salida.

Levantó la vista del teléfono al ver que miraba algo tras ella con una sonrisa seductora en la cara y se volvió para ver a dos tíos morenos hablando tranquilamente. Hizo una mueca porque no estaban nada mal, de hecho estaban para comérselos tan morenos y llenos de músculos, pero no es que la impresionaran demasiado. Se volvió para seguir escribiendo al teléfono y su prima la miró asombrada. —¿No te gustan?

—Psss. —Siguió tecleando.

—Bueno, Dallas ya está pillado, pero Walt está soltero, ¿sabes? Una vez salí con él.

—¿No me digas? —preguntó distraída.

—Sí, tenía dieciocho y él veinticuatro.

—Estupendo, un perverso.

Se echó a reír. —Qué va. Solo me dio un beso de buenas noches y sin lengua ni nada. No le gusté y lo entiendo. En aquel momento no teníamos mucho en común.

—¿Buscando una segunda oportunidad, prima?

—Sí —respondió ansiosa.

Se dio por vencida porque hasta que no se lo contara todo no la dejaría en paz y se giró hacia ella. —Bien, soy toda oídos.

Ilusionada dijo —Es tan guapo...

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¿No que es inteligente o divertido, que tiene una sonrisa que te paraliza el corazón? —Hizo una mueca. —¿Solo que es guapo?

—¡Sí! —Suspiró de manera exagerada y no pudo evitar sonreír al ver su ilusión. —Y lo del corazón lo hace. Y es divertido.

—Pues mucha suerte.

Eso le hizo perder la sonrisa. —No me hace mucho caso. Ninguno, más bien. Solo es

educado. Él no ha sentido la chispa de los Brenner.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó antes de escuchar la voz que salía del altavoz que tenía al lado casi dejándola sorda.

Su prima empezó a parlotear por los codos, pero solo escuchó sienten y mujeres. Asintió sonriendo porque sino le contaría todo el rollo de nuevo. —Así que ya ves —dijo cuando el tipo terminó de hablar—. Yo no tendré esa suerte.

—Hay muchos peces en el mar. Oye, ¿por qué no nos ponemos allí? —preguntó señalando un lugar mucho más despejado.

—Sí, así lo veremos mejor.

Cogió su bolsa y pasó ante los vaqueros. Varios les silbaron y Maira rio como una tonta. Al pasar ante los Brenner sus ojos se encontraron con unos ojos azules que sobresaltaron su corazón. El tipo la miró muy serio bajo su sombrero vaquero como si le interesara muchísimo. Como si en ese momento estuvieran solos. Sintió como su sangre se aceleraba, pero avergonzada apartó la vista aparentando que no le había visto. Como si nada pasó ante él y susurró a su prima —¿Quién es el otro?

—Oh, es Curt... —Cuando la miró sin comprender añadió —Brenner. Son tres hermanos. Te lo he dicho antes.

—¿Si? —Madre mía, tenía que empezar a hacerle más caso a su prima. —¿Cuándo?

Maira saludó a alguien y se acercó al tipo pasando de ella. Cuando quería que le contara cosas pasaba de ella. De repente la cogió por el brazo para presentarla y ella forzó una sonrisa dándole la mano a uno de los vaqueros que se llamaba Joss Williams. El chaval debía tener veinte años y estaba cagado de miedo porque estaba rojo como un tomate y sudaba a mares. —¿Vas a probar?

—Sí, por supuesto. ¿Has visto algún rodeo alguna vez? —preguntó él intentando hacerse el machito.

—Sí, de pequeña porque mi madre los veía por la tele. Os admiro mucho, por eso estoy aquí, para curar vuestros huesos rotos.

Tiró de la cinturilla de sus pantalones. —Yo no voy a romperme nada. Aunque igual vas a tener que ayudar al jefe.

—¿El jefe? —Miró hacia donde señalaba y vio como Dallas Brenner se subía a uno de los toros. —¿Es tu jefe?

—Dallas es el dueño del rancho y es el jefe. Sus hermanos trabajan con él —explicó Maira. Al mirar hacia el resto de los hermanos Brenner sus ojos coincidieron con los de Curt. Algo acalorada apartó la vista. ¿Qué rayos le pasaba? En ese momento salió Dallas y no pudo menos que admirar lo bien que se le daba. Pero que muy bien. Se mantuvo sobre el toro levantando el brazo los ocho segundos necesarios y cuando sonó la sirena se dejó caer rodando como todo un profesional. Era evidente que aquello había acabado antes de empezar. Joss juró por lo bajo alejándose cabreado. Parecía que estaba deseando vencer a su jefe y por lo que veía en la cara de los que estaban alrededor, los demás también.

Fue el momento de Joss que no duró ni un segundo sobre el toro. Cojeando fue hasta la puerta y ella le cogió por el brazo. —¿Necesitas ayuda?

—No, qué va.

Le vio irse cojeando e intentando salvar su orgullo. Carrie chasqueó la lengua porque estaba segura de que tenía un esguince de primera, pero merecía una lección, así que fuera a verla a la consulta cuando se le hubiera hinchado. Había que ser idiota.

En ese momento vio que Curt se subía al toro y se le cortó el aliento por como cogía el agarre de cuero levantando el brazo. Bajo su sombrero mostraba parte de su cabello moreno y su duro perfil. Estaba totalmente concentrado y como si se detuviera el tiempo le devoró con la mirada. Su nariz recta, sus finos labios y su mentón... Sus ojos bajaron por su cuello y fascinada vio como una gota de sudor descendía sobre su piel morena desapareciendo en el cuello de su

camisa. Al mirar su antebrazo vio como sus músculos se tensaban haciendo que algo subiera desde su vientre hasta su pecho alterándole la respiración y no perdió detalle de cómo se acomodaba sobre el bicho y asentía. La puerta se abrió de repente y como a cámara lenta el toro empezó a saltar sobre sus patas traseras. Fascinada ni sintió que pasaba el tiempo ni como los de las gradas gritaban animándole. Dio un paso hacia la puerta de salida viendo como se ladeaba hacia la derecha y cuando sonó la sirena él se soltó dejándose caer. Su sonrisa al levantarse y saludar como todo un campeón la dejaron sin aliento. Él se acercó a la puerta sin perder la sonrisa y sus ojos se encontraron. Dio un paso atrás para dejarle pasar cuando la cogió por la nuca y la besó de una manera que le provocó un vuelco al corazón. De la sorpresa abrió la boca y Curt la saboreó haciendo que sus piernas temblaran justo antes de que él se apartara para sonreírle como si estuviera muy satisfecho de sí mismo. Aún sorprendida por su descaro le pegó un puñetazo que le hizo trastrabillar hacia atrás y Carrie retuvo el aire viendo que al principio parecía sorprendido, pero después sonrió de una manera en que todo su cuerpo ardió. Aquello no podía ser sano.

Escuchó las risas rodeándola y miró a su alrededor poniéndose como un tomate. Maira intentaba contenerse y la cogió del brazo alejándola de los vaqueros. —Bien hecho.

—¿Si?

—¿Cómo ha sido?

—¿Cómo ha sido el qué?

—¡El beso, tonta!

Lo pensó dos segundos. —Como si ese toro me pasara por encima.

—¿De verdad? Leche. Sabía que era bueno besando, pero no tanto.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó mosqueada sin darse cuenta.

Maira soltó una risita. —Es un don Juan. Es el que más liga de los Brenner. Las tiene a puñados y cada fin de semana está con una distinta.

—¿No me digas? —dijo entre dientes. Así que era un cara. Pues con ella lo llevaba claro. Miró sobre su hombro y vio como Walt le palmeaba la espalda a su hermano riendo mientras él no le quitaba ojo.

—Uy, uy, estás en su punto de mira. ¿Te hago la maleta?

La miró sin entender. —¿Qué?

Su prima puso los brazos en jarras. —¿Me entiendes cuando hablo?

—Claro.

Maira puso los ojos en blanco antes de mirar tras ella. —Oh, ahí sale Walt. A él no le gustan mucho estas cosas. Lo hace por superar a sus hermanos. Es el pequeño y siempre ha habido rivalidad.

Ella observó como salía a la arena, pero no duró nada más que seis segundos. Maira chasqueó la lengua al ver que al rodar por el suelo se había hecho daño y Carrie cogió su botiquín acercándose a la puerta donde Curt preocupado esperaba a su hermano. —¿Estás bien? —preguntó con una voz de lo más masculina.

¿Pero qué rayos le pasaba? ¿Qué voz masculina ni qué tontería? Céntrate Carrie, a tu trabajo.

—La muñeca —respondió Walt.

—Mierda. —Curt se pasó la mano por su cabello negro.

—¿Te duele la muñeca? —Le cogió del brazo. Al ver que se resistía dijo —Ven por aquí. —Se alejaron hasta una alpaca de heno. —Siéntate.

Walt bufó sentándose. —Doctora...

—Anderson, soy la doctora Anderson. —Dejó la maleta a un lado y le cogió su mano que era enorme comparada con la suya. Tenía callos en las palmas y en los dedos del trabajo en el campo y las riendas de los caballos. En esos dos días había visto muchas manos así.

—¿Y de nombre?

La voz grave detrás de ella la tensó y miró sobre su hombro. —No le interesa, señor Brenner.

Él sonrió. —Veo que te has informado de quien soy.

—¿Hay alguien aquí que no lo sepa? —Miró la muñeca de su paciente de nuevo y la giró lentamente. Walt gruñó.

—¿Está rota? —preguntó Maira preocupada.

—Sí. —Se enderezó. —Bueno, Walt... Vas a tener que acompañarme a la consulta para que te haga una placa.

—¿Seguro que está rota? —Fulminó con la mirada a Curt que carraspeó. —Usted es la doctora.

—Exacto. De todas maneras para asegurarme haré esa placa.

—¿Qué ocurre?

Todos se volvieron hacia Dallas que muy serio llegaba en ese momento con una niña en brazos de gruesos rizos negros, con una preciosa rubia embarazadísima a su lado y un chaval de unos dieciséis que no podía decir que no era un Brenner porque se veía a la legua.

—Se ha roto la muñeca —dijo Curt con fastidio.

Dallas miró a su hermano muy tenso y se acercó a Walt. —¿Estás bien?

—Sí, claro. Esto es una chorrada.

Carrie apretó los labios al ver que al levantarse intentaba reprimir un gesto de dolor como si le doliera el torso.

—Hola... —Carrie se volvió hacia la rubia que sonreía agradablemente. —Soy Yanina Brenner.

—Encantada, Carrie Anderson.

—La nueva doctora. Mi Robbie me ha informado.

El chico le guiñó el ojo haciéndola sonreír. —Bienvenida a Rainshaw.

—Gracias. —Bajó la vista hacia el avanzado estado de la mujer. —¿Tiene el seguimiento de su embarazo por aquí cerca? Me gustaría hablar con su tocólogo.

—El seguimiento me lo hacía el doctor Trammell.

Carrie frunció el ceño. —¿Pero no se murió hace cuatro meses?

—Sí.

—¿Y hace cuatro meses que no hace una revisión?

Dallas se tensó. —¿Ocurre algo?

—¡Pues sí! ¡Sí que ocurre! ¡Mañana la quiero en mi consulta a primera hora! —Al ver que se caía otro gruñó cogiendo su bolsa. —Voy a ver qué se ha roto ese.

Los Brenner se giraron para verla ir con su enfermera hasta la puerta y sonrieron encantados.

—Curt... No puedes tocarla.

—No me jodas, Yanina. —La fulminó con la mirada. —No te metas en esto.

—El sheriff ya te tiene echado el ojo. Tendrás que hacerlo por el método tradicional.

Walt se echó a reír y le dio una palmada con su mano sana. —La familia te apoya, hermano.

—Cierra el pico.

—Tío, si quieres te ayudo como ayudé a Dallas. —Yanina se echó a reír y Robbie la miró ofendido. —¿Le ayudé! ¡Niégalo!

—No, por Dios... cómo voy a negar eso. Nos serviste de mucha ayuda.

—¿Ves? —Su sobrino se acercó a Curt. —¿Quieres que la invite a salir por ti?

Los Brenner se echaron a reír. Todos menos Curt que le miró como si quisiera cargárselo.
—Creo que puedo solo, gracias. Hasta ahora no he necesitado tu ayuda.

—Y así te ha ido. —Cuando su tío dio un paso hacia él, Robbie echó a correr y el chico gritó —¡Os veo en la comida!

Yanina levantó una de sus cejas rubias antes de gemir. —Mierda, sabía que se me olvidaba algo.

Los Brenner la miraron como si fuera un desastre. —¿Qué? ¡Tengo una hija y otro a punto de venir! ¡Tengo dos trabajos y un marido muy exigente! ¡Comeréis hamburguesas que tampoco es para tanto!

—Nena... Ya te he dicho que eso de los trabajos...

—Bah, si son a tiempo parcial. Cuando te casaste conmigo sabías que no soy la típica ama de casa.

Los Brenner rieron por lo bajo. —Es cierto, cielo. Tu manera de cocinar no fue lo que me enamoró de ti.

Sonrió encantada. —Lo sé.

Walt miró a su hermano que no quitaba ojo a la nueva doctora que aunque disimulaba los controlaba de reojo. —¿Qué piensas hacer?

—Si no tengo más remedio... La cortejaré.

—No parece que tengáis mucho en común.

Le miró como si quisiera romperle cuatro huesos más. —Ya está decidido.

Reprimió la risa. —Perfecto, hermano. Estoy deseando ir de boda.

Capítulo 2

Cuando llegó a la consulta allí estaban todos los Brenner sonriendo de oreja a oreja. — Siento el retraso. He tenido que llevar a uno al hospital del condado —dijo agotada porque se había levantado a las seis de la mañana por una paciente y no había podido ni comer. Llevaba unos días de locos con la mudanza y los pacientes que como los Brenner habían retrasado sus consultas hasta que ella llegara. —Maira, prepara a Walt para una placa.

—Sí, prima. —Sonrió a Walt de oreja a oreja. —¿Me acompañas?

—¿Sois primas? —preguntó Yanina interesada.

—Sí, segundas. Nuestras madres son primas. Vivían a unos kilómetros, en Prinkhill, ¿sabes? Pero se mudaron a Nueva York cuando su madre era muy pequeña.

Acostumbrada a que su prima contara su vida a todo el mundo entró en la consulta y se quitó el chaleco. Estaba asfixiada después del viajecito en una ambulancia sin aire acondicionado. Tendría que hacer que lo repararan si no quería que la palmara algún paciente en el traslado. Se puso su bata blanca y se volvió abrochándose para ver a Curt en la puerta de la consulta observándola fijamente. Se tensó dejando caer las manos. —¿Querías algo?

—Me duele la garganta. ¿No me habrás pasado la mononucleosis o algo de eso? —preguntó divertido.

—Eso te vendría de perlas a ver si así aprendes la lección. ¡No se besa a desconocidas!

—Pero es que hay desconocidas de lo más tentadoras. —Entró en la consulta y cerró la puerta.

—¿Qué haces?

—Tengo que bajarme los pantalones y no quiero que me vea nadie... salvo tú —dijo con voz ronca dando un paso hacia ella.

—¿Perdón?

Él se llevó las manos a la cinturilla de su pantalón y desabrochó los botones dejándola con la boca seca. Los vaqueros cayeron mostrando las piernas más masculinas que había visto en su vida llenas de pelitos morenos que le parecieron de lo más sexis, pero lo que la puso a mil fue ver esos slip negros que dejaban poco a la imaginación porque estaba semierecto o al menos eso esperaba porque si no la tenía como un caballo.

—¿Tú qué opinas?

Alelada le miró a los ojos. —¿Qué?

—¿Crees que es grave? —preguntó comiéndosela con la mirada.

—¿El qué? —Reaccionando entrecerró los ojos. —Porque si es que estás empalmado, creo que has venido al sitio equivocado.

Sonrió de medio lado. —Eso lo has provocado tú —dijo cortándole el aliento—. Pero yo hablaba de lo otro.

Sin poder evitarlo miró sus piernas de nuevo y acercó el rostro al ver una mancha en el interior del muslo a la altura de los testículos. —¿Qué es eso?

Él perdió la sonrisa de golpe y se miró. —Nena, si no sabes tú lo que es...

Le cogió del brazo y dijo —Siéntate en la camilla.

—No estás poniendo muy buena cara.

—Curt siéntate en la camilla.

Lo hizo y vio cómo se ponía unos guantes de látex. —Me estás preocupando, ¿sabes?

—Seguro que no es nada —dijo como siempre antes de empujar su pierna para abrir más el muslo. Dios, qué duro estaba. Se notaba que hacía ejercicio. Observó la mancha sonrojada. —

¿Hace cuánto que lo tienes?

—Unas tres semanas.

—¿Te duele?

—A veces me pica y a veces me duele. —Lo palpó con cuidado y él dio un respingo. —
Joder, nena.... Me estás poniendo a mil.

Le miró como si estuviera mal de la cabeza y él hizo una mueca. —No puedo evitarlo.

—Pues inténtalo, ¿quieres? —Acalorada se volvió y se quitó la bata. —Qué calor. ¿Es que aquí tampoco hay aire acondicionado?

—El doctor decía que provoca enfermedades y que era mejor evitarlo. Por eso lo desconectó aquí, en su casa y en la ambulancia.

Ahora lo entendía. —Gracias por la información.

Él sonrió. —De nada, preciosa.

Apretó los labios enderezándose y forzó una sonrisa por lo que iba a decir. Pero no le quedaba más remedio. —Muy bien, quítate los calzoncillos y tumbate en la camilla con las piernas abiertas.

—Lo que diga la doctora.

Se levantó quitándose las botas a toda prisa y los pantalones. —Los calcetines también. Quiero comprobar que no lo tengas en los dedos de los pies.

Mirándola a los ojos levantó una pierna quitándose el calcetín y después el otro. Se bajó los calzoncillos mostrando que ahora sí estaba totalmente excitado y ella miró su miembro sin poder evitarlo. Dios, nunca le había pasado algo así. Parecía una perversa. Se sonrojó volviéndose. —A la camilla, por favor.

—Será un placer —dijo con voz ronca sentándose antes de tumbarse—. Me encanta esta postura. ¿Qué tal cabalgas, nena?

Ese hombre era capaz de provocar un infarto a la tía más sana del universo. Se volvió con un bastoncillo en la mano que ni sabía que había cogido. —No he montado nunca —dijo con la voz temblorosa.

—No pasa nada. Yo te enseño. —Se puso ante sus piernas abiertas y él frunció el ceño antes de sonreír. —Sí que eres generosa. No es que me queje, pero soy de los que me gusta tomar la iniciativa en la cama.

Dándose cuenta de lo que quería decir se cabreó. ¿Qué se pensaba? ¿Que se lo iba a tirar en la consulta? ¡Si acababa de conocerle! —Te gusta tomar la iniciativa, ¿eh?

—Pero estoy dispuesto a que te dejes llevar.

Sonrió maliciosa. —Veamos... —Separó sus rodillas de golpe y miró sus testículos. Levantó una ceja antes de mirarle a los ojos y sonreír radiante. Como no tenía más remedio le sujetó un testículo girándoselo lentamente y él gimió de placer. Fue como si la traspasara un rayo y apartó la mano de golpe carraspeando. —Bueno... Ya puedes vestirme.

Él levantó la cabeza de golpe. —¿Qué?

—Tienes hongos.

—¿Qué? —gritó más alto sentándose tan rápido que la sobresaltó. Mira, hasta se le estaba bajando la erección.

—No es nada.

—¿Me los han pegado? —gritó a los cuatro vientos.

—Puede haber varias razones. Mantener relaciones sexuales con alguien que tenga candidiasis... también la falta de higiene... sudar en exceso... —Sonrió encantada por la cara que ponía. Parecía que le había dado la sorpresa de su vida y cuando miró su sexo se dio cuenta de que se le habían quitado las ganas del todo. —Tranquilo, tiene tratamiento.

—¡Siempre uso condón!

—¿Seguro?

—¡Sí! —gritó furioso.

—Entonces lo más probable será la falta de higiene. Es lo mismo, tienes lo que tienes.

—Me cago en la...

—Una cremita y cuando se vayan los síntomas un mes sin relaciones. Mejor prevenir que lamentar —dijo encantada de la vida.

—¿Un mes?

—No querrás esparcir esos bichitos por ahí, ¿verdad?

Dejó caer la mandíbula del asombro y casi se le escapa la risa. —Bueno, voy a ver a tu hermano que ya ha esperado bastante. —Cuando salió gritó para fastidiarle —¡Maira! ¿Tenemos alguna crema para los hongos testiculares por ahí?

Escuchó que algo se caía dentro de la consulta antes de que su prima gritara —¿Es para Curt?

—Sí.

Las risas en la sala de espera casi la hicieron reír y entró en la habitación donde Walt esperaba para hacer la placa con la mano sobre la superficie del aparato. Parecía de lo más divertido, pero ella hizo como si nada cerrando la puerta. —Antes de eso quítate la camisa.

—¿Mi hermano tiene hongos?

—La camisa, Walt. Quiero ir a comer algo.

—Yanina tiene una cafetería aquí al lado. La lleva su amiga Merryl, ¿sabes? El mejor chili de la ciudad.

—Oh, ya lo he probado. —Sonrió encantada. —Y Merryl es una chica muy agradable. ¿Maira?

Se acercó a Walt comiéndoselo con los ojos, pero ni se dio cuenta. Frunció el ceño al ver

como amablemente le ayudaba a quitarse la camisa y Carrie apretó los labios porque pasaba de ella totalmente. Se sentó en el taburete móvil y se arrastró con los pies acercándose a él. Tenía un morado enorme. Le palpó con cuidado y él dio un respingo. —Tienes al menos una costilla rota.

—¿Te duele mucho? —preguntó Maira preocupada.

—No, no es nada. Podré trabajar, ¿no? Tenemos mucho que hacer ahora que hemos ampliado la ganadería y...

—Antes voy a hacerte una placa de tórax.

Veinte minutos después miraba las placas. Una costilla rota y otra fisurada. Eso sin contar la muñeca. Se volvió suspirando y se sentó tras su mesa mirando a toda la familia Brenner que la observaba expectante. Niña incluida. Sonrió a Walt antes de empezar a rellenar las recetas. —Quiero que te tomes una de estas cada ocho horas y que pases a verme en una semana. Y nada de trabajar.

Dallas asintió, aunque Walt iba a protestar. —Hermano, no hay más que hablar.

Walt apretó los labios y alargó la mano escayolada para coger la receta. Entonces miró a Curt que la observaba con los ojos entrecerrados y ganas de soltar cuatro gritos. —Lo siento, creía que igual habría algunas muestras para lo tuyo... —Su familia rio por lo bajo. —Pero vas a tener que ir a comprar la crema a la farmacia. Si no remite, deberás volver en una semana. —Le tendió la receta con una sonrisa en la cara. —Y nada de sexo en un mes. Recuérdalo, por favor. Tengo entendido que eres muy activo sexualmente y no quiero tener por aquí una epidemia de hongos, ¿comprendes? —Sonrió maliciosa. —Así que guárdate el pito, ¿quieres?

Yanina se echó a reír y su marido carraspeó mirando de reojo a su hermano que parecía a punto de gritarle cuatro cosas.

—Bueno, es hora de irse —dijo Walt levantándose—. Ni siquiera has comido. No te quitamos más tiempo.

—Te veo en una semana. —Miró encantada a Curt que también se levantaba en ese

momento. —Por cierto, se me olvidaba. Si te tocas ahí como al miccionar...

—¿Al qué?

—Al mear, tío —dijo Robbie riendo.

—Debes lavarte bien las manos después. Mucha higiene. —Sonrió de oreja a oreja. —Y la cremita.

Él puso las manos sobre la mesa. —Nena, ¿me estás provocando?

—¿Yo? —Le miró como si estuviera mal de la cabeza. —¿Perdón?

Vio en sus ojos la determinación y también otro sentimiento en el que no quería pensar en ese momento. Curt dio un golpe sobre el escritorio y salió de la consulta furioso. Todos se quedaron en silencio sin quitarle ojo y ella levantó sus cejas pelirrojas algo arrepentida porque durante un momento le pareció que le había hecho daño. Qué tontería. Forzó una sonrisa. —Señora Brenner lo suyo lo dejamos para mañana, ¿de acuerdo? A primera hora.

—De acuerdo —dijo muy seria levantándose—. Chicos, ¿me esperáis fuera? Cariño, llévate a la niña.

—Te esperamos en la cafetería —dijo su marido.

Yanina la miró fijamente con sus ojos verdes mientras los chicos salían. —Maira, quiero hablar a solas con la doctora.

Su prima se sonrojó. —Oh, sí... por supuesto.

Salió de la consulta a toda prisa y Yanina tomó aire por la nariz. —No me conoces.

—No, acabo de llegar.

—Por eso me veo en la obligación de decirte que son mi familia. —Chasqueó la lengua. —Me hizo gracia lo de los hongos hasta que vi que le habías hecho daño. Y tú te has dado cuenta.

—¿Qué me quieres decir?

—No me gusta que le hagan daño a los míos. No me gusta nada. Sé que crees que has

caído en este pueblucho por un error y que ese error te ha jodido la vida, pero si eres lista puedes llevar una vida estupenda aquí. Si lo sabré yo que he visto de todo.

Carrie se levantó lentamente. —No te conozco como no me conoces tú a mí. No eres nadie para hablar de los errores que he cometido en la vida porque no tienes ni idea y no tienes ningún derecho a recriminarme nada. Si he hecho daño a alguien, quizás es porque se ha tomado demasiadas libertades y ha dado por supuesto cosas que no van a ocurrir —dijo furiosa—. Ahora si me permite... señora Brenner, tengo que ir a comer algo.

Para su sorpresa Yanina sonrió. —Vas a encajar estupendamente.

La vio salir de su despacho y pensó en que era una tía muy rara. A ratos era agradable, pero había veces que te miraba como si fuera capaz de hacer que te fulminara un rayo. Estaba claro que les protegía con uñas y dientes. Pero su sonrisa al salir era lo que la había descolocado. Parecía que le daba el visto bueno. Una familia de locos, eso es lo que eran.

Capítulo 3

Entró en la cafetería del final de la calle. No estaba de humor para encontrarse de nuevo con los Brenner, así que optó por la competencia. Era una cafetería como las de los años cincuenta y le recordó su sitio favorito en Nueva York, así que se sentó en uno de los sofás de piel roja y cogió la carta. Se moría por comer algo decente pero allí solo había hamburguesas y pizzas. Un hombre de unos cuarenta años con bastante barriga se acercó y ella sonrió. —Hola, una hamburguesa doble con queso y un agua, por favor.

—Eres la nueva, ¿verdad? —preguntó en plan déspota antes de mirarla de arriba abajo como si fuera un trozo de carne—. La nueva doctora.

—Pues sí. Carrie Anderson. —Sonrió como todo un salido. Ahora entendía que el local de Yanina estuviera a reventar al contrario que ese.

—Martin Berry. Tendré que pasarme por tu consulta, doctora —dijo mirándola con lascivia.

Chasqueó la lengua. ¿Qué diablos pasaba en ese pueblo? ¿Estaban todos salidos o qué? —Sí, debería porque con esa barriga que tiene es probable que padezca problemas cardiovasculares. ¿Cómo duerme? ¿Apnea del sueño?

—¿Qué?

—Que si se queda sin aire por la noche.

Entrecerró los ojos. —Duermo como un oso.

—Eso no lo dudo. —Sonrió. —Pásese cuando quiera. Seguro que su mujer agradece la visita. Porque está casado, ¿verdad? —Él asintió preocupado. —Bien, pídale cita a Maira. Ahora

si no le importa tengo algo de prisa y estoy muerta de hambre, ¿sabe?

—Enseguida.

Suspiró del alivio cuando vio que se alejaba y cuando gritó su pedido a los cuatro vientos como si fuera un general al que estaba en la cocina le miró asombrada. —Y date prisa, joder... Que la doctora tiene trabajo. —Para su sorpresa se volvió y le guiñó un ojo cómplice.

—Madre mía, dónde me he metido —dijo por lo bajo dejando la carta en el soporte. Miró por el escaparate observando a la gente que salía de la feria. Igual debería haber comido en alguno de los puestos, pero no estaba acostumbrada a que todo el mundo se le presentara queriendo conocer su vida y milagros. Eso era lo más agobiante. En Nueva York vivía en un apartamento y tenía privacidad. Nadie sabía lo que le había ocurrido y a nadie le importaba. ¿Pero allí? Había sido poner un pie en Rainshaw y gracias a su tía y a su prima toda su vida era de dominio público. Y el que no la sabía no se cortaba en preguntar como si fuera alguien de la familia o algo así. Suspiró pasándose la mano por la frente. No sabía si allí aguantaría mucho. Todo aquello la agobiaba un poco. Vida tranquila... y una leche. Desde que había llegado no había parado un minuto. En el hospital tenía horarios, ¿pero allí? ¡Ja! La llamaban cuando les venía en gana y no para urgencias precisamente. Esa mañana se había levantado a las seis porque a una mujer le había salido un grano enorme en la cara y era una de las damas de la fiesta. Era un drama por cómo la mujer se lo describió por teléfono. Pensando que no era un grano por tanto escándalo la hizo ir a la consulta para encontrarse una espinilla normal y corriente. Le hubiera gustado pegarle cuatro gritos, pero lo que hizo para quitarla del medio fue recetarle una crema y enviarla a casa. Esperaba que el grano engordara en proporciones épicas para que esa pesada no volviera a darle la plasta. Bueno, al menos antes del rodeo había podido colocar algo sus cosas en la casa que el pueblo le había cedido como parte de sus honorarios, que no estaba nada mal porque hasta tenía jardín. Pensándolo bien, ganaba más que en Nueva York porque se ahorraba el alquiler. Igual tendría que relajarse un poco. Habían pasado muchas cosas en poco tiempo y todavía tenía que digerirlo.

Sin dejar de mirar el escaparate vio a varios corriendo calle abajo y se tensó. Se levantó lentamente al escuchar gritos justo antes de que una avalancha de gente saliera de la feria. — Mierda.

—¿Qué ha pasado?

—¡No lo sé! —Salió de la cafetería y corrió en contradirección esquivando a la gente para encontrarse que un toro salía de la feria y volteaba a un joven que intentaba evitarle. Gritó asustada al ver que caía en mala posición, pero alguien la abrazó por la espalda escondiéndola tras un coche justo cuando el toro pasó a su altura. Gritó al escuchar como el coche recibía un intenso golpe que lo desplazó y los brazos la liberaron haciendo que levantara la vista. A su lado Curt elevaba la cabeza tras el coche antes de correr tras el toro. Aún sintiendo los brazos a su alrededor se le puso un nudo en la garganta por el miedo que la recorrió al ver que Curt ya en medio de la calle cogía el rabo del toro y tiraba de él antes de golpear con el pie varias veces una de sus patas traseras. El toro se desequilibró cayendo de costado y de repente un lazo rodeó sus cuernos. Impresionada vio a Dallas ante el toro tirando del lazo y gritando que no le soltara. Como si fuera una película aparecieron más vaqueros con lazos y los tiraron sobre sus cuernos desde varios ángulos para inmovilizarle. Curt soltó su rabo y se volvió hacia ella como si quisiera asegurarse de que estaba bien. Sintió que su corazón pegaba un brinco cuando sus ojos coincidieron e increíblemente se sintió unida a él.

—¡Doctora, la necesitan!

Eso la hizo salir de su ensoñación y miró hacia el chaval al que el toro había volteado. Corrió hacia él y le tocó el pulso. En ese momento llegó Maira con su bolsa. —Necesito un collarín y una tabla.

—Traeré la ambulancia.

Se pasó cuatro horas atendiendo heridos de diversa consideración. Desde cortes hasta lo que creía que era la rotura de una vértebra, lo que provocó que tuviera que trasladar al paciente al hospital del condado. Cuando llegó a casa cerró la puerta y suspiró dejando caer el bolso al suelo porque recordó que no tenía nada en la nevera. —Mierda. Un día de estos tienes que ir a hacer la compra. —Muerta de sed fue hasta la cocina y se detuvo en seco al verla llena de tápers y fuentes por todos lados. ¿Se lo habría llevado su tía? No, se los hubiera llevado antes, además aquello era demasiado. Se acercó a un enorme táper lleno de lo que parecía ensalada de patata y vio una nota. —Bienvenida a Rainshaw. Padre Deason.

Escuchó pasos en el porche trasero y asombrada vio que se abría la puerta como si tal cosa. Curt apoyó el hombro en el marco de la puerta y miró a su alrededor. —Veo que te miman.

—¿Qué haces aquí? ¿Sabes que se llama antes de entrar? —preguntó indignada—. ¡Aunque aquí no debe saberlo nadie! ¡Han entrado en mi casa!

Curt reprimió la risa. —Es la hospitalidad texana. Así te dan la bienvenida.

Miró a su alrededor. Allí había comida para un mes. —Yo no sé cocinar —dijo para sí aún asombrada—. ¿Y cuando me toque a mí qué hago?

—Puedes aprender a hacer una sola cosa. ¿Qué tal tarta de chocolate? A mí me encanta.

Le miró pensando en ello. No era mala idea. Siempre hacía lo mismo y pista. Al verle allí observándola se centró y puso los brazos en jarras. —¿Querías algo?

—Quería invitarte a cenar, pero veo que sería un desperdicio. —Entró en su casa y abrió un táper. —Tienes que probar esto. La señora Smithson hace la mejor lasaña del mundo.

—¿De veras? —A toda prisa cogió dos tenedores del cajón y le tendió uno antes de atacar la lasaña. Estaba algo fría, pero era deliciosa. Curt rio por lo bajo. —Nena, ¿no prefieres calentarla?

—No tengo microondas y tengo demasiada hambre como para calentarla al horno —dijo con la boca llena antes de abrir otro táper para ver empanadillas. Curt cogió el táper de las

empanadillas y sin darse cuenta le siguió hasta la mesa de la cocina. Se sentó comiendo la empanadilla de pollo a dos carrillos y le observó abrir los armarios hasta que encontró lo que buscaba. Regresó con dos platos y puso uno ante ella. Sin dejar de comer le dio las gracias y él sonrió yendo hasta la nevera. Sacó un par de cervezas y se sentó ante Carrie abriendo su lata. Le observó beber y distraída cogió otra empanadilla dándole un mordisco, centrándose en como su nuez subía y bajaba. Dios, nunca pensó que eso fuera tan erótico. Intentando centrarse tragó antes de decir —Gracias por lo de antes.

—No fue nada —dijo con voz grave dejando la lata sobre la mesa y mirándola fijamente mientras comía. Carrie se sonrojó. Pensaría que era una maleducada por su forma de comer—. ¿No tienes nada más que decir? —Le miró sin comprender. —Estoy esperando unas disculpas.

—¿Por qué? —preguntó con la boca llena.

Curt gruñó. —¿Será porque me dejaste en ridículo ante Maira y mi familia! ¡Y lo hiciste a propósito! Creía que los médicos tenían que ser más discretos con las enfermedades de sus pacientes.

Se sonrojó por el reproche. —Bueno... Al fin y al cabo son tu familia. —La miró fijamente. —¿Me fastidiaba que dieras por hecho que iba a acostarme contigo!

—¿Es que vas a acostarte conmigo!

Dejó caer la empanadilla en el plato y apoyando las manos sobre la mesa se levantó. —Fuera de mi casa. ¡Y no vuelvas! —le gritó a la cara.

Él se levantó de golpe atrapando sus labios y Carrie jadeó apartándose. —¿Qué...? —La cogió por la nuca besándola de nuevo y entró en su boca saboreándola. Sintió que el fuego la recorría y asombrada ni pudo responder mientras bebía de ella como si disfrutara de su sabor más que nada. Curt se apartó lentamente y frunció el ceño mirándola a los ojos antes de carraspear soltándola.

Con los ojos como platos vio que se enderezaba. —Bueno... —Incómodo se pasó la mano

por la nuca. —Joder nena, no me esperaba esto.

—Ni yo —dijo sin aliento.

—Creí que había una conexi... Déjalo. —Apartó la vista como si estuviera incómodo y salió de su casa sin decir una palabra más.

Atónita parpadeó. Dios, ¿se acababa de enamorar? Se dejó caer en su asiento y se llevó la mano al pecho para notar el latido de su corazón que en ese momento iba a mil por hora. Jamás un hombre le había hecho sentir lo que Curt le había provocado con un solo beso. Ahora entendía que ligara tanto. Ni se quería imaginar lo que era acostarse con él. Miró hacia la puerta desilusionada. Se había ido. ¿Por qué se había ido? Se llevó una mano a la boca y exhaló con fuerza. No, no era el aliento. ¿Entonces qué? Igual era que no había respondido. ¿Había creído que no le había gustado? ¿No se lo esperaba? ¿Qué había querido decir? ¿No se esperaba el qué? ¿Que besara tan mal? Jadeó asustada. Igual no había sentido nada. Un mal beso era como un jarro de agua fría. Por muy excitado que estuviera en la consulta, igual no había sentido nada al besarla y se le había cortado todo el rollo. Hizo una mueca. Aunque de todas maneras no podían hacer nada hasta que terminara el tratamiento.

Miró a su alrededor y gimió pensando que necesitaba un congelador. Sí, era lo mejor porque tenía la impresión de que iba a recibir mucha comida en el futuro. Y lo de Curt ya lo pensaría. Mañana. En ese momento estaba agotada y no pensaba con claridad. Claro, era eso.

Se metió toda la empanadilla en la boca y masticó con los carrillos llenos cuando se abrió la puerta de golpe y Carrie al verle entrar en la casa mirándola como si quisiera cargársela se atragantó empezando a toser. Se inclinó hacia adelante buscando un aire que no llegaba.

—¿Nena?

Carrie se llevó la mano al cuello y Curt le dio una palmada en la espalda que la tiró contra el suelo estrellando su nariz contra la superficie de linóleo. Gimió abriendo la boca y el pedazo de empanadilla cayó al suelo.

—¿Estás bien? —Se agachó cogiéndola por los brazos y sentándola en la silla de mala manera. Él la miró asombrado. —¡Hostia, te has roto la nariz! —le gritó a la cara.

¿Ella? ¿Ella se había roto la nariz? Le arreó un puñetazo, pero ni se inmutó. —¡Gilipollas!

Curt le miró la nariz. —¿Te la enderezo? Se lo hice a mi hermano una vez, ¿sabes? Se le nota un poco, pero...

Se levantó a toda prisa corriendo hacia el baño de abajo y con la cabeza inclinada hacia atrás se miró. —Mierda. —Ignorando el dolor y como la sangre corría por su barbilla se palpó el tabique. —Mierda, mierda —farfulló mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Nena...

—¡Cállate! —gritó histérica. Tomó aire mirándose al espejo. Aquello iba a doler. Más todavía. Tomó aire de nuevo intentando calmarse y acercó sus manos que temblaban con evidencia a la nariz. Nunca se imaginó que no tendría valor para curarse a sí misma, pero empezaba a sospecharlo. Después de varios segundos se dio por vencida y dejó caer las manos apoyándose en el lavabo. —No puedo.

Curt la cogió por los hombros y la volvió. —Siéntate, nena. Estás muy pálida. —Se sentó en la taza del wáter. Él mojó una toalla y se la pasó por la barbilla. —Muy bien, lo haré yo.

—Ten cuidado no la desvíes demasiado.

—Joder, nena... Como te la deje mal me lo vas a recordar el resto de tu vida.

—Te voy a denunciar.

Curt sonrió acercando las manos a su nariz. —Muy bien. Lo acepto.

—Y te voy a demandar por daños y... —Él presionó colocándosela en el sitio. —¡Ay! —gritó sobresaltándose. Le apartó por el hombro levantándose y al verse en el espejo suspiró del alivio antes de llevar sus manos hacia allí y palpar para asegurarse de que todo estaba en su sitio. —Gracias a Dios.

—De nada —dijo divertido.

Se volvió de golpe. —¡Muy gracioso! ¡Mira lo que has hecho! —Gimió de dolor llevándose las manos a la nariz y dijo con voz gangosa —Tengo que ir a la consulta.

Perdió la sonrisa cogiéndola con suavidad del brazo. —Venga, nena... Te llevo.

—Ya sabía yo que venir a este pueblo no era buena idea —dijo como si fuera una niña intentando reprimir las ganas de llorar del disgusto que tenía. Le encantaba su nariz.

—Pues a mí me parece que ha sido una idea buenísima —susurró en voz baja como si no quisiera cabrearla más.

Sollozó sin darse cuenta ni de que la cogía por la cintura sacándola de la casa y que la sentaba en su ranchera negra. Antes de cerrar la puerta le tendió la toalla. —Toma, preciosa.

Se echó a llorar arrebatándosela. —¡Voy a quedar hecha un cromo!

La miró impotente. —Claro que no.

—¡Llévame a la consulta!

Cerró la puerta de golpe y rodeó la camioneta a toda prisa. Carrie con ganas de pasarle la camioneta por encima se pasó la toalla por debajo de la nariz con cuidado. Ya sangraba menos. Entonces recordó la llave de la consulta. Curt se sentó a su lado y le miró abriendo la puerta del coche. —Me he olvidado el bolso.

Parpadeó al ver que saltaba de nuevo de la camioneta y corría hacia la casa. Nunca ningún hombre había tenido un gesto así con ella. Acostumbrada a la competencia del hospital, donde intentaba demostrar que era como los hombres que estudiaban con ella, ni se había dado cuenta de que ninguna de sus citas la habían tratado con caballerosidad. Todo lo contrario. Cuando puso su bolso sobre sus rodillas le guiñó un ojo antes de cerrar la puerta. Le observó sin poder evitarlo y no dejó de hacerlo cuando se sentó a su lado.

—Enseguida llegamos.

—Gracias.

—¿Por qué, nena?

—Por ir a por el bolso.

—Después de romperte la nariz es lo menos que puedo hacer.

Eso era cierto. Miró su perfil durante varios segundos y Curt la miró de reojo. —Siento lo de la nariz.

—¿Por qué has vuelto?

Hizo una mueca. —Ese beso... No estuvo bien.

—¿No? —preguntó preocupada—. Es que me sorprendiste un poco.

Suspiró del alivio. —¿Es eso? No es que no te gustara.

Sonrió interiormente porque parecía preocupado. Pero mejor no darle alas que se le veía muy suelto. —¿Qué quieres, Curt?

—Oh, ¿quieres hablar de esto? Estupendo, porque soy de los que me gustan ir de frente. Yo voy en serio. Mañana hablaré con el cura para que lo prepare todo.

Frunció el ceño sin entender. —¿El cura? ¿Tienes un entierro o algo así?

Curt se echó a reír. —No. Afortunadamente no se me ha muerto nadie. Es para la boda.

—La boda.

—Nuestra boda.

Uy, uy... Que a este le faltaba un tornillo. ¿Por qué tenía tan mala suerte con lo mono que parecía? Forzó una sonrisa. —Puedes dejarme aquí. Maira me llevará a casa.

—¡No pienso dejarte aquí!

Carraspeó incómoda. —Vaaalee.

La miró mosqueado. —¡No estoy loco!

—No, qué va. Además ese concepto es muy amplio e inexacto.

—¡No me cuentes rollos!

—Curt no te alteres —dijo como si fuera su madre.

—Joder, nena. No me hables así que me saca de quicio. ¿Qué hay de malo en que quiera que nos casemos?

—¿Aparte de que no nos conocemos de nada? ¡Y lo poco que te he visto, me has roto la nariz y has entrado en mi casa sin ser invitado! ¡Dos veces!

—Bueno, es que hay confianza.

—¡Y una leche!

—Tengo prisa, ¿qué pasa?

Le miró sin comprender. —¿Prisa por qué?

—Cuanto antes tengamos hijos mucho mejor. Eso une mucho. Lo he visto antes.

Estaba como un cencerro. —Curt, ¿estás a tratamiento?

—Me has dado esa crema. —Apretó el volante. —¿Sobre lo de ese mes estás segura?

—Totalmente. —Y ahora todavía más. —Como poco.

Le escuchó gruñir y apretó el volante. —Nunca he estado tanto tiempo...

—Ahora lo entiendo todo. —Madre mía, se estaba excitando imaginandoselo dándole que te pego. Igual necesitaba un Valium. Habían sido muchas cosas en pocos días. Claro, era eso, la había pillado con la guardia baja. Le miró de reojo porque no había dicho palabra. —¿Te has hecho las pruebas?

—¿Qué pruebas?

—Si eres tan activo sexualmente deberías hacerte las pruebas, Curt.

—¡Estoy hecho un toro!

Le miró asombrada. —¿No te las has hecho nunca?

Se sonrojó ligeramente. —Siempre uso protección.

—Y me parece muy bien, pero no está de más hacérselas.

Frenó en seco ante la consulta. —Me las haré si te quedas más tranquila, ¿vale? Sobre lo de la boda...

—Cómo necesito un calmante —dijo bajando de la camioneta y cerrando de un portazo.

Sacó las llaves de su bolso y le sintió tras ella. Al sentir una suave caricia en su cuello que le erizó el cabello de la nuca se le cayeron las llaves al suelo. Curt sonrió de medio lado antes de agacharse y cogerlas.

—No hagas eso —siseó arrebatándoselas de la mano.

—Pues ya te puedes ir acostumbrando, porque te voy a tocar mucho.

Lo dijo de una manera que se le puso el estómago del revés y a toda prisa metió la llave en la cerradura. Iba a cerrar la puerta, pero él pasó antes de que pudiera hacerlo. Nada, que no se libraba de él. —Curt...

—¿Si, nena? —preguntó caminando hacia la consulta como si estuviera en su casa.

—Voy a tardar un rato y...

—No pasa nada. Te espero. —Entró en la consulta y se sentó sobre su escritorio.

Gruñó por dentro yendo hasta la sala de curas donde tenía las férulas para la nariz. De manera mecánica cogió todo lo necesario y se acercó al espejo. Se le empezaba a hinchar y amoratar. Estupendo, al día siguiente iba a estar preciosa. Se estaba pegando el esparadrapo para que no se moviera la férula de aluminio cuando Curt apareció tras ella sobresaltándola al ver su imagen en el espejo y le fulminó con la mirada. —¿Quieres darme espacio?

—Eso no existe en una pareja. —La volvió frunciendo el ceño. La cogió delicadamente por la barbilla mirando su nariz ya cubierta. —¿Eso para qué sirve?

—Para protegerla. —Sus dedos en su cuello la excitaron de una manera que la volvía loca.
—¿Tu hermano no lo llevó?

Concentrado negó con la cabeza. —¿Cuánto tiempo lo tienes que llevar?

—Para asegurarme diez días. Después nada de deporte de contacto durante un tiempo.

La miró a los ojos. —Cuando hablas de deportes de contacto...

Sintiendo como le subía la temperatura se apartó de golpe y empezó a recogerlo todo. Él suspiró. —Me encantaría besarte. —Le dio un vuelco el corazón y se detuvo en seco. Se puso tras ella y susurró —Me muero por besarte, preciosa. Por hacerte mía. Se me pone dura imaginándote debajo de mi cuerpo mientras te corres.

Se le cayeron las cosas al suelo y cuando sintió sus manos en la cadera tirando de ella hacia atrás para sentir su duro miembro pegado a su trasero, tuvo que apoyarse sobre la encimera con las palmas de las manos. Él besó el lóbulo de su oreja. —Nunca había sentido que una mujer era mía hasta que te he visto esta mañana.

Esa frase la espabiló de golpe y se apartó volviéndose para enfrentarse a él. —Mira, guapo... —Sonrió encantado. —¡No soy tuya, no me voy a casar contigo y no vamos a tener hijos! Puede que beses de vicio, pero...

—Te gustó, ¿eh? Ahora lo entiendo. ¿Te dejé en shock, nena? Tranquila que te acostumbrarás.

Le miró atónita. —¡No te conozco!

—¿Pero a que te mueres porque follemos?

Dios, con una frase la ponía a mil. Tenía que detenerle ya. Le señaló con el dedo. —¡Mira, como no te alejes voy a llamar al sheriff! ¡Parece muy majo, seguro que me ayuda con la orden de alejamiento!

Él se echó a reír. Dios, era tan guapo que se estaba volviendo loca. Cuando vio que daba un paso hacia ella levantó ambas manos. —Espera un momento. Tengo que comprobar una cosa.

—Fue hasta su despacho y rodeó el escritorio abriendo el enorme archivador que tenía allí en la B. Buscó a toda prisa el expediente de Curt y al abrirlo parpadeó al ver su partida de nacimiento. La volvió para ver las vacunas y que se le había recetado con quince años un antibiótico por una infección de orina. Él se sentó en la camilla y frustrada dejó el expediente en su sitio cerrando de golpe.

—Siempre he estado hecho un toro. ¿Quieres que te lo demuestre?

—¿Y qué me pegues algo? —Fue de nuevo a la sala de curas y abrió el armario de las medicinas cogiendo un bote de antiinflamatorios y otro de Valium. Nunca tomaba nada de eso, pero estaba claro que esa noche lo necesitaba.

—¿Te duele mucho?

Se sobresaltó para verle tras ella. —Oh, por Dios. ¿No puedes dejarme en paz?

—No. Así que vete haciéndote a la idea que eso no va a pasar.

—No quiero pensar en esto ahora, ¿de acuerdo? —preguntó alterada.

—De acuerdo.

—Ahora me voy a casa y me voy a meter en la cama. Y espero que no me llame ninguna histérica porque a su hija le ha salido un grano. —Con cara de loca le señaló con el dedo. —¡Un infarto! ¡Nada menos de un infarto!

La miró como si fuera una bomba de relojería mientras cogía una botella de agua de la neverita y se tomaba dos pastillas de mala manera. —Muy bien. Veré qué puedo hacer.

—¡Nada, tú no hagas nada! —Gruñó saliendo de la sala de curas sin cerrar el armario siquiera y Curt lo cerró por ella. —¡Curt!

Sonrió apagando la luz. —Sí, preciosa. Ya voy.

Capítulo 4

Alguien la besó en la frente y suspiró girándose en la cama. —Hoy no tengo clase, mamá. —Al escuchar los pasos sobre la madera pensó que en casa de su madre había moqueta. Sobresaltada se sentó de golpe sobre la cama para ver a Curt en la puerta con una sonrisa en los labios. —¿Has dormido aquí? —Se miró a sí misma y vio que solo tenía la ropa interior puesta. —¡Me has desnudado!

—Pero te he respetado, que conste. Y lo mío me ha costado. Tengo que ir a trabajar. Te veo luego, nena.

Con los ojos como platos vio que se iba de su habitación como si fuera... Como si fuera... Era un chiflado, eso es lo que era. Un chiflado que besaba de muerte, pero aquello no era normal. Puede que se le hubiera pasado por la imaginación que se había enamorado, pero era una persona lógica y reconocía un loco a cien millas. Había visto muchos. Nueva York estaba lleno de ellos. ¡Había dormido allí! ¿La había drogado? Miró a un lado y a otro. Lo único que recordaba era que se había subido a la camioneta. Entrecerró los ojos. Vaya, el Valium. La había dejado frita y él se había aprovechado. Bueno, al menos no se había aprovechado del todo. ¡Pero había dormido con ella! Aquello había que pararlo cuanto antes o se veía casada con ese ranchero loco y rodeada de críos mientras tomaba la tensión a viejos achacosos. ¡Tenía que volver a Nueva York!

Cerró la puerta del coche y cruzó la calle. Por mucho que la pusiera a cien, por mucho que la atrajera esa sonrisa de tú eres mía, no pensaba tirar su vida por la borda con todo lo que había trabajado para morir en ese pueblo. Entró en la oficina del sheriff y vio a una rubia de unos

veinticinco años tras una mesa. —¿El sheriff?

—Todavía no ha llegado. —Se levantó mostrando un cuerpo de infarto y lo primero que se le ocurrió es que Curt se la había tirado fijo. La rubia sonrió de oreja a oreja. —Soy Sami, de Samantha.

—Soy la doctora Anderson.

—Sí, lo sé. ¿Qué le ha pasado en la nariz?

—Me he caído. ¿Cuándo llegará el sheriff?

—Pues está al llegar. Siempre se pasa por aquí antes de empezar la ronda. Si quiere le llamo para que se dé prisa si es urgente.

—No, no será necesario. Volveré después.

Se volvió y en ese momento se abrió la puerta mostrando a un hombre de unos veinti muchos muy atractivo. —Él es el ayudante del sheriff, Joshua Hooson —dijo Samy melosa—. Es nuevo.

El tío sonrió de medio lado poniendo los pulgares en el cinturón estirando la espalda. — ¿En qué puedo ayudarla, señorita...?

—Doctora, doctora Anderson.

Él se sonrojó ligeramente. —Bienvenida al pueblo, doctora. Todavía no habíamos coincidido y...

—Sí, ya, ya. No le necesito a usted, necesito al sheriff.

Él entrecerró sus ojos castaños. —Yo puedo ayudarla, se lo aseguro.

No sabía por qué, pero no quería hablar con él sobre Curt. —Volveré luego. De todas maneras gracias.

Salió de la oficina del sheriff dejándoles con la palabra en la boca y Joshua frunció el ceño. —No es muy sociable, ¿no crees?

—Es una pija de ciudad. Como es de Nueva York... Ya se le bajarán los humos porque será muy lista, pero ha tenido que venirse aquí.

Carrie que se había arrepentido y que estaba ante la puerta a punto de entrar, apretó los labios dando un paso atrás. Pensando en ello se alejó. ¿Se estaba comportando como una borde? Se detuvo suspirando y miró a su alrededor. Los tenderos estaban abriendo sus negocios y todos sonreían y se saludaban. Parecían felices.

—¿Qué diablos te ha pasado? —Se sobresaltó para ver tras ella a Yanina que fruncía el ceño mirando su nariz. —¿Te han pegado?

Parecía a punto de saltar sobre alguien como dijera que sí y sonrió divertida. —No, tu cuñado que no controla su fuerza. Me atraganté y me dio una palmada en la espalda que me tiró de la silla.

Yanina hizo una mueca. —Vaya...

—¿Vaya?

—Es lo que se dice en estos casos. Fue un accidente, no se lo tomes en cuenta.

Entrecerró los ojos. —¿Está a tratamiento con algún médico de la ciudad?

Se echó a reír a carcajadas como si hubiera dicho lo más gracioso del mundo. —Los Brenner son así. Ya les irás conociendo. —Le guiñó el ojo. —Y tú vas a conocernos mucho.

—Otra a la que se le va la pinza —dijo por lo bajo antes de dar la vuelta a la esquina para ver la cola que tenía ante la consulta.

—Tienes mucho trabajo, ¿quieres que lo dejemos para otro día? —preguntó Yanina divertida.

Miró su enorme vientre. Tenía que controlar su embarazo. Tenía pinta de que el niño se estaba colocando. —Tú no te muevas de aquí.

—Sí, doctora.

Carrie forzó una sonrisa yendo hasta la consulta. —Buenos días a todos. —Metió la llave en la cerradura mientras los pacientes la saludaban en coro. Abrió la puerta y se volvió con una dulce sonrisa. —¿Tienen cita?

Varios se miraron los unos a los otros como si no supieran lo que era eso.

—No —contestó la mayoría.

—¿Qué le ha pasado en la cara? —preguntó una anciana que estaba ante ella.

Decidió ignorar la pregunta. —Bien, pues no sé cómo trabajaba el doctor anterior, pero a partir de ahora se recibirá con cita. De nueve a cinco y las urgencias deberán ser urgencias reales. No algo que puede esperar hasta el día siguiente porque la vida no corre peligro. Nada de granos, ni de urticarias, nada de tengo un uñero. Un infarto, una pierna rota, un desprendimiento de retina. Eso son urgencias. Lo demás puede esperar hasta tener cita. —Miró a los presentes. —¿Hay alguna urgencia?

Todos levantaron la mano y gruñó por dentro mientras Yanina se reía a carcajadas. —Muy bien, empecemos. Yanina que tenía cita entrará primero.

—Muy bien, doctora —dijeron como niños buenos entrando y saturando la sala de espera. Iba a ser un día muy largo.

Justo en ese momento llegó Maira y puso los brazos en jarras. —¿Pero qué hacéis todos vosotros aquí? ¡Hay que pedir cita!

Luego la borde era ella. Sonrió y gimió llevándose la mano a la nariz. Su prima la miró y chilló acercándose. —Madre mía, ¿qué te ha pasado? ¿Te han atacado? Es que este pueblo ya no es lo que era. ¿Quién ha sido? ¿Quién? Claro, no le conoces. Descríbemelo que ya me encargo yo.

Todos la miraron expectantes y forzó una sonrisa. —Me caí. Se me cayó uno de los tapers que tan amablemente me llevaron a casa y resbalé cayendo contra una de las sillas. Al caer al otro lado me estampé de cara.

Su prima jadeó llevándose la mano al pecho. —Podrías haberte desnucado.

—Sí, tuve suerte.

Los parroquianos sonrieron. —No es nada. Ahora se ve muy mal, pero nada que unos días con esto puesto no cure. —Se volvió añadiendo —Empecemos a trabajar. Yanina pasa conmigo.

Fue hasta su consulta y dejó su bolso sobre su mesa. Mientras se ponía la bata su prima se lo cogió y se lo abrió sacando su móvil y dejándolo sobre la mesa a su lado como le gustaba antes de sacar las pastillas del dolor mostrándoselas. —Ya me he tomado una en el desayuno.

Su prima asintió y metió su bolso en el primer cajón antes de sonreír a Yanina. —¿Eco?

—Sí, haremos eso primero. Tumbate en la camilla, Yanina.

Su paciente se subió ágilmente sin ayuda y ella sonrió. —Me alegro de que estés tan bien físicamente. Has engordado lo justo.

—Yanina no para un minuto —la informó su prima—. Antes estuvo en el ejército, ¿sabes? Y corre todos los días.

La miró impresionada y Yanina sonrió. —Parece que fue hace siglos.

—Pega unas leches que alucinas. Da clases a las mujeres del pueblo de defensa personal todas las tardes de los martes y los viernes en el salón municipal.

Ya tumbada en la camilla se acercó a ella destapando su barriga. —Así que estuviste en el ejército. Os admiro mucho. Lo que habrás visto.

Su paciente sonrió. —Tu profesión también es admirable. Salvas vidas. Y seguro que en Nueva York también habrás visto lo tuyo.

Cogió el gel que le tendió Maira. —Esto está algo frío.

—Tranquila.

—¿Y tu marido?

Suspiró antes de sonreír. —Quería venir, pero en el último momento llamó Walt por radio. Llegaba un camión con un toro nuevo y como el dueño es él...

—Entiendo. —Pasó el ecógrafo por la barriga mirando la pantalla. —Así que sus hermanos trabajan con él.

—Sí. —La miró de reojo. —El rancho se lo dejó a Dallas su padre para obligarle a regresar. También estuvo en el ejército. Pero hemos hablado mucho y nos parece injusto. Aunque son socios en realidad, legalmente todo es de Dallas, así que hemos iniciado los trámites necesarios para dividir la finca en tres partes y hacer la sociedad como debe ser.

—Sí, ya había oído algo —dijo Maira sonriendo agradablemente—. Los chicos no estaban de acuerdo. Quien se arriesgó financieramente fue tu marido.

—Eso es lo mismo. ¿Qué familia no se echa una mano si se necesita? Dallas aportó cuando se necesitaba y ya está.

—Tú también eres socia —dijo Maira divertida.

—No exactamente. —Las dos la miraron y chasqueó la lengua. —No me han dejado. Mi marido hace lo imposible para no aceptar mi dinero. Para fastidiarles compré mil cabezas de ganado que ahora tienen que cuidar por huevos. —Las chicas se echaron a reír. —Son tan cabezotas... Estúpido orgullo de los Brenner. —Miró la pantalla. —¿Cómo va mi niño?

—Perfecto. De hecho, darás a luz en dos días como mucho. Se está colocando.

—Me quedan dos semanas.

—Todo va bien, no te preocupes. —Cogió un clínex que le pasó por la barriga. Al sentir una patada sonrió. —Guau.

—Está así todo el día. Este va a dar guerra.

—Menudo peligro. Todavía se habla de las diabluras de los Brenner por el pueblo.

—¿De veras? —preguntó Carrie divertida.

—Uf, las cotillas me bombardean con historias pasadas en cuanto me echan el ojo. Y no se les escapa nada. —La advirtió con la mirada y ella entendiendo asintió. —No sé ni las veces que

me han contado cuando robaron el tractor del señor Sánchez para dejarlo en la entrada del colegio y que no hubiera clase porque nadie podía pasar.

Rio divertida.

—Es que había rodeo a unos kilómetros de aquí —dijo Maira conociendo la historia.

—Ya puedes levantarte —dijo tirando los clínex al cubo de la basura—. Bueno, no sé cómo saldrá este Brenner, pero lo que sí sé es que estamos a punto de verle la cara. Todo va perfecto, Yanina.

—Dallas se quedará tranquilo. —Se bajó de la camilla. —Por cierto, mi marido quiere saber cuántos niños has traído al mundo.

—Solo a diez durante mis prácticas en el hospital. —Ambas la miraron con los ojos como platos. —Pero me sé toda la teoría, te lo aseguro.

—Eso no lo dudo. Pues aquí te vas a hinchar porque hay bastantes niños a punto de llegar.

—Sí, ya me he dado cuenta. —Se sentó tras su mesa. —Es un pueblo con mucha vida.

—Sí, aquí la ganadería y la fábrica de las afueras del pueblo han hecho que ahora haya más gente que nunca.

—Eso está muy bien. —Cogió una tarjeta y se la tendió. —Es mi número privado. Llámame en cuanto tengas las primeras contracciones. No esperes. Avísame cuando empiece no vaya a ser que esté lejos y no me dé tiempo a llegar.

—Muy bien. —La metió en su bolso y fue hasta la puerta, pero se volvió. —¿Quieres venir a cenar a casa?

Miró a Maira que le hizo un gesto para que la incluyera. Carraspeó incómoda. —No sé si podré...

—Me ha dicho Curt que tienes comida de sobra —dijo Yanina divertida.

Parpadeó asombrada. —¿Tengo que llevar la comida?

—¡Estoy embarazada! —exclamó indignada.

Eso la hizo reír. Esa mujer era para troncharse. Empezaba a cogerle el punto. —Vale, pero si viene Maira. Es mi guardaespaldas.

—Aquí estoy yo para protegerte, prima. —Yanina miró a Maira que se sonrojó. —Por favor...

—Si no ha pasado no va a pasar.

Su prima la miró decepcionada y avergonzada apartó la vista. Eso mosqueó a Carrie que se levantó. —¿Qué tiene mi prima de malo?

—No es que tenga nada de malo. Pero Walt no ha sentido la chispa. —La miró a los ojos. —La que has sentido tú por Curt y él por ti, ¿entiendes?

—Qué tontería. —Se sonrojó intensamente. —Y yo no he sentido nada.

—¡A mí no me mientas!

—¡Oye guapa, tu cuñado da muchas cosas por sentadas!

—¡Porque eres suya!

—Qué suerte tienes —dijo Maira soñadora.

—¡No hay ninguna chispa, prima! ¡Solo son imaginaciones de un desequilibrado!

—¿Has llamado desequilibrado a mi chico?

—¡Sí! Tiene que estar mal de la cabeza para decir el mismo día que le conozco que va a hablar con el cura para que nos casemos.

A Maira se le llenaron los ojos de lágrimas y salió corriendo de la consulta cortándole el aliento. —¿Maira?

Yanina hizo una mueca. —Mierda. —Carrie rodeó el escritorio y Yanina la cogió del brazo deteniéndola. —Tiene que asumirlo. No se va a casar con ella.

—¿Pero por qué? Puede que ahora no, pero...

—No la querrá nunca. Nuestros hombres se enamoran a primera vista. El mío me secuestró un día que pasaba por aquí. —Impresionada dio un paso atrás y Yanina sonrió. —Y fue lo mejor que me ha pasado en la vida. Es un hombre que lo arriesgó todo porque supo que era la mujer que tenía que compartir su vida y se dio cuenta con solo echarme un vistazo y hablar conmigo dos palabras.

—¿Te secuestró?

—Bueno, es una tradición familiar. Cuando no les gustan las que están por aquí...

—¡Están de atar!

Yanina se echó a reír. —Eso mismo pensaba yo. Pero la atracción que sentíamos y que Dallas forzó al retenerme me hizo darme cuenta de que no podía vivir sin él. Y no pude aunque me fui. Tuve que regresar a él. Por eso por mucho que te resistas a Curt, por mucho que protestes, tu corazón ya es suyo. —Impresionada dio un paso atrás. —Veo que estás asustada y lo comprendo, pero solo estoy intentando evitarte problemas y sufrimientos tontos porque es tu marido por mucho que te resistas.

—No puedes hablar en serio.

—Veo que sigues en la fase de negación. Como Maira se niega a darse por vencida. Ambas sufrís a lo tonto.

Lo pensó rápidamente. Tenía que darles una lección. Parecían muy seguros de sí mismos, pero no la conocían. Su prima iba a salir con ese idiota como se llamaba Carrie. —Iré a cenar y ella también viene. Y si Curt quiere una cita, tendrá que conseguir que Walt salga con Maira.

Yanina sonrió divertida mirándola como si la analizara. —Muy inteligente. Pero luego no te extrañes si no funciona y tu prima sufre más, porque Walt no va a estar precisamente contento. No les gusta que les obliguen a hacer cosas que no quieren.

—¡Mi prima no va a sufrir porque va a conseguir que se enamore de ella!

—Ojalá. Hablo en serio. Eso nos evitaría muchos problemas en el futuro.

En ese momento llamaron a la puerta. —¿Se puede?

Yanina la miró. —Es el sheriff Bronson.

Juró por lo bajo antes de decir —Pase sheriff.

Él metió la cabeza y sonrió. —Pero si está aquí mi chica favorita.

Yanina sonrió. —Sheriff, no me pida que acepte el trabajo que tengo que parir en un par de días.

Él se echó a reír mirando a Carrie. —Se resiste, pero conseguiré que sea ayudante del sheriff.

Incómoda sonrió. —Sheriff, ¿a qué se debe su visita?

Ella lo miró confundido. —No lo sé. Dígamelo usted, doctora. —Miró la nariz enderezándose. —¿La han agredido?

—No sheriff, se cayó —respondió Yanina por ella.

Él entrecerró los ojos dando un paso hacia ella y se puso nerviosa mirando a Yanina que negó con la cabeza. —Ayer la vi salir de la consulta y estaba intacta. ¿Cuándo ha ocurrido esto?

—Ayer por la noche. —Sonrió como si nada. —Un tropiezo tonto.

—¿Y Curt estaba con usted?

Perdió la sonrisa de golpe. —¿Cómo dice?

—Vi su camioneta ante su casa al hacer mi ronda. Y mi ayudante la vio allí durante la noche. ¿La agredió él?

—¡No! —Mierda, qué lío. Parecía que no se creía una palabra. —No fue él, de verdad.

—¿Intentó secuestrarla y se le fue la mano?

—¡Sheriff! —protestó Yanina. ¿Pero qué pasaba allí? ¿Sus secuestros eran de dominio público? —¡Mi cuñado no ha hecho nada!

—¡Venga Yanina, no me fastidies! ¿Crees que soy tonto? ¡Lo de los secuestros de los

Brenner se remonta a tres generaciones! ¡Tú incluida! ¡A mí no me la pegáis!

—Eso son historias del pueblo.

El sheriff puso los ojos en blanco antes de mirar a Carrie. —¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—¿Fue Curt?

—No. No fue él y como puede ver no me han secuestrado. Si fui a la oficina del sheriff es porque quería hablar con usted sobre el sistema de evacuación en caso de emergencias. Después de la estampida de ayer me pareció apropiado.

Yanina sonrió y amplió la sonrisa cuando el sheriff la miró. —Esta ya está en el bote, ¿no?

—Sheriff no se sorprenda si se va de boda.

—¡A ver si es verdad porque la tuya me la perdí!

—No se lo tome así, solo fue la familia. Fue al bautizo, ¿no?

Gruñó yendo hacia la puerta. —Haré que le envíen el plan de emergencia.

—Perfecto. Buenos días.

En cuanto salió de la oficina Yanina asintió. —Has hecho lo correcto.

Gimió dejándose caer en el sillón. —¿Qué estoy haciendo?

—Ahora estás confusa y quieres revelarte, pero si cometes una imprudencia lo pagará él.
Y te arrepentirás, te lo aseguro.

—Todo esto es una locura.

Yanina sonrió. —¿Por qué no te lo tomas con calma?

—¿Por qué no se lo dices a él?

—No tienen mucha paciencia. —Rio por lo bajo. —Cuando quieren algo lo quieren ya.

Se le cortó el aliento mirando sus ojos. —¿Y me quiere a mí? Si no me conoce. ¡Ni me

conozco a mí misma ni la vida que tengo ahora!

Se sentó ante ella. —A mí me pasó lo mismo. ¿Pero sabes qué? Él se convirtió en lo más importante en mi vida. Se convirtió en el centro de mi universo y te juro que cada mañana cuando me despierto entre sus brazos me siento la mujer más afortunada. Puede que esto no sea lo que había soñado de niña, es mil veces mejor.

Carrie no sabía qué sentir. Esa misma mañana estaba dispuesta a denunciarle, pero precisamente lo que había sentido el día anterior había impedido que lo hiciera.

—Esta no es la típica relación que tienen otras mujeres. No es parecido a lo que hubieras sentido antes —dijo Yanina interrumpiendo sus pensamientos—. No te agobies. Si le das una oportunidad, habla con él. Pero no te cierres en redondo porque eso no te llevará a ningún sitio. —Le guiñó un ojo levantándose. —Te espero a las seis, ¿vale? No te olvides de la comida o mis chicos me matan. Son de buen comer.

—Sobre Maira...

Se volvió con la puerta abierta. —Ahora tiene una oportunidad gracias a ti.

—Tú crees que no funcionará. No quiero hacerle daño.

—Háblalo con ella. Si quiere arriesgarse...

Capítulo 5

—¡Sí, sí! —dijo impaciente su prima sentada ante ella a la hora de la comida en el restaurante de Yanina.

—¿Estás segura? —susurró acercándose—. No quiero que te haga daño.

—Es una oportunidad y no pienso desaprovecharla. —Sus preciosos ojos castaños se llenaron de lágrimas. —Llevo seis años esperando otra oportunidad y si no funciona al menos lo habré intentado. No pienso rendirme.

Esas palabras la hicieron pensar. Era cierto. Si no funcionaba lo suyo con Curt al menos lo habría intentado. Se llevó la hamburguesa a la boca y gimió porque no le entraba sin hacerse daño en la nariz. En ese momento se sentó alguien a su lado sobresaltándola y miró a Curt. —¿Qué haces aquí?

Cogió una patata y se la metió en la boca. —Nena, Yanina ha hablado conmigo.

Se sonrojó con fuerza. —¿Tenemos que hablar de esto ahora? —preguntó más bajo acercándose. Él miró su nariz e hizo una mueca. —Lo sé, tiene un aspecto horrible.

—Eres preciosa. —Su corazón saltó en su pecho. —Pero no.

—¿Pero no qué? —preguntó sin entender.

—No, nena. Nada de citas ni de noviazgos. Eso es perder el tiempo.

—Ah, no. ¡A mí no me vais a dejar así! —protestó Maira.

Curt la miró. —Sobre lo de Walt...

Le señaló con el dedo. —¿La quieres a ella? ¡Tendrás que cargar conmigo!

Carrie se sonrojó al ver que varios les miraban. —¿Quieres hablar más bajo? Todo esto empieza a ser surrealista. ¡De hecho es surrealista desde ayer!

Maira no se bajaba de la burra. —Dos meses.

—No jodas, Maira —protestó Curt cogiendo su hamburguesa y dándole un buen mordisco—. Dos semanas. Puedes tener... cuatro citas.

—Nada de eso. Además, en un mes no puedes ni tocarle un pelo. Dos meses hasta la boda.

—¿Qué boda? —preguntó asombrada.

Maira chasqueó la lengua. —Vamos, al final vas a caer. Casi estás en el bote.

Curt sonrió satisfecho pasando su brazo por el respaldo del asiento. —¿Ya casi estás en el bote, preciosa? —preguntó de una manera que le alteró la sangre. Apartó el plato molesta—. Come, nena. Que trabajas mucho.

—No voy a casarme.

—Claro que sí —dijo como si nada antes de mirar a su prima—. Mes y medio.

—No. Dos meses. Y dos citas por semana. Con cena incluida.

—¿Y qué gano yo con eso?

—Mi prima me apoya en esto. Si no nos ayudas se dará cuenta de que no eres lo que necesita. Debes apoyar a su familia.

Curt la miró y ella supo que tenía que apoyarla. —Estoy de acuerdo. Así me demostrarás que esto va en serio.

—¡Te he pedido matrimonio! ¿Hay algo más serio que eso?

Todo se volvieron de golpe. —Por Dios, ¿quieres hablar más bajo?

—No está acostumbrada a que todo el mundo se entere de su vida.

—¿Os vais a casar? —preguntó Meryll acercándose sonriendo de oreja a oreja.

—Sí.

—¡No! —gritó contradiciendo a Curt—. ¡Si no le conozco de nada!

Varios se echaron a reír y escuchó que uno decía —Esta ya está en el bote.

—¡No estoy en el bote, sabiendo!

Curt miró a Maira que estaba de lo más satisfecha. —Está bien. Dos meses. Así Carrie se acostumbra a mí, que la veo algo nerviosa. —La miró como si fuera una pesada. —De verdad, lo que hago por ti.

Jadeó indignada. —¡Lo que haría cualquier novio!

—Esto va muy bien, nena. Me largo, que me he escapado para ir a la ferretería —dijo satisfecho antes de besarla en la mejilla y levantarse para salir de la cafetería.

Fascinada porque aún sentía sus labios en su mejilla le observó a través del escaparate y vio como entraba en un establecimiento un poco más abajo. Aquello cada vez iba a más y podía darse cuenta a cada segundo que pasaba a su lado. En unos días estaría tan loca por él que todo le daría igual.

—Qué suerte tienes.

Miró a su prima a los ojos viendo la tristeza que la embargaba. —Anímate, lo conseguirás.

—No. ¿Pero sabes qué? Eso que me llevo. Puede que me pase soltera el resto de mi vida porque jamás voy a sentir de nuevo lo que siento por él, pero tendré... —Contó con los dedos rápidamente antes de sonreír radiante. —Dieciséis citas para recordar siempre.

Sonrió porque no podía menos que admirar su tenacidad. —Eres mucho más valiente que yo.

—Es que yo le quiero desde hace mucho. Tú estás descubriendo el amor y eso asusta.

—Me asombra tu inteligencia.

—Lo sé.

Salió del coche mirando el enorme rancho. Era una casa preciosa y la sorprendió porque parecía nueva. Frunció el ceño porque nadie salió a recibirlas y Maira ya con una de las fuentes en las manos se puso ante ella. —No ha salido nadie.

—Aquí no somos tan ceremoniosos. ¡Ya estamos aquí! —gritó yendo hacia los escalones del porche.

Entró en la casa tras Maira y al ver la escalera se dio cuenta de que era nueva. Estaba claro que la habían arreglado hacía poco. Un ladridito la hizo sonreír al ver en el piso de arriba a un chihuahua. —Hola bonito.

—Es el perro de Yanina. Lo adora.

En ese momento escucharon un llanto en el piso de arriba y Carrie fue hasta la escalera subiendo un escalón. —¿Yanina?

—Yanina, ¿estás fuera? ¡Yanele está llorando! —gritó su prima.

El llanto no cesaba y sin pensarlo más empezó a subir las escaleras siguiendo el llanto hasta una habitación de bebé preciosa toda pintada de rosa con los muebles en blanco. Fue hasta la enorme cuna y cogió a la niña que estaba de pie sobre el colchón. Estaba roja como un tomate y sus ricitos negros estaban húmedos. Fue hasta el biberón de agua que estaba sobre la cómoda y se lo puso en la boca. Tuvo un mal presentimiento y salió de la habitación recorriendo el piso de arriba, pero estaba vacío.

—¡Carrie! —gritó su prima desde abajo—. ¡Corre!

Bajó lo más aprisa que podía con la niña en brazos y llegó hasta la cocina. —¿Dónde estás?

—¡En el sótano!

Vio la puerta que daba acceso a una escalera y allí las encontró bajo las escaleras que descendían. Yanina tumbada en el suelo sudaba profusamente mientras respiraba de manera

agitada. —Algo no va bien.

Bajó las escaleras y le tendió la niña a su prima. —¿Te has caído?

—Hace media hora me dio una fuerte contracción que me traspasó la espalda y tuve que sentarme. —Miró a la niña impotente. —La oía llorar y no podía subir. Los chicos no están y Robbie está con sus amigos.

—Tranquila, la niña está bien. —Levantó el vestido de flores que llevaba y vio algo de sangre en sus braguitas. —Vamos a trasladarte a una cama, ¿de acuerdo? Maira he visto una trona arriba. Deja a la niña allí y...

—Hay una habitación ahí.

Sin pensar fue hasta la puerta y encendió la luz. Suspiró de alivio al ver la cama porque se partiría la espalda para subirla por las escaleras. —Bien, vamos allá. —Se acercó a ella y la cogió por las axilas. Maira dejó a la niña sentada en el suelo de madera y la cogió por las piernas. —¿Lista? ¡Ya!

La levantaron y caminaron con ella hasta la cama. Yanina gritó justo antes de caer sobre el colchón y se llevó la mano al costado. Sin perder el tiempo cogió sus bragas sacándoselas por las piernas. Maira sentó a la niña en el suelo de la habitación para no perderla de vista. —Mi maletín, Maira —dijo viendo la sangre.

Su prima salió corriendo mientras le abría las piernas. —¡Yanina, estás dilatada! Te dije...

—Lo sé, pero como venías a cenar para qué iba a llamarte. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —El niño...

—No te preocupes, ¿de acuerdo? Pero voy a tener que moverle. Viene de nalgas.

—¿De nalgas? —gritó asustada antes de gemir de dolor—. Creo que tengo algo en la espalda.

—Gírate. Mira hacia allí.

Lo hizo con su ayuda y cuando la palpó notó algo cerca de la vértebra. —¿Has tenido alguna vez un pinzamiento en la espalda?

—En el ejército tuve de todo. —Gimió de dolor poniéndose boca arriba. —Esto no pinta bien, ¿verdad?

Preocupada asintió porque se notaba que no era una mujer a la que le gustaba que le mintieran. —Complica las cosas. Debería ponerte una epidural porque así no serás capaz de empujar. Ni siquiera podías subir las escaleras y estoy segura de que lo has intentado.

—No soy una quejica, te lo aseguro. Duele muchísimo.

—Lo sé.

Maira llegó en ese momento con su maleta. —Necesito que vayas a la consulta y traigas lo necesario para una epidural.

Su prima asintió. —¿Algo más?

—Sí, lo necesario para una cesárea de emergencia.

—Tardaré veinte minutos.

—Mientras tanto lo iré colocando por si no llegas a tiempo.

Yanina perdió parte del color de la cara. —¿Con la epidural podré empujar?

—Te reducirá el dolor. Si podemos traerlo al mundo de la manera habitual lo haremos, pero si veo que se pone feo...

Escucharon pasos en el piso de arriba. —¿Yanina?

—Es Dallas. —Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Maira salió a toda prisa y la escuchó decir en el piso de arriba —Están abajo.

Su marido bajó las escaleras corriendo y sin color en la cara se dio cuenta de la situación de inmediato. —¿Qué ocurre, nena?

—Lo siento.

Se acercó a ella y se sentó a su lado. —Eh, no va a pasar nada. —Miró a Carrie aterrorizado. —¿Verdad?

La responsabilidad la abrumaba, pero asintió aparentando seguridad. —Claro que sí. Todo irá bien, ya verás.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué Maira ha salido corriendo? —La voz de Curt en la puerta hizo que se volviera y Carrie fue hasta él cerrando la puerta lo suficiente para que no viera a Yanina. —Nena, ¿qué pasa?

—Está de parto. Viene de nalgas. Ha tenido un pinzamiento en la espalda y no va a ser capaz de empujar en condiciones debido a los dolores. De hecho casi no puede moverse.

—¿La vas a trasladar al hospital?

—Está a cuarenta minutos y solo traer la ambulancia me llevará veinte más. No tengo tiempo, ya está dilatada. Quedaos arriba. Espero que Maira llegue cuanto antes.

Preocupado asintió y cuando iba a entrar de nuevo la cogió de la mano. —Nena, Dallas no podría vivir sin ella.

—Todo irá bien.

Entró de nuevo en la habitación y a toda prisa fue hasta su maletín poniéndose unos guantes. —Bien Yanina, vamos a colocar al nuevo Brenner.

Se posicionó entre sus piernas. Nunca había hecho esa técnica y se dio cuenta de todas las cosas que no había tenido oportunidad de aprender en el hospital. Siguiendo las instrucciones que había aprendido sintió como el niño se giraba muy lentamente. Sonrió a Yanina que con lágrimas en los ojos se aferraba a las manos de su marido. Sintió como tenía una contracción y antes de darse cuenta la cabeza estaba fuera. —¡Ya está aquí! —Le separó las rodillas. —Muy bien Yanina, ahora no podemos esperar. Tendrás que empujar por mucho que te duela.

Asintió y Carrie cogió la mano de Dallas colocándosela en la parte de arriba de su vientre. —Presiona aquí.

—Bien.

—¿Preparada? Aprovecha la contrac...

En ese momento Yanina gritó en su esfuerzo al empujar. Sudando a raudales tuvo que parar para tomar aire totalmente blanca de dolor.

—Lo haces muy bien, nena.

—Respira hondo. —Yanina lo hizo. —¡Empuja!

Contando para que se guiara en su esfuerzo mientras ella sujetaba la cabeza del bebé vio lo poco que podía empujar y a toda prisa gritó —¡Dallas colócate tras ella! ¡A su espalda para que se apoye en ti!

Su marido la levantó ligeramente y se sentó tras ella cogiendo sus manos. Yanina descansó sobre su pecho y sollozó. —No puedo.

—Tranquila preciosa, ya verás como puedes. Puedes hacer todo aquello en lo que te empeñas. —La besó en la sien emocionado. —¿No has conseguido todo lo que te has propuesto? Esto no va a poder contigo. Vamos nena, empuja.

Yanina gritó empujando con fuerza y salieron los hombros. Carrie chilló de la alegría cogiendo al bebé entre sus manos y levantándolo justo cuando este se puso a llorar haciendo que Yanina estallara en llanto. Dallas la abrazó con fuerza. —Eres única, nena.

—Te aseguro que lo es. Otra no lo hubiera conseguido —dijo Carrie emocionada mirando el bebé—. Eres muy fuerte, Yanina.

Dallas se echó a reír. —No lo sabes bien.

—Dallas necesito que le cojas un momento.

Puso a su mujer sobre el colchón suavemente y se acercó a ella cogiendo al niño entre sus brazos. Su emoción era contagiosa y Carrie casi llorando preparó el cordón para cortar cogiendo de nuevo al niño para que lo cortara él mismo. —Muy bien, hombretón —dijo ella mirando al

niño—. Menudo susto nos has dado.

—Dylan, se llama Dylan —dijo Yanina estirando los brazos.

Se lo acercó. —¿Y no le poneis Dallas?

Yanina se echó a reír. —Él no quiere.

—Es que sería un lío —dijo él sin darle importancia.

—Pues Dylan es el bebé más bonito que he visto nunca.

—Es rubio. —Yanina se echó a llorar y le limpió con ternura la mejilla manchada de sangre.

Dallas la miró a los ojos. —¿Todo va bien?

Sorbió por la nariz. —Vamos a comprobarlo todo, ¿de acuerdo?

Tenía que revisar que hubiera salido la placenta y afortunadamente así había sido. Ya no sangraba y supuso que había provocado el parto al intentar subir las escaleras. Vio que sus rodillas estaban despellejadas como si se hubiera arrastrado. Seguramente porque su hija estaba llorando. Pasó la mirada por sus piernas y vio una cicatriz en su muslo. Pero al llegar al pie algo le llamó la atención y se le cortó el aliento. En la esquina de la cama había una correa de cuero colgando y entonces se dio cuenta de donde estaban. Sintió un escalofrío y levantó la vista hacia ellos que la observaban muy serios. Forzó una sonrisa intentando disimular. —Todo está bien. Enseguida te limpio. Voy a por agua.

—Carrie... —Dallas dio un paso hacia ella muy preocupado. —No lo entiendes.

—¿El qué?

—No fue tan horrible como te estás imaginando —dijo Yanina.

Dios. —Todo esto es una locura. —Salió de la habitación a toda prisa y subió las escaleras corriendo. Curt y Walt se acercaron de inmediato. —Están bien. Dylan es precioso.

Los hermanos se echaron a reír abrazándose y Walt gimió. —¡Cuidado! ¡Tiene una costilla

rota! —Le fulminó con la mirada. —Por cierto, ¿has ido a trabajar?

Se sonrojó ligeramente. —Me aburría.

Gruñó yendo hasta el grifo y lo abrió. —Se aburría. ¡No sé para qué vais al médico si después hacéis lo que os da la gana! —dijo cabreada.

Curt se acercó a ella. —¿Nena?

—¡No me llames así!

Buscó donde echar el agua y gritó muy nerviosa —¡Necesito toallas!

—Iré a por ellas —dijo Walt viéndola revisar los armarios. Encontró una ensaladera grande y vertió agua templada en ella.

—Carrie, ¿qué ocurre?

—Nada. —Pasó ante él con la ensaladera y Walt llegó con tres toallas que le arrebató antes de bajar.

En ese momento escucharon el sonido de la ambulancia con la sirena puesta y los hermanos se miraron. Walt muy tenso susurró —Están en la habitación. Creo que las ha visto. Lo sabe.

Curt asintió y preocupado se pasó la mano por la nuca antes de golpear la pared con el puño. —¡Joder!

Capítulo 6

Madre e hijo fueron trasladados al hospital porque quería que les hicieran una revisión completa. Además, Yanina tenía que tratarse ese pinzamiento que por sus características debía ser supervisado con detenimiento para evitar que le ocurriera en el futuro. Seguramente se arreglaría con rehabilitación, pero no quería dejar nada al azar, así que le harían las pruebas necesarias. De camino al hospital ella misma le dijo que hacía unos días que le dolía porque había cogido demasiado a la niña ya que no dormía bien. Ya no valía de nada echarle la bronca, así que no le dijo nada excepto que lo solucionarían.

Los Brenner estaban en el hospital cuando salió de la sala de urgencias lista para irse. — Los he dejado en buenas manos. Enseguida la trasladarán a una habitación de planta.

—No sabes cómo te agradezco...

—No es nada. Me mantendrán informada e intentaré pasarme mañana.

—Gracias de nuevo —dijo Dallas algo incómodo porque era evidente que quería largarse.

Maira sonrió a Walt, pero este ni la miró.

—Nos vemos mañana —dijo molesta.

Curt dio un paso hacia ella. —Carrie...

—Tengo que irme. Acabo de recibir el aviso. —Le hizo un gesto a Maira que sin rechistar la siguió al exterior.

Inquieta se subió a la ambulancia y arrancó. —¿Qué ha ocurrido? No te ha llamado nadie —preguntó su prima—. Estás muy rara. ¿Te ha pasado algo?

—¡Esto es ridículo! ¡Por qué coño tengo que conducir la ambulancia! ¡Debería estar atrás

con los pacientes!

—Carrie no hay pacientes ahora y cuando...

—¡Tú deberías estar conmigo por si te necesito!

—Siempre se ha hecho así.

—¡Pues está mal!

—Tenemos un presupuesto ajustado. No da para un conductor. Y si es algo extremo podemos llamar a un helicóptero. ¿Qué te pasa?

—¡Esto es una mierda!

—¡Muy bien, me lo cuentas o llamo a mi madre! ¡Ella te lo sacará porque no parará hasta conseguirlo!

Frenó en seco a un lado de la carretera y la miró a los ojos. —Dallas secuestró a Yanina.

Levantó sus cejas rubias y asintió. —¿Y?

—¿Lo sabías?

—¡Lo sabe todo el mundo! Cindy la de la heladería vio la cara de Dallas cuando la conoció. ¡Era evidente! Además, te lo dije en el rodeo. ¡Actúan así! Se enamoran y se las llevan. Sus padres estuvieron casados más de treinta años y muy felices, por cierto. Y sus abuelos...

La miró asombrada. —¿Me lo dijiste?

—¡Sí! ¡Es un secreto a voces! Además, hace unos años Robbie se colocó y lo dijo en una fiesta.

Miró al frente asombrada. —¿Y el sheriff?

—¿El sheriff? Hace la vista gorda. Al menos con Yanina lo ha hecho. Es más, si pudiera la secuestraría él porque la adora. Es la hija que siempre ha querido tener. No sé de qué te quejas tanto. Yo daría lo que fuera por pasar por eso. Con mi Walt, claro. Si me pasara con otro debe ser algo horrible. —La miró como si estuviera loca y Maira sonrió maliciosa. —Con el hombre

adecuado te lo debes pasar de miedo.

—¡Estás tan loca como ellos!

—De todas maneras tú no vas a pasar por eso. Tú no puedes desaparecer, así que...

Abrió los ojos como platos. —¿Me estás insinuando que me hubiera secuestrado si hubiera podido?

—Poder puede. Pero es que tú eres la doctora y no se puede justificar tu desaparición, así como así.

—¿Cómo sabes eso?

—Les conozco muy bien. Llevo observándoles muchos años. Cuando me pidió aquella cita intuí que me había descartado.

—¿Qué dices? ¿Entonces por qué salió contigo?

Los ojos de Maira brillaron. —Eso es lo que me reconcome por dentro. Me besó como si fuera lo más bello del mundo. Fue tan tierno... ¡Y te aseguro que a las demás se las comía porque ya se encargaban ellas de gritarlo a los cuatro vientos! Al principio me decepcioné porque no volvió a llamarme, pero durante meses, después de llorar un huevo porque no me había dado lo que a las demás, me pregunté por qué ese beso. ¿Por qué no me puso fina, eh? ¿Se lo puse en bandeja! ¡Cualquier tío lo haría! Por qué a mí no, ¿eh? ¿Por qué? ¿Si se acuesta con todas!

—Maira, ¿quieres un Valium?

Gruñó mirando al frente. —Todavía soy virgen. —La miró sombrada. —Sí, es para matarse.

—Debes ser la última de tu especie, prima...

—Lo sé, es patético. Ni me mira. Otra cosa que es rara porque no ignora a nadie excepto a mí. —La miró de reojo. —No sabes la suerte que tienes. Él te ha demostrado que le importas.

—¡Si no me conoce!

—¿No te das cuenta? Eso es lo mejor. Se ha enamorado de ti y todo lo demás le es indiferente. Solo te quiere a ti.

Sintió un nudo en la garganta y apretó los labios. Se quedaron en silencio unos minutos. — Estoy casada.

Maira la miró asombrada. —¿Qué dices? —Gimió dejando caer la cabeza hacia atrás golpeándola varias veces contra el reposacabezas. —¡Carrie!

—Fue un error, ¿vale? Estábamos en un festival de verano y le conocí. Era el batería de un grupo. Nos divertimos durante un verano y terminó la gira en las Vegas...

—Dios mío.

—No sabes la sorpresa que me llevé cuando me desperté con una resaca de aúpa casada con aquel desastre. ¡Solo quería pasarlo bien! ¡Iba a entrar en la facultad de medicina e iba a cumplir mis sueños! Te aseguro que un batería no encajaba nada en mis planes.

Maira dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Qué hiciste?

—¡Largarme a toda prisa! No volví a saber nada de él. ¿Cómo se lo iba a decir a mis padres?

—¿No has vuelto a saber nada de él?

—No. ¡Ni tengo ganas, gracias! Solo de pensarlo me pongo de una mala leche...

—De mala leche se va a poner Curt cuando se entere.

La miró fijamente asustada por su reacción o lo que pensaría de ella. —No sabe nada de mí. ¿Cómo va a quererme?

—Sabe lo más importante. Cómo se siente a tu lado.

Tumbada en la cama no podía dormir y se giró abrazando la almohada cuando escuchó los

pasos en las escaleras. Cerró los ojos como si estuviera dormida. Él intentó no hacer ruido al acostarse y cuando lo hizo a su lado, sintió un nudo en la garganta cuando la abrazó a él como si necesitara tocarla. Lo más increíble de todo es que se sintió completa. Dos días. Solo le conocía de dos días y su cuerpo lloraba por él de necesidad.

—Yanina me ha dicho que te lo ha contado —susurró él en voz baja—. Pero no pensaba hacértelo a ti.

Abrió los ojos mirando la pared. —Mentiroso.

—Bueno, es que si desapareces muchos pueden verse afectados. Me he dado cuenta de lo importante que es tu trabajo. —Se quedó en silencio unos segundos. —Nena, grítame, pero no estoy acostumbrado a este silencio. Vengo de una familia de lo más ruidosa.

Sonrió porque ya se había dado cuenta. —Yanina grita mucho.

Él rio por lo bajo. —Es que tiene que hacerse entender entre tanto hombre. A veces escuchamos lo que nos conviene, ¿sabes? Y si no quiere repartir leches tiene que gritar.

—Son felices. —Sin darse cuenta acarició su antebrazo.

—Mucho. Se necesitan. Y yo te necesito a ti, preciosa.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Nadie garantiza nada en esta vida, pero tengo que guiarme por lo que siento, por lo que sentí cuando te vi.

Volvió la cabeza por encima de su hombro para mirarle. —¿Y qué sentiste?

—Que estaba ligado a ti. ¿Qué sentiste tú?

—Me pusiste nerviosa. —Curt sonrió. —Y te deseo. —La miró como si se la quisiera comer entera. —No podemos, así que olvídate.

Se volvió y reprimió una sonrisa cuando se pegó a ella gruñendo mientras la abrazaba más a su cuerpo. —Va a ser el mes más largo de mi vida. —Se quedaron en silencio durante unos

minutos y los ojos de Carrie empezaron a cerrarse. —Cásate conmigo, nena. —Besó el lóbulo de su oreja.

Esperaba poder evitar esa conversación, pero no se daría por vencido, así que mejor atajarlo cuanto antes. —Sobre eso... Te vas a cabrear.

Curt frunció el ceño. —No me digas que no. Eso no es aceptable.

—No puedo casarme contigo.

Antes de darse cuenta estaba de espaldas y forzó una sonrisa viendo que tenía el rostro muy tenso. —Carrie, no tengo mucha paciencia.

—Pues deberás tenerla porque es algo que no puedo evitar. Las cosas van a ir así. Nada de secuestros, nada de metérsete cosas en la cabeza que no se puedan dialogar y nada de que tu palabra es ley. A partir de ahora esto es un noviazgo como debe ser y tendremos citas, nos iremos conociendo y si todo va bien... Podrás pedirme matrimonio y respetarás lo que te diga. —La miró indignado y gimió por dentro. —Y mientras tanto pido el divorcio.

La sorpresa de su rostro provocó que hiciera una mueca. Se había quedado pálido. —¿Qué has dicho?

Se sentó en la cama mirándole arrepentida. —Era muy joven. ¡Fue un error!

—¡Y tanto que fue un error! ¡Eres mía!

—Tenía dieciocho años. Era el verano de mi vida. Hora de experimentar y...

—¡Y para experimentar te casaste! —gritó furioso—. ¡Con otro! —Entrecerró los ojos. —
¿Quién es ese tío?

Suspiró apoyando la espalda en las almohadas. —¿Qué más da si no le conoces?

—¡Me interesa saber el nombre del marido de mi mujer!

Por su cara parecía que quería despedazarle. De todas maneras, no le iba a encontrar por allí. —Se llama Félix Gelera. Es batería de los Geleguer.

Parpadeó como si no se lo creyera. —¿Estás casada con el batería de un grupo de rock?

Sonrió radiante. —¿Le conoces?

—¿Le conoce todo los Estados Unidos! —Se levantó mostrando sus slip negros. Estaba para comérselo. Furioso cogió sus vaqueros.

—¿A dónde vas? —preguntó sorprendida.

—¿A dar una vuelta! ¡No estoy acostumbrado a acostarme con mujeres casadas!

—Muy gracioso. —Le miró molesta. —¿Perdona si he tenido una vida antes de conocerte!
¿Acaso creías que era virgen?

—Me cago en... —La fulminó con la mirada. —¿Nena, no me hables de otros tíos con los que te hayas acostado!

—¡Pues con unos cuantos! ¡Como tú!

Se detuvo en seco. —¿Cuántos son unos cuantos?

Se sonrojó ligeramente. —¿Qué?

—¿Con cuántos?

A ver cómo salía de esa. —¿Esta conversación no deberíamos tenerla un poco más adelante? Además, te contradices porque me acabas de decir...

—¡Corta el rollo! ¿Cuántos?

—¿Acaso te lo pregunto yo?

—¡Pues bien que me has echado en cara mi vida sexual!

Levantó la barbilla orgullosa. —Es que yo no tengo nada ahí abajo.

—¡Puede haber más razones, tú lo dijiste! —Parecía a punto de saltar sobre ella.

—Bueno, mejor asegurarse.

—Nena... Me estás cabreando.

—¡No pienso decirte cuantos amantes he tenido! ¡Eso pertenece a mi pasado! ¡Cómo tus amantes! —Se cruzó de brazos molesta. —Y debería darte igual.

—¡Pues no me da! ¿Cuántos han sido? ¿Dos? ¿Tres? —Ella se mordió el labio inferior al ver que se ponía rojo de furia. —¿Cinco?

—El trabajo en el hospital es muy estresante. Había que relajarse. —La miró como si le hubiera dado la sorpresa de su vida. Entre eso y el divorcio parecía a punto de explotar. —¿Seguro que quieres saberlo?

—¡Sí!

—Veintidós.

Palideció de golpe y tuvo que sentarse mientras los pantalones se le caían de las manos. En ese momento se arrepintió de haber tenido tantos, aunque era ridículo. Él también había disfrutado de la vida. Le miró de reojo porque parecía en shock y susurró —Te dije que no me conocías. —Giró la cabeza de golpe hacia ella y Carrie forzó una sonrisa. —Pero soy fiel. Nunca le he puesto los cuernos a nadie con el que estuviera, así que puedes estar tranquilo en eso. Me gusta ir con la verdad por delante.

—Es un alivio. ¡Se lo diré a tu marido! —dijo irónico levantándose y cogiendo su ropa de mala manera antes de salir de la habitación dando un portazo.

Carrie gimió y se llevó la mano a la nariz de dolor. Aquella relación no parecía que estuviera empezando muy bien. Pero él no se habría arrepentido, ¿o sí? En realidad, no le había dicho nada. Suspiró tumbándose. Es que estaba chapado a la antigua. En eso tendría que reformarse porque ella era muy moderna.

Capítulo 7

La zarandearon por el hombro y gimió molesta apartándose para seguir durmiendo. Estaba soñando con Curt y sus caricias mientras estaban tumbados sobre la hierba. Su cabello estaba extendido sobre el césped y él apoyado en su antebrazo la miraba con adoración mientras acariciaba su cintura con la mano libre. Sonrió abrazando la almohada y susurró —Sigue, cielo.

—¡Carrie!

Se sobresaltó sentándose en la cama y miró de un lado a otro con los ojos como platos sin saber ni donde estaba. Cuando vio a Curt a su lado mirándola furioso parpadeó —¿Qué? ¿Qué hora es?

—Las cuatro de la mañana.

—¿Estás loco?

—¡He hablado con nuestro abogado! ¿Tienes por ahí la licencia de matrimonio? ¡La necesita!

Dios... Esperaba tener que ahorrarse esa parte, pero al parecer no iba a tener suerte. —Ya lo arreglaré yo. Acuéstate. —Se tumbó de nuevo dándole la espalda.

—¡Levántate ahora mismo! ¡Tú te divorcias cuanto antes! ¡Y cuando digo cuanto antes es ya!

Bufó sentándose de nuevo. —No la tengo, ¿vale? Cuando salí corriendo a la mañana siguiente se me olvidó pedírsela. —La miró como si no la comprendiera. —Me casé en las Vegas en una noche loca. —Soltó una risita. —Aunque en realidad todo el verano fue una locura, pero esa noche fue...

—¡No me lo cuentes! ¡Desde ya te digo que no vas a tener despedida de soltera! ¡Creo que ya te has divertido bastante!

Jadeó ofendida. —¿Estás insinuando algo, Brenner? ¡Porque seguro que tú no has sido un santo! —Señaló la puerta. —¡Fuera de mi casa!

—Más quisieras —siseó sentándose en la cama y quitándose las botas.

Molesta se tumbó dándole la espalda y cuando se tumbó a su lado no la abrazó. Se quedó mirando el techo y le escuchó jurar por lo bajo varias veces. —¿Por qué te cabreas? No te conocía.

—¿Cómo te sentirías si estuviera casado con otra?

Apretó los labios reconociendo que en ese momento la molestaría muchísimo. —Lo siento, tenía que haberlo arreglado hace años.

—¿Por qué no lo hiciste?

Se volvió para mirarle y él se giró también para mirarla de frente. Acarició uno de los rizos que había caído sobre su hombro. —Quería olvidarlo. Nunca he perdido el norte de esa manera y me asusté. Cuando me desperté y me di cuenta de lo que había hecho, salí pitando y seguí con mi vida como si no hubiera pasado nada. Él nunca se puso en contacto conmigo y...

—Lo dejaste estar.

Sus preciosos ojos verdes se llenaron de lágrimas. —No lo entiendes. Toda mi vida he hecho lo que se esperaba de mí. He sido la mejor estudiante. La hija perfecta. Iba a ser una cirujana reputada. Mis padres me dieron el dinero para disfrutar del verano con dos amigas por todo el país. Era un sueño antes de empezar la vida de veras y... me pasé.

—¿Cómo le conociste?

—Estábamos en los Ángeles y vimos un cartel de un festival de verano. Había varios conciertos y su grupo era uno de ellos. No eran tan famosos como ahora, pero empezaba a sonar bastante una de sus canciones. Fuimos hasta allí y cuando terminó el concierto ocurrió. Se acercó

a la barra y empezamos a hablar. —Una lágrima cayó por su mejilla. —Estaba fascinada. Yo la empollona con un chico tan popular. Se me fue la cabeza, dejé a mis amigas sin que mis padres lo supieran y me fui de gira con él durante el resto de mis vacaciones. —Hizo una mueca. —Era una grupi como muchas que les seguían. La única diferencia es que Félix cuidaba de mí.

Curt apretó los labios. —¿Te arrepentiste o te asustaste?

Se le cortó el aliento mirando sus ojos azules que parecían traspasarla. —Me asusté.

—Le querías.

—Sí —susurró muy preocupada por lo que pensara de ella.

Vio la decepción en sus ojos y como se giraba para mirar el techo. —Curt, fue hace mucho tiempo.

—Duerme, nena. Mañana tienes trabajo.

Se quedó mirando su perfil varios minutos sintiendo su decepción. Él no había querido a nadie que compartiera su vida hasta que la conoció y era un jarro de agua fría enterarse de que ella había tenido una vida antes de conocerle. —¿Sabes? El destino es muy extraño. Si no hubiera vuelto a mi vida no hubiera estudiado la carrera que me ha traído aquí.

—Si no le hubieras conocido la hubieras estudiado igual porque has nacido para eso, nena. Lo que me jode es que le querías lo suficiente como para perder el norte, al contrario que conmigo porque desde que me has conocido te has resistido a mí. Y empiezo a temer que no hayamos sentido lo mismo.

Carrie separó los labios impresionada por sus palabras y vio como le daba la espalda antes de apagar la luz de la lamparilla de noche. Apoyó la mano bajo su mejilla mirando su espalda gracias a la luz de la luna que se filtraba por la ventana. Pensó en lo que sentía por Félix cuando le conoció. Era tan guapo... y además la mimaba en exceso. Se había sentido halagada y fascinada por él. Le quiso, no podía negarlo, pero había sido un amor casi adolescente y salió de su ensoñación justo a tiempo. Aunque ya podía haberse dado cuenta un día antes. O quizás no

porque fue cuando se encontró casada en una vida que no quería para su futuro cuando abrió los ojos. Nunca se arrepintió de su decisión y pocas veces miró atrás para recordarle. Se preguntó si con Curt sería lo mismo porque hasta hacía unas horas odiaba lo que él podía ofrecerle. Ese pueblo y su forma de vida. Que no tuviera más remedio que vivir allí no significaba que aquella relación fuera lo correcto. Eso sí que la preocupó. ¿Y si volviera a ocurrir? Si volviera a tener la oportunidad de regresar a su vida, ¿se iría sin mirar atrás? No podía cometer el mismo error dos veces.

Sentada ante una taza de café que ya se le había quedado frío ni vio como su prima se sentaba ante ella. —Llevas todo el día muy callada. Más que de costumbre.

La miró sorprendida. —¿Qué haces aquí? ¿Has dejado la consulta sola?

—La veo desde aquí. —Dejó el teléfono inalámbrico sobre la mesa. —Y he desviado las llamadas.

—Eres la mejor.

—Lo sé. —La miró preocupada. —¿Qué ocurre?

—Creo que me estoy volviendo loca.

—Es Curt.

—Se lo he contado. Lo de que estoy casada.

—Se lo ha tomado mal, ¿eh?

Merryl se acercó con una sonrisa. —Un café y un pedazo de tarta de manzana.

—Marchando.

—¿Y si lo vuelvo a hacer? ¿Y si me llaman en seis meses y me voy dejándole plantado como a Félix? Y...

—¿Y si te mueres? —La miró con los ojos como platos. —¿Y si te cae un rayo? ¿Y si se muere él? ¿Entonces no te arrepentirías de haber estado con Curt ese tiempo? —Apoyó los codos sobre la mesa. —Deja de pensar en lo que puede pasar y disfruta del momento. Tienes un trabajo estupendo, aunque no lo creas todavía. Vives en un pueblo muy agradable donde los vecinos se apoyan los unos a los otros. Somos algo cotillas, de acuerdo. A veces muy pesados, pero es como una gran familia. Sabes que si te ocurre algo casi todos estarán para echarte una mano. De eso puedes estar segura. Hace unos días querías volver a Nueva York. Comprensible porque era la vida que conocías. Pero desde que le conociste no te he visto mirar el móvil inquieta por si te había llamado alguien. —Frunció el ceño porque era cierto. —Y en un año estarás tan integrada que ni se te pasará por la cabeza volver a esa locura de vida donde no sabes ni el nombre del vecino que por otro lado puede ser un asesino en serie.

Sonrió divertida. —Ves mucha tele.

—Sí, no tengo novio.

—Porque tú no quieres —dijo Merryl dejando su tarta y el café sobre la mesa.

—Gracias guapa.

Merryl se echó a reír de la que se alejaba y las primas se miraron. —¿Cómo se lo tomó?

—Fatal. Fue a hablar con el abogado en plena noche. —Su prima se echó a reír y no pudo menos que sonreír. —No tiene gracia.

—Es que me imagino la cara que debió poner y no puedo evitarlo.

—Pues cuando se enteró de los amantes que había tenido parecía que le había fundido los plomos.

—¿Cuántos?

Se sonrojó con fuerza. —No te lo voy a decir.

—Vamos. —Se acercó a ella. —Yo te he contado lo mío.

—Unos cuantos.

—¿Más de diez? —Levantó las cejas y su prima rio. —¿De veinte?

—No digo más.

—Madre mía, menudo cabreo debía tener.

—Eso es machista.

—Sí, pero es que los hombres son así. Sobre todo por aquí. La culpa la tienen las madres que les educan de esa manera.

—Ah, no... pues ya se puede olvidar. Como no trate igual al niño que a la niña me va a cabrear. —Se quedó sin aliento por lo que acababa de decir y su prima sonrió. —No quería... Puede que en...

—Yo quiero dos niñas —dijo como si nada con la boca llena—. Morenas con grandes ojos grises. Gemelas. Así las suelto de una sola vez.

Se echó a reír más relajada. —Muy lista, pero es un montón de trabajo de golpe.

—Ya, pero mi Walt tiene buen trabajo. Tendrás que buscarte una sustituta para las tardes porque quiero estar en casa cuando vuelvan del cole.

—Veo que lo tienes todo muy preparado.

—Solo me falta Walt.

La miró fascinada. —Estás tan segura de lo que quieres... Te admiro muchísimo.

—Me enamoré de él con doce años cuando le vi disparar en uno de esos puestos de tiro en la feria. Le dio el enorme oso blanco a Jenny Paxter, pero soñé que me lo regalaba a mí. —Hizo una mueca mirando lo que quedaba de su tarta. —Nunca he tenido ninguno. Solo he vivido de sueños estos años.

—Curt le convencerá.

Su prima miró por la ventana y frunció el ceño. —Parece que la señora Berry va hacia la

consulta.

Miró hacia allí y vio que una mujer de unos cuarenta años con el cabello recogido en una descuidada cola de caballo intentaba abrir la puerta. La sorprendió su aspecto porque llevaba un chándal viejo que le quedaba pequeño porque estaba algo obesa. —¿Esa es la señora Berry? ¿La mujer del de la cafetería?

—La misma.

Se levantaron y de la que salían gritó —Merryl, ¿me lo apuntas?

—Claro, Carrie. Te veo en la comida.

Salieron de la cafetería y cuando la mujer se volvió vieron que se aguantaba el brazo. — Le ha roto el brazo —susurró su prima.

—¿La maltrata?

—Ese gilipollas... Ella nunca le denuncia, te dirá que se ha caído. Viven en las afueras y el sheriff nunca ha recibido una llamada que le permita cogerle infraganti. Martin ha tenido problemas con los Brenner porque les tiene una envidia que no puede con ella.

—¿No me digas? —Se acercaron a la mujer. —¿Venía a consulta? —preguntó agradablemente—. Soy la doctora Anderson.

Miró al final de la calle asustada. Carrie se volvió hacia allí y vio en la puerta de la cafetería a Martin que no les quitaba ojo. —Me duele el brazo —dijo en voz baja.

Era una maltratada de manual. Totalmente intimidada por su marido diría lo que él le había ordenado. Sonrió como si no supiera nada. —Venga conmigo. Le echaremos un vistazo.

—¿La han golpeado? —preguntó la mujer mirándola de reojo.

—Me caí. Es lo que tiene caminar descalza sobre un suelo de linóleo —dijo odiando mentirle—. He tenido mucha suerte.

—Sí —dijo la mujer entrando en la clínica para ir hacia la consulta.

—Vamos a ver qué tenemos aquí. Acompáñeme.

Ella caminó lentamente como si fuera a salir corriendo en cualquier momento, pero entró voluntariamente en su consulta. —Por favor quítese la chaqueta. Maira la ayudará.

Su prima sonrió y le dijo —No se suelte el brazo, señora Berry. Yo lo haré todo. ¿De acuerdo?

Le bajó la cremallera y mientras la desvestía ella fue hasta su fichero sacando su expediente discretamente. Lo miró por encima. Ese salvaje le había hecho de todo. Le había roto la nariz dos veces y en una de esas ocasiones le había roto también la mandíbula. ¿Cómo podía seguir suelto? Vio que la última vez que la había golpeado había sido hacía dos años. Qué raro. Igual habían ido a otro doctor para no levantar sospechas. Cerró el expediente y sonrió a la mujer que ya estaba sentada en la camilla. Era evidente la fractura. Tenía que estar doliéndole muchísimo, pero estaba allí callada. Le había retorcido el brazo hasta romperselo, estaba segura. —Vaya. —Se lo cogió con mucho cuidado. —Maira prepara todo para una placa de rayos.

—Sí, prima.

—¿Son primas?

—Sí. Ella me convenció para venir hasta aquí.

—Y no se arrepentirá, ¿verdad señora Berry?

La mujer sonrió agradablemente. —Es buen sitio para vivir.

—Sí que lo parece. —La ayudó a bajar de la camilla y vio los morados en la espalda. Como no podía agacharse para cogerla, el muy seboso le había pegado patadas en la espalda cuando debía estar en el suelo protegiéndose de los golpes como podía. —De momento no me va mal —dijo intentando relajarla lo suficiente—. ¿Usted lleva mucho aquí?

—Nací aquí.

—No la había visto por el pueblo.

—Es que vivo a las afueras. Mi marido compró un rancho abandonado. Le gusta criar toros como hobby.

—¿Y tiene hijos?

—Dos. Jim y Tommy.

—Tommy tiene cinco años y es un trasto —dijo Maira de la que entraban en la sala de rayos.

—Sí que lo es. Siempre se está haciendo algo. El otro día se cayó de la bici y me dio un buen susto —dijo más relajada porque no la presionaban.

—¿Y Jim?

Maira la advirtió con la mirada y la mujer volvió a cerrarse. —Él es más como su padre. Se parecen mucho.

Un futuro maltratador en potencia. Seguro que ya la trataba mal por lo que veía en casa. Le colocó el brazo con delicadeza para hacer la placa. —Intente no moverse, ¿de acuerdo?

—Sí, doctora.

Salieron de la sala y Maira pulsó el botón.

—¿Crees que su hijo la ha pegado?

—No se mete en líos gordos, no creo que haya llegado a ese punto.

Entraron de nuevo y vieron como la mujer se miraba el brazo con una profunda tristeza en los ojos. —Veamos qué tenemos. Aunque está roto, Lisa. ¿Puedo llamarte así? Lo he visto en tu expediente.

La miró de reojo. —Sí, por supuesto, doctora.

—Llámame Carrie. Aquí son todos muy formales.

Sonrió relajándose de nuevo. —Es la costumbre. ¿Cómo es Nueva York?

—Oh, es una ciudad increíble.

Mientras la curaba le contó muchas cosas de la ciudad donde había nacido y a veces reía por su cara de horror. —Yo no podría vivir en un sitio así. Tanta gente... He visto la noche vieja en la televisión y no cabe un alma.

Se echó a reír. —Sí, es cierto. —Le guiñó un ojo. —Esa noche es especial.

—¿Estuvo allí este año?

—Tenía guardia en el hospital —dijo terminando de escayolarle el brazo—. Bueno, esto ya está. Maira, ¿puedes ir por unos analgésicos? Lo que te he puesto evitará que te duela demasiado en unas horas, pero tendrás que tomar una pastilla con cada comida. Desayuno, comida y cena durante una semana.

Ella asintió y agachó la mirada como si acabara de recordar por qué estaba allí. Cuando salió su prima, Carrie se quitó los guantes observándola. —No tienes por qué aguantarlo, ¿sabes? Puedes escapar de esta situación por muy negro que lo veas. Te ayudaré. Te ayudaremos para que vivas una vida totalmente distinta a la que tienes ahora.

Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas y vio cómo se puso nerviosa buscando su chaqueta. —Tengo que irme.

Cogió su mano libre y la miró. —Te aseguro que recibirás toda la ayuda que sea necesaria —susurró—. No dejes que venza de nuevo. Sé que es difícil, lo he visto antes, ¿sabes? Pero puedes hacerlo. Eres fuerte para sobrevivir a todo lo que has pasado.

—Mis hijos... No quiero que su padre vaya a la cárcel.

—Debes ser realista. Si te mata, irá a la cárcel y entonces, ¿qué será de tus hijos? ¿Lo has pensado? —La miró como si nunca lo hubiera pensado. Dios, era realmente triste ver el vacío en sus ojos. —Piensa en Tommy. ¿Qué va a ocurrir entonces? ¿Quién es más importante?

Se la quedó mirando unos segundos en los que no soltó su mano y su prima entró en ese momento con una sonrisa en el rostro. —Ya lo tengo aquí. Benditos visitantes médicos. Estas pastillas le durarán para una semana, señora Berry.

—Doctora...

—¿Si, Lisa?

Muy asustada susurró —No debería haber venido aquí. Él me lo prohibió. —Angustiada mostraba la desesperación en sus ojos. —No puedo más. Tiene razón, necesito ayuda.

Carrie sonrió con dulzura y la abrazó con suavidad. —Te ayudaré en lo que te haga falta. En todo lo que necesites. —Lisa se echó a llorar desgarrada y acarició su espalda. —Llora lo que quieras. Tienes todo el derecho a llorar.

Capítulo 8

La llegada del sheriff puso muy nerviosa a su paciente, pero sentada a su lado para darle apoyo logró que contara todo lo que había pasado prácticamente desde que se habían casado. Su padre la había obligado a casarse cuando se quedó embarazada de Jim y desde entonces su vida había sido un infierno. Lo que la había animado a denunciar fue que no quería que Tommy se convirtiera en alguien como Jim, que siempre estaba metido en líos. Aunque cuando era niño lloraba cuando la pegaban, ahora ya se reía cuando veía lo que hacía su padre. Al escuchar el relato de como esa mañana había llegado una carta de embargo para la cafetería porque estaban en la ruina, se le pusieron los pelos de punta al sentir su miedo porque creía que la mataría. El muy salvaje la responsabilizaba a ella que no tenía la culpa de nada porque prácticamente ni la dejaba salir de casa.

No era lo mismo escuchar un relato así en primera persona que la teoría que había escuchado en los cursos de psicología. Le dieron ganas de matar a ese tipo con sus propias manos.

La mujer la miró asustada. —Se va a enfadar.

—Da igual. Nunca volverá a tocarte.

—Mis hijos...

—Están a salvo —dijo el sheriff—. Cuando me llamó la doctora, me imaginé por lo que era y están custodiados en su casa.

—¿Qué coño pasa aquí? —Escucharon la voz de Martin Berry en la puerta. —¿Dónde está mi mujer? ¿Qué hace aquí el sheriff?

Asustada por Maira salió al igual que el sheriff que sacó su arma de la pistolera. —Date la

vuelta Martin.

—¿Dónde está mi mujer? —preguntó agresivo.

—¿Creía que podía hacerle lo que le viniera en gana? ¡Le va a denunciar!

Él se echó a reír. —¿Qué dice esta loca? ¡Mi Lisa jamás me denunciaría porque yo no he hecho nada!

—Hijo de mala madre... Espero que te jodan mucho en la cárcel.

El sheriff levantó el arma y Martin la miró con odio. —No me denunciará.

—Aunque no te denuncie ella lo haré yo de oficio, escoria —dijo el sheriff—. Y la doctora declarará todo lo que ha escuchado e informará de las lesiones que le has ocasionado durante todos estos años. ¡Están en el expediente!

—Por supuesto que lo haré, sheriff. Contaré todo lo que me ha dicho con pelos y señales. Tengo una memoria buenísima.

—Zorra. ¡Lisa! ¡Sal ahora mismo! —gritó furioso.

Carrie le hizo un gesto a su prima para que fuera con ella y que no estuviera sola.

—¡Date la vuelta! —gritó el sheriff.

—¡Todo es culpa de esta puta! ¡Antes nunca se le hubiera ocurrido!

—Pues si te denuncia gracias a que me ha conocido no sabes cómo me alegro.

Él gritó y se tiró sobre ella, pero Carrie saltó tras el mostrador justo antes de que el sheriff le golpeará en la cabeza con la culata de la pistola. Cayó de rodillas y no dejó de mirarla con odio mientras el sheriff le esposaba. La sangre caía por su frente, pero no pensaba acercarse para curarle.

—¿Martin?

Sorprendida vio que Lisa salía de la consulta mirándole arrepentida. —Lo siento, yo...

—¡Serás zorra! ¡Mira lo que has hecho! Cuando te pille...

Lisa se echó a llorar y Maira la abrazó susurrándole —No sienta pena cuando él no tiene ninguna piedad con usted.

El sheriff tiró de sus brazos levantándole y le llevó de mala manera hasta la puerta. — Necesito que hagáis una declaración formal.

—Por supuesto sheriff.

—¡Zorra, te vas a acordar de mí! —gritó aquel salvaje mientras le sacaba a rastras—. ¡Os vais a acordar las tres! ¡Eso os lo juro por mis muertos!

Se acercó a la mujer que estaba desgarrada. —No debes preocuparte. Estás a salvo.

Después de hablar con servicios sociales para asignarle una psicóloga y un abogado, ella misma la llevó a casa para que se reuniera con sus hijos. Su hijo pequeño salió corriendo a buscarla, pero su otro hijo la miró desde el porche sin mostrar ningún gesto. Necesitarían mucha terapia. Iba a cerrar la puerta del coche cuando la miró a los ojos. —Gracias.

—No flaquees, Lisa. Si lo haces la próxima vez puede matarte.

La mujer asintió. —Lo sé. —Miró al frente para ver como Jim entraba en la casa. —Dios mío, me odia.

—La psicóloga os ayudará. Habéis pasado por mucho. ¿Pero sabes qué?

—¿Qué?

Sonrió dándole ánimos. —Tommy será libre. Y es lo único que tiene que importarte. Le has salvado y puede llevar una vida totalmente normal. Y todavía puedes salvar a Jim con la ayuda adecuada.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No tengo trabajo.

—Claro que sí. Porque necesito una conductora de ambulancia.

—¿Qué?

—¿Sabes conducir?

—Sí.

—¿Y coger el teléfono? —preguntó divertida.

—Sí.

—Pues también tengo recepcionista. Bienvenida al equipo.

Intentó reprimir las lágrimas de la emoción. —Gracias.

—Cura tus heridas, Lisa. Saldrás adelante.

Una hora después estaba ante su ordenador actualizando aquel desastre cuando la puerta se abrió lentamente. Tan concentrada estaba que ni se dio cuenta. El sonido de sus botas la hizo levantar la vista asustada y suspiró del alivio al ver a Curt. Él apretó los labios dejando el sombrero sobre la mesa. —Ya me he enterado.

Sin poder evitarlo se emocionó y se levantó metiendo un expediente en el archivador. —
Nena...

—¿Cómo podía hacerle eso? —dijo apretando el cajón entre sus manos—. La torturó durante años y ella...

—Es un cabrón. Siempre lo ha sido. —La cogió por los hombros y la volvió. —¿Qué te parece si esta noche salimos a divertirnos un poco? Creo que lo necesita, doctora.

Sorbió por la nariz y le miró. —¿Walt también vendrá?

—¿No prefieres una cita a solas?

—Dos a la semana, ¿recuerdas? Se lo prometiste.

—Ya, y también íbamos a casarnos en dos meses.

—¿No escuchaste lo que te dije ayer? Nos iremos conociendo y después...

—Es que cuando me dijiste eso de que estabas casada se me olvidó todo lo demás.

—Muy gracioso. —Le miró a los ojos.

Él besó suavemente su labio inferior y Carrie cerró los ojos sintiéndose de maravilla. — Dos citas a la semana, vaquero. Se lo prometiste. Y pienso apoyarla en esto. Si quieres salir conmigo, tendrás que hacer que Walt salga con ella.

Suspiró apartándose. —Pues tenemos un problema porque no se lo he dicho.

—¿Por qué?

—Es que se comporta de un modo raro cuando está con ella.

Se le cortó el aliento. —¿A qué te refieres?

—Parece que no la soporta. Cuando la ve siempre la ignora todo lo que puede y refunfuña por lo bajo en cuanto se larga. Todavía recuerdo el día en que salió con ella. Regresó a casa cabreadísimo y dijo que eso le pasaba por salir con crías.

Asombrada se sentó en la esquina del escritorio. —Pero si se le puso en bandeja. Ella me lo dijo. Así que no podía ser por sexo. Solo le dio un beso.

Curt se pasó la mano por la nuca. —No quiero meterme en esto.

—Pues ya estás metido. ¡Se lo prometiste!

—¿No te bajas de la burra?

—¡No!

Se cruzó de brazos y él sonrió. —Vamos, nena. Tenemos cita con el abogado.

Fue hasta el perchero y se quitó la bata. —Muy bien. Ya va siendo hora de solucionar esto. ¿Es bueno?

—El mejor de por aquí.

—Perfecto.

Parpadeó ante el abogado que debía tener noventa años y la miraba a través de unas gafas de culo de botella. Y aun así parecía que no veía ni torta. —Así que fue un matrimonio precipitado en las Vegas —dijo algo por lo bajo apuntándolo en una hoja, pero lo de estos jóvenes lo escuchó perfectamente. Se puso como un tomate y miró de reojo a Curt que estaba algo tenso.

—Habrà que contratar un detective para localizar al señor... Gelera. Mientras tanto iré preparando los papeles.

—Oh, sé dónde está. —Ambos la miraron y se sonrojó aún más. —Lo he mirado en internet. En sus redes sociales dice que este fin de semana toca en Houston.

—Estupendo —siseó Curt levantándose—. ¿Podrá preparar los papeles a tiempo, señor Brown?

—Por supuesto, chaval. Espero que sea rápido e indoloro. Seguro que firmará el acuerdo porque ella no pide nada.

—Aunque tendría derecho. —Curt la fulminó con la mirada. —¿Qué? Es verdad. Dígaselo, señor Brown.

—Al no haber acuerdo prematrimonial tendría derecho a la mitad del dinero del señor... —Volvió a mirar los papeles. —Gelera.

—Pero no quiero nada —dijo rápidamente porque Curt hervía de furia—. No quiero nada de él.

—Más te vale.

Jadeó indignada. —¿Me estás amenazando?

—No, cielo. Creo que estás muy sensible con el tema de los Berry.

—Que cabrón —dijo el abogado sobresaltándola. Con lo educado que parecía. —Si

todavía fuera fiscal le apretaba tanto las pelotas que soltaría gallitos el resto de su vida.

—Bien dicho —dijo ella sonriendo.

Él la fulminó con la mirada como si hubiera cometido un delito grave. —Hijo, tendré los papeles mañana.

—Estupendo. Pasaré a por ellos. Ese firma este fin de semana. —La cogió de la mano levantándola. —Vamos, nena.

—Fue un error de juventud —dijo intentando justificarse.

—Pues lo subsanaremos, ¿verdad Curt? Al parecer tu mujer era una cabecita loca. — Jadeó indignada. —Pero ya ha encontrado el camino correcto con un hombre de verdad. Cantantes de rock...

—Es batería y... —Curt tiró de ella sacándola del despacho, pero ella se resistió metiendo la cabeza. —¡Ahora es una estrella! ¡Mire si tengo buen ojo!

—¡Carrie!

—¿Qué? ¡Es verdad! Que quiera perderle de vista para siempre no significa que no tenga mérito en lo suyo.

Gruñó bajando las escaleras y Carrie reprimió la risa. —¿No estarás celoso? Le dejé hace años.

La miró mosqueadísimo. —Preciosa si quieres tener esa cita esta noche dejemos de hablar de ese matrimonio, ¿quieres?

—Hecho. Se lo diré a mi prima.

Como con aquello que tenía en la cara era difícil estar mona y como no tenía ni idea de a donde iba a llevarla no sabía que ponerse. En ropa interior ante el armario escuchó como el coche

se detenía ante la casa y se acercó a la ventana para ver la camioneta negra de Curt. Cuando le vio bajar parpadeó porque llevaba la misma ropa de siempre. Un vaquero y una camisa de ranchero. Aunque la camisa se veía nueva. —Está claro que no te va a llevar a un restaurante de lujo.

—¡Nena, ya estoy en casa!

Puso los ojos en blanco mirando hacia el armario. Así que había llegado a casa. Increíble. —¡Todavía no estoy lista!

Sus pasos subiendo las escaleras la hicieron gruñir. —Está claro que se ha acabado la intimidad.

—Nena, no quiero llegar tarde...

Miró sobre su hombro para ver como miraba su trasero. Sus rizos pelirrojos lo rozaban acariciando sus braguitas negras. Él carraspeó. —¿Quieres que me quite los pantalones y me revisas de nuevo?

—Lo he visto ya. —Sonrió divertida mirando de nuevo el armario. —Todo.

—Te aseguro que no has visto mil cosas—dijo con la voz enronquecida de deseo.

Sintió como se acercaba colocándose tras ella y acariciaba sus hombros. Carrie cerró los ojos dejando que la pegara a él y al sentir como besaba su cuello ligeramente se estremeció de arriba abajo. —¿Pasamos de la cita? —preguntó acariciando su vientre hasta llegar a sus pechos —. Joder nena, tocarte es la mejor sensación del mundo.

—No podemos llegar tarde. Se lo prometí a mi prima. —Se volvió entre sus brazos. — Además no podemos. Un mes, ¿recuerdas?

—Podemos hacer otras cosas.

Se echó a reír apartándose. —Sal de aquí. Con mi nariz así no puedes ni besarme.

—Sí, estamos hechos una mierda. —La miró de arriba abajo. —Pero aun así te comería entera.

Se sonrojó de gusto. —Hablando de comer, tengo hambre. Por cierto, con lo de la señora Berry no he ido a ver a...

—Yanina lo entiende. Está mucho mejor y dice que no te preocupes.

Suspiró del alivio y sacó unos vaqueros. Él se sentó en la cama observándola. —¿Mucha presión, nena?

Se detuvo en seco y le miró. —Siempre he querido ser médico. Siempre. Pero hay ciertas cosas que no te dicen en la universidad.

Él apretó los labios. —No tienes...

—No vayas por ahí. No es nada. A veces hay días peores que otros. Seguro que a ti también te pasa.

—Yo no tengo la presión de salvar vidas. Lo que ocurrió en Nueva York debió ser duro de asumir.

Se tensó. —¿Qué has oído?

—Que hubo un error en la medicación...

—¿Un error que la jefa de enfermeras asumió que era mío!

—¿Y lo era?

Apretó los labios bajando la mirada. —No lo sé. Llevaba cuarenta y ocho horas de guardia. Había habido un accidente múltiple en el túnel y nos los enviaron a nosotros. Estábamos saturados en urgencias y una enfermera bajó de planta porque el señor Wagner decía que le dolía. No sé si se lo dije mal o si me entendió mal. No lo sé. No recuerdo ni la mitad de lo que ordené esa noche porque daba mil órdenes a la vez.

Curt alargó la mano y ella dejó caer los pantalones acercándose a él. La cogió sentándola sobre sus rodillas. —Pero te culpas.

Sin poder evitarlo le abrazó apoyando la mejilla sobre su hombro y quedándose en

silencio. Curt acarició su espalda durante varios minutos. Carrie susurró —Deben pensar que tienen un desastre de doctora.

—Tu prima ha dicho que el hospital te culpó a ti para cubrirse el culo. Te protege con uñas y dientes. Y en solo unos días has demostrado todo lo que vales.

Sonrió alejándose para mirar su rostro. —Tenemos que irnos. Se lo prometí a mi defensora.

Él asintió dejando que se levantara. —¿Sabes bailar?

Le miró con horror haciéndole reír. —No vamos a bailar, Curt.

—Claro que sí. Y ponte botas que el suelo está lleno de cacahuetes.

Se echó a reír. —¿Qué? ¿Vamos a un zoo?

Viendo a todos aquellos vaqueros en aquel local casi sin luz y con la música country a tope se dijo que no era un zoo, pero sí que era un local de lo más pintoresco. Sonrió entrando de la mano de Curt y para su asombro vio que en el otro lado del local había moteros. Interesante. Allí debía haber unas broncas de cuidado. Curt miró de reojo el top rojo que llevaba. —¿Quieres dejarlo ya?

—Es que vas algo...

—Mira, no empieces que me cabreo.

Él gruñó mirando a su alrededor. —Allí están.

Vio a su prima sonriendo a Walt que sentado frente a ella miraba a cualquier sitio menos a Maira. Bueno, Roma no se conquistó en una hora. Habría que tener paciencia. Sonriendo se acercó y los ojos de su prima brillaron de la alegría. Solo por verla tan contenta ese idiota se iba a tragar las dieciséis citas. La cara de alivio de Walt al ver a su hermano la hizo gruñir sentándose. Sonrió

a Curt que le hizo un gesto a su hermano para que se sentara en la otra silla y lo hizo a regañadientes.

—Habéis tardado mucho —protestó Walt.

—Mi mujer es una persona muy ocupada —dijo fulminándole con la mirada.

—Cierto —dijo su prima.

La camarera se acercó con cuatro jarras de cerveza, pero cuando Walt iba a coger la suya negó con la cabeza. —No puedes beber con tu medicación.

—No la estoy tomando.

Dejó caer la mandíbula del asombro viendo como bebía media jarra de golpe.

—Cuatro hamburguesas con queso, Mary —dijo Curt divertido.

—Marchando —respondió la chica guiñándole un ojo.

Miró a Curt con los ojos entrecerrados y este carraspeó revolviéndose en la silla incómodo. —Esto está animado.

—¿Cómo que no tomas la medicación? La muñeca debe dolerte muchísimo.

—No es para tanto.

—Que no es para tanto. —Miró a Curt buscando su apoyo y este se encogió de hombros.

—¿Di algo!

—Si no le duele...

—¡Sí que le duele!

—No puedo obligarle.

—¿Por qué no la tomas?

—Me dan sueño, joder.

—Pero debes tomarla —dijo su prima preocupada.

Él la fulminó con la mirada. —¿Y a ti qué te importa?

—Claro que me importa. —Sonrió de manera encantadora. —Eres un paciente y debo preocuparme.

—Pues no te molestes —dijo en plan borde haciendo que Maira perdiera la sonrisa poco a poco.

—¿Por qué no dejamos el tema? —preguntó Curt advirtiendo a su hermano con la mirada.

Este gruñó levantándose. —Voy al baño.

Maira apretó los labios mientras se alejaba. —Estupendo...

Carrie se giró hacia Curt. —Haz algo.

—¿Qué más quieres que haga? ¿Sabes lo que he tenido que hacer para convencerle? Se negaba en redondo. —Maira se sonrojó con fuerza. —Lo siento, pero no se lo ha tomado nada bien.

—¿Y cómo le has presionado para que aceptara? —preguntó intentando hacerse la fuerte, aunque Carrie sabía que le estaba rompiendo el corazón.

Curt suspiró. —Le he prometido que se quedará con las tierras del sur y yo me quedaré con las del norte en el reparto.

Su prima separó los labios. —Pero son las peores. El río no pasa por allí y...

—Me da igual.

A Carrie el corazón le dio un vuelco porque lo había hecho por ella. —Cariño...

—No pasa nada, nena. La separación solo es legal, el rancho seguirá siendo uno y así será siempre.

—No es justo para ti —dijo Maira avergonzada.

Curt sonrió. —Alguien tenía que quedarse con el norte. Así que no te cortes, por favor. Disfruta de esas citas, porque te aseguro que yo voy a disfrutar un huevo.

Carrie miró a los ojos a su prima. —Ni se te ocurra perder el tiempo. Al grano, ¿me oyes?

Maira entrecerró los ojos. —Tienes razón. No pienso cortarme. Ya que va a sacar tajada de esto no pienso tener piedad.

—Empiezo a divertirme de veras, nena —dijo Curt antes de beber de su jarra.

Apoyó los codos sobre la mesa y se lo comió con los ojos. —Acabas de adelantar tu recuperación una semana.

Se hubiera podido se la hubiera llevado en ese instante. —Si te vas a contagiar...

—Mañana mismo envío una muestra a cultivo para asegurarme —dijo acercándose.

—Bueno, ¿y cómo va ese divorcio? —Walt se sentó en su sitio y los tres le miraron como si quisieran cargárselo. —¿Qué? ¿Es un secreto o algo así?

—¿Por qué no te has acostado conmigo? —preguntó su prima indignada.

Carrie se echó a reír por su cara de sorpresa.

—¿Perdón?

—Sí, porque no es que tengas muchos escrúpulos a la hora de elegir. —Maira molesta entrecerró los ojos. —Stacy Chapman tiene dientes de caballo y bien que te la has tirado.

Curt rio por lo bajo mientras su hermano se revolvía incómodo en la silla. —Otro que necesita análisis —dijo ella haciendo que su novio se riera a carcajadas.

—¿No tiene gracia! —exclamó mirando con rencor a Maira—. ¡Y me acuesto con quien me da la gana!

—Pues muy bien, pero durante dieciséis citas eres mío —dijo triunfante.

—¿Se lo has contado? —preguntó asombrado.

—Las mujeres son de lo más inquisitivas.

Carrie le acarició la espalda. —Entre una pareja no hay secretos.

—¿Pues bien que te callaste que estabas casada!

Todo el local les miró sonrojándola y Curt gruñó siseando —Hermano, te estás ganando un par de hostias.

Carrie le cogió del brazo para impedir que se levantara. —No pasa nada, cielo. Tarde o temprano se enterarían. Tengamos esta cita en paz. Es nuestra primera cita, ¿recuerdas? ¿Bailamos?

Curt cogió su mano sin dejar de mirar a su hermano como si quisiera partirle las piernas y Walt tuvo la decencia de parecer avergonzado. Estaba sonando una lenta y Curt la cogió de la cintura sin perder de vista la mesa donde su prima miraba a Walt como si la hubiera decepcionado. Carrie susurró —Estoy aquí.

Curt la miró a los ojos y forzó una sonrisa. —Lo siento, preciosa.

—No pasa nada. Está enfadado.

—Y ha tenido que pagarlo contigo.

Acarició sus hombros. —¿Qué tal si me cuentas algo de ti?

—¿De mí? —La abrazó por la cintura pegándola a su cuerpo.

—Sí. Tus padres...

—Murieron, nena. —Perdió algo la sonrisa e hizo una mueca. —Hace unos años.

—Por eso lo de las tierras. Me lo ha explicado mi prima y Yanina, pero no sé si lo he entendido bien.

Le distrajo con esa conversación un rato y él se relajó. —En cuanto tengamos los papeles empezaré la casa.

—¿La casa?

—Carrie, tengo que vivir en el rancho. Hay emergencias...

Eso la detuvo en seco. —¿Más emergencias que un infarto? Tengo que vivir en el pueblo.

—Tampoco está tan lejos.

—¿En una emergencia sí, Curt! ¡Un infartado no puede esperar a que tarde en llegar a la consulta veinte minutos para recoger el material o la ambulancia antes de pasarme por donde esté tirado!

Su reciente novio entrecerró los ojos. —Hablaremos de esto. Seguro que encontramos una solución.

Eso la dejó más tranquila y le abrazó. —La casa del pueblo no está mal.

—Nena...

—Tiene tres habitaciones.

Él acarició su espalda. —Siempre he vivido en el rancho. Quiero que mis hijos crezcan allí.

Podía entenderlo. Era su hogar. Dios, aquello se estaba complicando mucho. Se quedaron en silencio pensando en ello y acarició su cuello. —No puedo creer que te conozca desde hace tres días y ya esté pensando en tener hijos contigo —susurró.

Rio por lo bajo cerca de su oído. —¿Cuántos quieres, nena?

—¿Y tú? —Le miró a los ojos.

—Diez.

Se echó a reír. —¿Solo?

—Bueno, con siete me conformo.

Ilusionada sonrió. —Entonces la casa del pueblo está descartada.

—Perfecto. —Acarició su espalda. —No te preocupes. Hablaremos con el alcalde. Tampoco será para tanto.

—En la casa nueva quiero una consulta.

Los ojos de su novio brillaron. —Muy lista, nena. Así te ahorrarás los veinte minutos.

—Exacto.

—¿Quieres algo más?

—Una cama enorme.

Él gruñó pegándola a su cuerpo. —Estoy deseando estrenarla.

—Y yo.

Vio por el rabillo del ojo como les llevaban la cena y la cara de funeral de Walt mientras que su prima parecía desanimada. —¿Segundo round? —preguntó intentando armarse de paciencia.

—Claro, cielo. Los Brenner no nos rendimos.

—¿No me digas? ¿Así que no te detendrás ante nada?

La miró como si fuera suya cortándole el aliento. —Ante nada.

Capítulo 9

—¡Será una broma! —gritó indignada mientras su novio sentado en su sofá se tomaba una cerveza haciendo que veía el partido.

Él tragó antes de mirarla. —Nena, ya estás tardando.

—¡No puedes venir conmigo!

—Haz la maleta. ¡No voy a dejar que vayas a Houston sola!

—¿No te fías de mí?

—¡Sí, me fío de ti! ¡De quien no me fío es de ese greñas que te emborrachó para llevarte al altar!

—¿Lo dice el que me hubiera secuestrado?

—Y no sabes lo que me arrepiento de no haberlo hecho.

—¡Curt, hubiera seguido casada!

—No me lo recuerdes. ¿Quieres hacer la maleta?

Exasperada dejó caer el bolso en el suelo. —Cariño, será mejor que vaya sola.

La miró con desconfianza. —¿Y eso por qué?

—¡Para que no te vea!

—¿Y por qué no debería verme?

—Bueno, al fin y al cabo... —Se sonrojó con fuerza. —Le estoy poniendo los cuernos contigo.

—¡La que era fiel!

—¡Oye, que en ese momento no recordaba que estaba casada!

—¡Si me lo dijiste minutos antes de soltar esa cifra de amantes que me pone de los nervios! ¡Al parecer tienes la memoria muy frágil! ¡Mejor voy contigo no vaya a ser que me olvides! ¡Y a mí no vas a olvidarme, eso te lo aseguro!

Dejó caer la mandíbula asombrada. —¡No voy a olvidarte!

—Por si acaso. —Bebió de la cerveza de nuevo.

—Cielo, solo tengo dos días para encontrarle y que firme los papeles. Si vienes Félix puede cabrearse y es algo capullo cuando se enfada...

Se levantó de golpe sobresaltándola. —¿Me estás diciendo que puede no firmar solo para fastidiar?

—Exacto.

—Oh, ese firma como me llamo Curt.

Suspiró resignada. —Vale, pero luego no te quejes si se retrasa la boda.

—No pienso decir ni pío porque nos casamos en siete semanas.

—¡Por cierto, ayer salieron y mi prima acabó sola mientras él ligaba con otras en plena cita! ¡Ni la llevó a casa cuando ella quiso irse y tuvo el descaro de pedirle el teléfono a una tía en plena cena, en la que por cierto no le dirigió la palabra!

Curt bufó sentándose en el sofá. —Solo he podido obligarle a que vaya a las citas. No puedo hacer más. —Gruñó yendo hasta las escaleras. —Vamos, nena... No te cabrees. Esto ya no es cosa nuestra. Hemos hecho lo que hemos podido. ¡Te dije que no funcionaría y Yanina también te lo advirtió! —El portazo en el piso de arriba le hizo gruñir antes de beber. —Qué complicadas son las mujeres.

—¡Te he oído, idiota! —Sus pasos descendiendo significaban que bajaba de nuevo. —¡Ha estado llorando casi todo el día!

—¿Qué quieres que haga, nena?

Se le quedó mirando con los brazos en jarras y se dio cuenta de que él no podía hacer mucho. Dejó caer los hombros desmoralizada. —Está tan enamorada... No es justo. Lleva queriéndole media vida. Y llego yo...

—Estas cosas no se controlan. —Se levantó acercándose a ella y acarició su mejilla emocionándola. —Aunque igual si le secuestrara hasta que entrara en razón... A mi padre le funcionó. —Ella entrecerró los ojos. —Preciosa, era broma.

—Sí, sí, claro... —Se alejó yendo hacia la escalera. —Bajo ahora.

—¿Quién se queda de guardia?

—He hablado con el doctor Higgins de Prinkhill y me cubrirá. Lo haremos a menudo para tener dos fines de semana libres al mes.

Él sonrió viéndola subir las escaleras. —Eso es estupendo, nena. Puede cubrirte en la luna de miel.

Se volvió en la escalera y sonrió. —¿Y a dónde vamos?

—¿A dónde quieres ir?

Los ojos de Carrie brillaron. —A Egipto.

Él frunció el ceño. —¿No queda un poco lejos? ¿Qué tal México? Una hermosa playa... Nunca he estado en la playa.

—Las pirámides... Allí también hay arena.

—Hacer el amor en el mar...

Chasqueó la lengua yendo hacia la habitación. —Todavía no te he probado. Igual no es para tanto. Con eso no vas a tentarme.

Él se echó a reír siguiéndola. —Por cierto, ¿y mi cultivo?

Hizo una mueca antes de morderse el labio inferior. —¡Tendré los resultados el lunes

seguramente! —gritó cogiendo su maleta más pequeña.

—Las ronchas han desaparecido.

Se detuvo en seco y se volvió de golpe para encontrárselo tras ella. —¿Qué dices? ¿Tan rápido? Te vi ayer y todavía tenías algo. Bájate los pantalones.

Divertido se desabrochó los vaqueros. —Nena, la crema ha funcionado. Si se han ido mejor, ¿no?

—Sí, sí, claro —dijo impaciente dejando la maleta a un lado. Vio como Curt dejaba caer los pantalones y excitadísima susurró —Los calzoncillos.

—Preciosa, ya no tengo nada. ¿No me crees? —Le miró a los ojos muerta de deseo y Curt se detuvo en seco. —¿Carrie?

A ver cómo decía eso. Con el curriculum que tenía era como para morir de la vergüenza. —Me confundí, ¿vale?

—¿Qué?

—No eran hongos por candidiasis. Lo ha dicho el cultivo. Te debían rozar los pantalones o... ¡Me pusiste nerviosa con eso de cabalgar y se parecían mucho!

—La madre que me... —Se acercó en dos zancadas y la cogió por la cintura sentándola sobre el tocador. —¿Me estás diciendo que podemos hacerlo ya?

Sin aliento susurró mirando sus ojos —Sí.

—¡Joder, vamos a llegar tarde! —le gritó a la cara asombrándola antes de levantar su falda. Excitadísima gritó de la sorpresa cuando le arrancó las braguitas y se agarró a sus hombros gimiendo cuando acarició con su sexo sus húmedos pliegues de arriba abajo. —Me muerdo por sentirte. —Entró en ella de un solo empujón y Carrie gritó de placer al sentirse llena. Él la cogió por la cintura pegándola a su pelvis para entrar aún más adentro. —¡Dios!

Se aferró a Curt abrazando su cuello y sintió sus labios en el hombro antes de que saliera

lentamente de su interior para entrar con fuerza provocando que todo su ser se estremeciera. La cogió por las caderas elevándola y Carrie rodeó su cintura con las piernas cerrando los ojos al sentir como salía de ella de nuevo antes de dejarla caer sobre su sexo. El placer fue tan exquisito que tembló entre sus brazos mientras él no dejaba de moverse cada vez con más ímpetu. Sintiendo que la necesidad aumentaba y como todo su cuerpo se tensaba en cada embestida, gritó exigente queriendo más. Curt la tumbó sobre la cama y sujetando sus muslos movió las caderas con contundencia una y otra vez hasta que cada fibra de su ser se tensó. —¿Vas a correrte, nena? — Entró en ella de nuevo y Carrie arqueando la espalda gritó de placer mientras se estremecía, sintiendo el placer más increíble que hubiera experimentado jamás.

Con la respiración agitada le costó recuperarse y el roce de sus labios en su sien la hizo sonreír. —¿Ves, preciosa? Sabía que sería así. —Sintió como crecía en su interior de nuevo y abrió sus preciosos ojos verdes que estaban nublados de placer. Él miró sus labios sonriendo. — Me muero por besarte. —Ella estiró el labio inferior haciéndole reír antes de acariciar sus pechos por encima del vestido. Carrie gimió cuando apretó entre sus dedos sus pezones endurecidos. — Vamos a llegar tarde. —La besó en la sien saliendo de su interior lentamente provocando que gimiera. Carrie se apoyó en sus brazos viendo cómo se subía los pantalones.

—Cielo, ¿y si vamos mañana?

Abrochándose la miró. —Haz la maleta o te subo a la camioneta como estás.

Bufó dejándose caer en el colchón. —¿Me dejarás hablar a mí?

—Depende.

Con eso lo dijo todo, porque durante todo el trayecto se mantuvo callado como si su objetivo fuera llegar a Houston cuanto antes. Mientras llegaban leyó los papeles del divorcio varias veces para asegurarse de que Félix no les pusiera ningún pero. Dejó los papeles en la

guanterera al terminar y cuando llegaron a la ciudad guió a Curt con el GPS del móvil hasta su objetivo. Sabía por las redes sociales que el grupo se hospedaría en el Hilton y lo confirmaron al llegar de madrugada para ver ante el hotel a un montón de fans esperando ante las puertas para conseguir un autógrafo. Curt juró por lo bajo.

—Aparca ante el hotel. No encontrarás sitio por las camionetas de la prensa.

Él lo hizo y un botones llegó en ese momento diciéndoles —No pueden aparcar aquí.

—Venimos a hospedarnos —dijo Curt cabreado.

—Sí, claro. No están acreditados.

—No necesito acreditación —dijo ella abriendo la puerta—. El equipaje está atrás.

—Señorita, le estoy diciendo...

—Señora. Soy la señora Gelera. —El tipo parpadeó mientras Curt bajaba de la camioneta dando un portazo que la sobresaltó. Se sonrojó ligeramente. —Es por abreviar, no te enfades.

Un hombre enorme de seguridad se acercó. —¿Qué pasa?

—Esta señora, dice que es la esposa del señor Gelera.

—Y lo soy. ¿Puedes llamar a Félix y decirle que Carrie está aquí? Su pelirroja. Necesito verle de inmediato.

Curt se puso a su lado cabreadísimo y un flash les cegó. —¿Es cierto que es la esposa de Gelera? —preguntó un periodista intentando acercarse.

El de seguridad apartó al tipo de un empujón antes de hacerles un gesto para que entraran en el hall, pero no les dejó pasar más allá de la puerta. Sonrojada susurró —Estupendo, ahora sí que van a enterarse mis padres.

—Pues es una pena que no se hubieran enterado antes, pelirroja.

—Quita esa cara, ¿quieres? La que estoy en este lío soy yo.

—Y yo. Y quitaré esta cara cuando haya firmado los papeles. —Le mostró como los tenía

en la mano. —Se te olvidaban en la guantera, nena —dijo con ironía.

—Qué pesado estás. —Miró hacia el de seguridad que estaba hablando por radio a unos metros mientras los demás no dejaban de observarles. —Cómo han cambiado las cosas. Antes solo tenían a Billy y a Joss.

Curt miraba el lujo que les rodeaba como si algo oliera mal y se tensó cuando el de seguridad se volvió hacia ellos con cara de pocos amigos. —Ahora está dormido. Deben volver en otro momento y llamarle por teléfono para concertar una cita con su secretaria.

—¿Secretaria? —preguntó ella divertida.

—Mira, llama a ese tío de inmediato o me voy a cabrear.

Carrie le puso la mano en el pecho cuando dio un paso hacia él. —Cariño, déjame a mí.

—¿Cariño? —El de seguridad elevó una ceja. —Largo de aquí antes de que me cabree yo. Casi me la habíais colado.

De repente se vieron rodeados y Carrie puso las manos en jarras. —O llamas a Félix de inmediato o salgo ahí fuera y cuento como nos casamos hace ocho años en las Vegas. Y te aseguro que hay pruebas. Quiero ver a mi marido de inmediato y si hablas con Joss o Billy te lo confirmarán porque fueron los testigos de la boda.

El tipo dudó al verla tan segura. —¿Joss o Billy? No conozco a esos tipos.

Mierda. —¿Y a Laurence Vázquez le conoces? —preguntó hablando de su representante—. Si no quieres molestar a Félix llámale a él.

Les señaló con el dedo. —No les perdáis de vista. Que no se muevan de aquí.

—Sí, jefe —contestó uno de ellos.

Se alejó hasta los ascensores y antes de entrar les echó un vistazo como si desconfiara de ellos. No había nadie en el hall aparte de un hombre en la recepción y los de seguridad. Era extraño porque era tarde, pero tampoco para tanto y más para un grupo de rock. Además lo de la

acreditación le llamó la atención. —¿Qué pasa? ¿Que han reservado todo el hotel? —preguntó ella intrigada. Uno de los de seguridad asintió y ella miró a Curt haciendo una mueca. —Al parecer a mi maridito le va muy bien.

—Nena, me estás cabreando.

—Vale, lo siento.

—Vuelve a llamarle así y la vamos a tener.

Chasqueó la lengua cruzándose de brazos y dando golpecitos con el pie impaciente. Qué ganas tenía de largarse de allí. —Cuando firme, ¿volvemos?

Él sonrió relajándose. —Cuando firme pasaremos el fin de semana tú y yo solos por la ciudad. Ya lo he arreglado.

—Esto promete. —Curt la besó en la sien y ella se alejó. —Cariño...

Gruñó alejándose molesto de nuevo, pero Carrie decidió ignorarlo porque lo primero era lo primero. En cuanto Félix firmara se relajaría.

Suspiró del alivio cuando el ascensor se abrió y vio a Laurence con su típica melena hasta la cintura y sus vaqueros rotos. Ni se había molestado en ponerse la camiseta y mostraba su torso lleno de tatuajes. Y tenía muchos nuevos, pero lo que la dejó de piedra fue su mirada de odio. Caminó hacia ella y los flashes empezaron a sucederse unos tras otros. Llegó ante ella y siseó — Ven conmigo.

—¿Has avisado a Félix?

—¡Esto lo hablaremos arriba, joder! ¿Tenías que presentarte así?

—Perdona, pero es que no tenía vuestro teléfono. De hecho no lo he tenido nunca.

Caminó hacia el ascensor y ella fue tras él.

—¡Qué me sueltes!

Sorprendida miró hacia atrás para ver como dos de seguridad sujetaban a Curt por los

brazos. —¡Soltadle!

Laurence hizo un gesto al tío que tenía al lado y este la cogió por el brazo impidiendo que se acercara tirando de ella hacia Laurence. —¿Qué haces? —Intentó soltarse y escuchó un golpe. Miró sobre su hombro para ver que Curt se estaba pegando. —¡Dejadle! —gritó histérica y cuando vio como otro tipo se lanzaba sobre él tirándole al suelo gritó, pero la empujaron hacia el ascensor sujetando sus dos brazos. Aquella bestia la acorraló en la esquina impidiendo que saliera.

—Menudo espectáculo —dijo Laurence rabioso.

—¡Diles que no le peguen!

—¡Cierra la boca! ¡Bastantes problemas me has causado ya!

—¿Pero qué dices? ¿Estás loco? —Intentó empujar a aquel tipo por el pecho para que se apartara, pero como no lo hizo intentó arrebatarse la radio. Al quitársela de la mano le dio con el antebrazo en la nariz y ella gritó de dolor llevándose las manos a la cara.

—¡Barry! —gritó Laurence furioso—. ¡Cómo se entere Félix estás en la calle!

—¡Es que no se está quieta!

—¡Serás bestia! ¡Te voy a demandar! ¡Esto es agresión!

El ascensor se detuvo y cuando Barry se apartó vio a Félix en la puerta mirándola muy serio. —¿Quién coño te ha hecho eso, pelirroja?

Sonrió sin poder evitarlo porque no había cambiado mucho. Seguía teniendo su cabello rubio por los hombros y barba de tres días. Y esos ojos azules melancólicos que habían robado el corazón a la mitad de los Estados Unidos. Seguía tan guapo como siempre y las pequeñas arrugas alrededor de sus ojos solo le hacían más apuesto si eso era posible. —Barry apártate de ella. —Alargó la mano y como si volviera a tener dieciocho años cogió su mano acercándose a su marido que sonrió con tristeza. —Te fuiste.

—No era mi vida. Lo sabes.

Asintió tirando de ella y le siguió hasta una puerta abierta ignorando a dos miembros del grupo que les observaban desde sus habitaciones. Por sus caras de cabreo se notaba que no les gustaba nada verla allí. —Me odian.

—Y con razón.

Carrie no entendía nada. Entraron en la lujosa suite. —Me alegro de que te vaya tan bien.

—No gracias a ti —dijo Laurence entrando tras ellos y cerrando la puerta.

Se volvió furiosa. —¡Llama de inmediato abajo y diles que dejen subir a Curt!

—¿Curt?

Miró a su marido pensando en mentir porque sabía lo celoso que era, pero Curt no se lo merecía. —Es mi novio. Queremos casarnos.

Félix sonrió irónico y se sentó en el sofá apoyando los codos sobre sus rodillas. —Vienes a por el divorcio.

—¿Qué esperabas, Félix?

Él le hizo un gesto a Laurence. —Que suba. —Suspiró del alivio al escucharle. —Quiero conocerle. —Alargó la mano cogiendo un cigarrillo del paquete que tenía delante y ella apretó los labios mientras lo encendía sin dejar de mirarla fijamente con esos ojos azules que no había tardado mucho tiempo en olvidar. —Sí, pelirroja, no lo he dejado. ¿Vas a echarme la bronca?

—Ya eres mayorcito. Como para todo lo demás.

—¿Eso de la cara te lo ha hecho él?

—Tuve un accidente. —Incómoda dio un paso hacia él. —He traído los papeles. No quiero nada, solo...

—¿Eres médico? —Se le cortó el aliento y asintió. Él sonrió. —Me alegro. Cumpliste tu sueño. Aunque te importó una mierda dejarme atrás me alegro.

—Lo siento. No sabes cómo lo siento. Pero era lo mejor.

—¡Lo mejor para ti! ¡Joder, por qué te casaste si no me querías!

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Sí que te quería. O al menos eso creía.

La miró sin comprender. —¿Entonces por qué, pelirroja? ¿Creías que no te hubiera dejado estudiar? ¿Que no te quería? Sé que siempre había chicas a mi alrededor, pero...

—No podía seguirte el ritmo. Esta vida no va conmigo, Félix. ¿Con cuántas mujeres has estado esta semana? No hubieras tardado en aburrirte de mí. De hecho ya lo estabas haciendo y lo de la boda fue una novedad más.

—Es increíble, no me conocías en absoluto —dijo fríamente cortándole el aliento—. Espero que a tu nuevo novio le conozcas mejor antes de dar el sí quiero.

Palideció por sus palabras y en ese momento Curt entró en la habitación furioso. Asustada al ver su mejilla se acercó. —Estoy bien. —Tiró los papeles ante Félix y gritó —¡Firma eso antes de que me cabrees más y te parta la cara! ¡Como alguien le vuelva a poner una mano encima vamos a acabar en los periódicos y va a ser en la sección de sucesos!

Su marido miró sus papeles sobre la mesa y sonrió irónico. —Deben revisarlos mis abogados. —Se recostó sobre el sofá y dio una calada a su cigarrillo.

—Por favor, Félix... No quiero nada. No empeores una situación que en sí ya es penosa. No querrás que se entere la prensa. Firma y desapareceré.

—Soy el batería de un grupo de rock. Un escándalo de vez en cuando viene bien. Además no quiero que desaparezcas. De hecho quiero que vuelvas. Te he echado de menos, pelirroja — dijo divertido antes de apagar el cigarrillo sobre los documentos.

—¡Hijo de puta! —gritó Curt antes de que dos tipos le agarraran de los brazos.

Carrie entrecerró los ojos. —Esto no va a detenerme y recuerda que no hay contrato prematrimonial, cielo. Como me cabrees me darás la mitad. ¡Firma!

Félix se tensó mirando a Curt y puso los codos sobre las rodillas. Laurence se acercó a toda prisa sentándose a su lado y le susurró algo. Curt entrecerró los ojos y ella le miró.

—Entra en razón —dijo Laurence cabreado.

—Es solo dinero. —La miró a los ojos satisfecho. —No hay divorcio. Tendrás que llevarme a los tribunales... —Carrie iba a gritarle que lo haría, pero él la interrumpió —A no ser que... Te quedes esta noche conmigo.

—¡Te voy a matar! —gritó Curt furioso.

Ni loca se quedaría allí esa noche. Se sentiría sucia porque su corazón y su cuerpo ya pertenecían a Curt y se dio cuenta justo en ese momento. Levantó la barbilla y siseó —Púdrete.

Félix se echó a reír y señaló a Curt. —¿En serio vas a casarte con ese? Mejor te retengo para que no cometas otro error. Encima que pienso en ti.

—Él me ha dado mucho más que tú.

Su marido se tensó. —¿Si? ¿Y qué es, pelirroja?

—Para él soy lo más importante. ¡No se escuda en su música o en sus conciertos! ¡Puede que no sea rico como tú y su vida no sea tan fascinante, pero me da seguridad que es algo que nunca he tenido contigo! ¿Sabes por qué te dejé? —gritó histérica—. ¡Porque lo abandoné todo por ti y el día de nuestra boda me dejaste en el hotel pensando que estaba borracha y te fuiste con otra! ¡Ahí me di cuenta de que había cometido el mayor error de mi vida!

—Joder Carrie, no fue así. —Se levantó viendo su dolor. —¡Jeff tenía problemas y fui a su habitación para calmarle! Pregúntaselo. ¡Lo de aquella chica pasó una vez y casi ni te conocía! ¡Pero cuando te dije que vinieras conmigo lo dije en serio! ¡No volví a tocar a otra!

Una lágrima cayó por su mejilla negando con la cabeza. —No te creo. ¡Firma esos papeles!

—¡No voy a firmar! ¡Y te voy a demostrar que nuestra boda no fue un error!

Curt se tensó. —¿Qué has dicho? ¡Carrie es mía!

—Jódete. ¡Eres tú el que está en medio porque me quiere a mí! ¡Mírala! ¡Han pasado ocho

años y no me ha olvidado! ¡Cómo yo no la olvidaré nunca!

—¡Cállate! —gritó ella con ganas de matarle—. ¡Firma!

Félix se acercó a los papeles y ella gritó corriendo hacia él sabiendo lo que iba a hacer, pero cuando llegó a su lado los rompió ante sus ojos. Frustrada al ver su mirada triunfal susurró —Tú lo has querido.

—Nena, ven aquí —siseó Curt con ganas de matar.

Sin dejar de mirar a Félix se acercó a Curt y en ese momento le soltaron. Furioso la cogió de la mano y señaló a su marido. —Te vas a arrepentir de esto. ¡Es libre para elegir y me ha elegido a mí!

—Su gusto ha empeorado mucho o está ciega. Y mi mujer siempre ha tenido un gusto excelente. Ya le abriré yo los ojos. —La miró fijamente. —Recibirás noticias mías, pelirroja.

—Entra en razón, Félix —le rogó ella—. Solo quiero ser feliz.

—No serías feliz con él. Lo sé.

—Acércate a ella y te mato —dijo Curt antes de salir de la habitación a toda prisa.

—¿Curt?

—No pasa nada.

—Carrie...

Se volvió para ver a Jeff, el vocalista del grupo, mirándola desde la puerta de la habitación. Él sonreía y le hizo un gesto para que entrara. —No —dijo Curt.

—Es su mejor amigo. Puede convencerle.

A regañadientes la siguió hacia la suite y entraron en la habitación. Él se estaba sirviendo un whisky y le hizo un gesto a una chica preciosa que se levantó entrando en una habitación de inmediato. —Mejor cerrar la puerta.

Curt lo hizo y Jeff sonrió. —No has cambiado mucho. Sigues siendo todo pelos y ojos.

Sonrió sin poder evitarlo. —Tú tampoco has cambiado. Sigues calvo.

Se echó a reír y se acercó a ella abrazándola ignorando a Curt que se tensaba a su lado. —
¿Este oso es tu novio?

—Oye...

—Sí. —Sonrió radiante cogiéndole por la cintura. —Un ranchero que tiene mala leche, así que no le cabrees.

Su amigo riendo se alejó y se sentó en un sofá idéntico al de la habitación de Félix. La miró a los ojos. —Lo pasó mal, ¿sabes? Muy mal. —Bebió de su whisky y dejó el vaso sobre la mesa. —Dejó de escribir canciones.

Se le cortó el aliento dando un paso hacia él. —¿Por qué?

—No dejaba de pensar en ti. Casi deja el grupo. Si no hubiera sido por Laurence y por mí ya no estaría con nosotros. Tuvo que ir a terapia.

Palideció al escucharle. —Si no me quería.

—Claro que te quería. A su manera. Por Dios, si se casó contigo. Algo impensable antes de conocerte. Aún guarda fotos vuestras de esas semanas.

Carrie sintió un nudo en la garganta. —No quería hacerle daño. Tenía que seguir con mi vida.

—Quiso buscarte, pero tu nota era clara, así que le convencí para que no lo hiciera. Se puso como loco. Tuvimos que suspender cuatro conciertos que eran los que nos quedaban antes de empezar el siguiente disco. Y estuvo sin escribir un año.

—Lo siento.

Él hizo una mueca. —Te entendí, ¿sabes? Esta es una vida de locos y tú tenías sueños. Siempre estabas hablando de lo mismo. De cuando trabajaras en el mejor hospital de Nueva York. De los planes que tenías en investigación.

—Ese sueño ha quedado atrás. Terminé la carrera, pero mi vida es otra.

Se miraron en silencio y Jeff apretó los labios. —Al parecer nunca tenemos lo que queremos.

Curt se tensó. —Habla por ti.

Su amigo sonrió irónico antes de elevar el vaso de nuevo dándole un buen trago. Preocupada dio un paso hacia él. —Creía que lo habías dejado. —La miró sorprendido. —Lo leí en las redes sociales.

—Sí, cuatro ingresos. Pero no he podido dejarlo del todo.

—Convéncele.

Jeff negó con la cabeza. —Sabes que no puedo.

—Vamos, nena.

Tiró de su mano. —Si alguien puede ese eres tú.

—Contigo no entrará en razones. Te ha idealizado.

Se le cortó el aliento. —Pues entonces haré que vea la realidad y no va a gustarle.

Jeff sonrió divertido. —Siempre supe que tenías muy mala leche. ¿Puedes hacerme un favor? Esta vez déjale las cosas claras.

—¡Te aseguro que se las va a dejar muy claras! ¡Carrie, nos vamos! —Curt abrió la puerta de muy mal humor.

Fueron hasta el ascensor en silencio y cuando las puertas se cerraron Carrie le miró de reojo. —Lo siento.

—No es culpa tuya. Es de ese gilipollas que cree que puede hacer contigo lo que le dé la gana.

—Bueno, tú querías secuestrarme. —La fulminó con la mirada. —¿Qué? ¿Es verdad? ¡Los dos queríais retenerme contra mi voluntad!

—¡No me compares con él! ¡Te aseguro que si desaparecieras no iba a quedar piedra sobre piedra hasta que te encontrara! ¡Por mucha nota que me dejaras! —le gritó a la cara haciéndola sonreír—. ¿De qué coño te ríes? Esto no tiene gracia.

Le abrazó por la cintura. —¿Te han hecho daño?

Curt acarició su espalda. —Pegan como niñas.

Se echó a reír apartándose para mirar su rostro. —Volvamos a casa. Quiero volver a casa.

—Sí, Brown lo arreglará.

Apretó los labios asintiendo y sin soltar su cintura salió del ascensor y caminaron por el hall hasta la puerta. La prensa se les tiró encima haciendo mil preguntas y Curt la protegió con su cuerpo casi arrastrándola hasta la camioneta. Consiguió meterla en el vehículo y asustada vio cómo se tiraban sobre él. Consiguió zafarse y rodeó la camioneta por delante mientras gritaba — ¡Dejadla en paz!

Se subió sentándose a su lado y juró por lo bajo. —Malditos buitres.

—Debería...

—No, nena. Brown se encargará. No empecemos esto revolcándonos en el fango.

Sonrió mientras salía a la carretera y observó su perfil. Estaba tenso y sabía que también estaba decepcionado. Eso retrasaría la boda y otro hubiera querido ponerle verde ante la prensa, pero él había tomado la decisión correcta. La miró de reojo. —¿Estás bien?

—Lo sient...

—No te disculpes más. Lo que pasó antes de conocerme no importa.

—Sí que importa.

—Dejará de importar. —Cogió su mano mirando la carretera. —Lo que importa es nuestro futuro.

Carrie apretó su mano y apoyó la cabeza en el respaldo sin dejar de observarle. —No

puedo creer todavía lo que has cambiado mi vida.

Se detuvo ante un semáforo en rojo. —¿Te asusta?

—Sí.

—A mí también me asusta, nena. —Vio en sus ojos azules que era cierto. —Tengo miedo de que salgas corriendo.

Sonrió emocionada. —Pero me seguirías.

—Eso no lo dudes, preciosa. Te llevaría de vuelta y te haría entrar en razón.

Se echó a reír. —Perfecto. ¿Me atarías a la cama?

La miró malicioso. —Es algo que tenemos que probar.

—Lo estoy deseando.

Capítulo 10

Dos semanas después

Salió del despacho del abogado cabreadísima con el periódico en la mano. Después de acosarla con ramos de flores y cajas de bombones durante esos días, el muy capullo de Félix había dado una entrevista contando una lacrimógena historia sobre su abandono y la pérdida del amor de su vida. Claro, como las flores no habían funcionado había contratado para que Curt la dejara. Incluso había contado todos los detalles de su vida juntos esas semanas. Tenía el teléfono ardiendo a llamadas desde las siete de la mañana de gente que incluso no había visto en años, pero la que más la llamaba era su madre que estaba de los nervios porque no le había dicho nada. El teléfono sonó de nuevo y exasperada lo miró gimiendo por dentro al ver que era Curt. Descolgó de inmediato. —¿Lo has visto?

—Ese cabrón... —dijo furioso—. ¡Voy a retorcerle las pelotas!

Aliviada se detuvo. —Cariño, acabo de salir del abogado. —Agachó la vista al ver que un hombre la miraba de reojo antes de mirar el periódico que tenía en la mano. —Me ha dicho que puedo demandarle porque no soy una persona pública y ha invadido mi intimidad. Incluso ha puesto una foto de nuestra boda en las Vegas —dijo angustiada.

—Nena, cálmate. ¿Cómo va lo del divorcio?

—Para presentar la demanda aquí tendría que haber residido en el estado de Texas al menos ciento ochenta días. —El silencio al otro lado la hizo detenerse. —¿Curt?

—Dime que tiene solución —dijo como si estuviera agotado.

—El señor Brown ha dicho que ha encontrado un precedente que puede servirle. Ha presentado la demanda ya y conoce de toda la vida al juez que lo llevará. De hecho son muy amigos y cenan todos los jueves juntos con sus esposas. Dice que...

—¿Es el juez Harrison?

—Sí, ¿le conoces?

—Nena, te llamo ahora. Tengo que hablar con Dallas.

Le colgó antes de que pudiera decir palabra y suspiró ignorando los avisos de otras llamadas. Fue hasta la consulta y gimió al ver la cantidad de gente que había en la sala de espera.

—Buenos días a todos.

—Doctora, ¿es cierto lo que dice el periódico?

Se volvió hacia una mujer que vestida con el típico vestido de flores sujetaba su bolsito sobre sus piernas. Exasperada dio un paso hacia ella. —Perdone, ¿la conozco de algo para que me pregunte algo tan personal?

La mujer tuvo la decencia de sonrojarse mientras los demás murmuraban indignados. Asombrada les miró. —¿Saben lo que es la intimidad?

—Pero si sale en el periódico —dijo otra molesta.

—¿Me importa un pito! ¿Alguno de ustedes está realmente enfermo o solo vienen a cotillar? ¡Porque si es así ya se están largando!

—Prima cálmate, la señora Coen seguro que no ha querido molestarte. —Maira la cogió del brazo tirando de ella hacia la consulta.

—¡Es que es increíble, joder!

Dos mujeres jadearon. —Será grosera.

—¿Grosera? ¡No sabe lo que es ser grosera, señora! ¡No me ponga a prueba, no me ponga a prueba... que no respondo! —gritó de los nervios.

Maira tiró de ella de nuevo y Lisa que ya se había incorporado a su trabajo, aunque aún tenía el brazo escayolado, dijo en voz alta desde detrás del mostrador —Dejen a la doctora en paz. Está alterada con todo lo que está pasando y ustedes no ayudan nada.

—Ya decía yo que había algo raro en ella —dijo otra con mala leche.

Casi sale de la consulta al oírla, pero Maira tiró de nuevo de ella y cerró la puerta interponiéndose. —¿Estás loca? Has gritado a la mujer del alcalde.

Gimió pasándose la mano por la frente y se la frotó intentando que la tensión desapareciera. —¿Lo has leído?

—Como todo el pueblo. Menudo imbécil. En la foto se ve que estás borracha como una cuba.

—Dios mío. —Se sentó en la camilla recordando la foto. —Me estoy mareando.

—Tranquila.

—No entiendo lo que está pasando. ¿Qué le está ocurriendo a mi vida? —preguntó desesperada.

—Sí, además en este momento tu trabajo está pendiente de un hilo.

La miró asombrada. —¿Qué dices?

—Lo de la sala de espera no ha ayudado nada. Te he llamado para avisarte de que estaba aquí la mujer del alcalde. La señora Coen.

—¡Me ha llamado medio país! —Se levantó de la camilla. —¿Por qué has dicho lo del trabajo?

—Que esa haya venido es mala señal. Es una bruja —susurró—. Seguro que hablará con su marido para hacer que te echen con la excusa de que tu comportamiento debe ser intachable. Eres una de las fuerzas vivas del pueblo, ¿no te das cuenta? Verte borracha en el periódico no te ayuda nada.

Se llevó la mano al cuello. —Dios...

—Desmáyate.

—¿Qué?

—Desmáyate. Si lo haces verán lo afectada que estás y tendrán que sentir pena. Es lo cristiano.

Se agachó de inmediato y se tumbó de costado dejando caer la cara. —Levanta un brazo, así es más dramático. —La miró como si quisiera matarla y su prima hizo una mueca. —Encima que te ayudo. —Exasperada levantó un brazo dejándolo caer al lado de su cara. —Perfecto. ¿Lista?

—Sí.

Su prima cogió una bandeja de instrumentos y la tiró al suelo. Asombrada vio como un bisturí saltaba del suelo clavándose en su muslo y chilló antes de que su prima le tapara la boca. —¡Tumbate, tumbate!

La fulminó con la mirada tumbándose de nuevo cerrando los ojos y Maira gritó —¡Lisa! ¡Ven, corre!

Su recepcionista corrió hacia la puerta y la abrió de golpe seguida de medio pueblo que asomaron la cabeza. —Se ha desmayado. Ayúdame a levantarla.

—Pobrecita. Ha sido el disgusto. —Se acercó y chilló señalando su pierna. —¡Está sangrando!

Maira juró por lo bajo arrodillándose a su lado y dándole palmaditas en la cara. — ¿Prima? Despierta, tienes que curarte...

—Deberíamos llamar al doctor Higgins —dijo una mujer preocupada.

—Pongámosla en la camilla. Lisa ayúdame.

Entre las dos y una mujer la cogieron por brazos y piernas para colocarla sobre la camilla.

En ese momento abrió los ojos y se llevó una mano a la cabeza. —¿Qué ha pasado?

—El estrés ha podido contigo —dijo su prima aparentando estar preocupadísima—. Pero has tirado una de las bandejas y te has clavado un bisturí.

—¿Qué?

Levantó la vista hacia el bisturí que dolía bastante y se sentó tirando de él. Una de las pacientes cayó redonda al ver como brotó la sangre y parpadeó mientras su prima gemía. —¿Alguien puede recoger a la mujer del alcalde?

—No fastidies —dijo entre dientes.

—¡Está sangrando mucho! —chilló uno de ellos.

A toda prisa se levantó ignorando su herida y apartó a la gente para agacharse a su lado. Le tomó el pulso y se dio cuenta de que no tenía. —¡No, no! ¡Maira, parada!

Su prima palideció mientras ella empezaba a hacer el masaje cardiaco con ambas manos. —¡Apártense! —gritó Lisa.

Se agachó para comprobar si respiraba y al sentir que no era así exhaló en su boca antes de continuar el masaje. —Prepara la Epinefrina.

Su prima arrodillándose al otro lado de la paciente colocó una bomba de aire en su boca insuflando cuando era necesario.

—¿Se pondrá bien? —preguntó otra mujer a punto de llorar.

En ese momento la mujer abrió los ojos como platos y Carrie se sentó sobre sus tobillos agotada. —Lisa prepara la ambulancia. Me la llevo al hospital.

—Sí, jefa.

—¿Cómo se encuentra?

La miró algo asustada. —¿Qué me ha pasado?

—Le ha salvado la vida —dijo una joven impresionada—. Herida y todo no ha perdido un

segundo.

—Por favor, quien no tenga algo urgente debe abandonar la consulta —dijo su prima con firmeza—. Tenemos que trasladarla al hospital del condado.

—¿Me pondré bien?

Carrie sonrió acariciando su frente. —Se pondrá bien. Le haremos unas pruebas para comprobar por qué ha pasado esto y todo saldrá bien, ¿de acuerdo? Prima, monitorízala. La quiero controlada.

—Sí, Carrie.

Mientras su prima la atendía y Lisa traía la camilla, ella entró en la sala de curas y bajo la atenta mirada de los que no se habían ido se levantó la falda y empezó a coserse la herida de manera eficiente después de inyectarse anestesia. Cuando terminó se cubrió y se volvió poniendo los brazos en jarras. —¿Se puede saber que hacen aún ahí?

—¿Pedimos cita para mañana? Esto es mejor que sentarse en el parque.

—¡Largo! —gritó su prima.

Todos salieron en estampida para contar el último cotilleo y ella se acercó a la paciente. —Avisa a su esposo. Igual quiere acompañarnos.

—Sí, mi Donald querrá venir conmigo.

Sonrió asintiendo. —¿Llevan mucho tiempo juntos?

—Toda la vida. Le conocí en la iglesia siendo niña. ¿Usted es católica?

—Con mis turnos en el hospital tuve que dejar de ir tan a menudo, pero sí, soy católica. Iba todos los domingos con mis padres, ¿sabe? Pero luego...

—La he visto con los Brenner en la iglesia estas últimas semanas.

Ella apretó los labios antes de agachar la mirada. —Sí, ellos tienen la costumbre.

La señora Coen le levantó la barbilla. —Todos cometemos errores. Curt Brenner es un

buen hombre. Será un buen marido.

Sonrió con tristeza. —Eso si sigue soportándome.

—Es duro de pelar.

—No quiero ni pensar lo que se le habrá pasado por la cabeza al ver el periódico. Es humillante.

La mujer apretó los labios. —Estas cosas te demuestran quien es un hombre de verdad. Dice en el periódico que quiere recuperarla, pero mi Donald que me ama de verdad se cortaría la lengua antes de decir algo que pudiera hacerme daño. Piense en ello, doctora. Piense en ello...

Sentada en el porche de su casa horas después bebiendo una cerveza vio como su prometido aparcaba ante la casa. Cerró la puerta mirándola y sonrió. —Preciosa, ¿te has clavado un bisturí cuando fingías un desmayo?

Jadeó indignada. —¡Será chivata! ¿Se lo ha contado a Walt?

—Debía creer que le interesaría cuando le llamó para quedar esta noche.

—Pues me lo ha clavado ella al tirar una bandeja. Mira como cuenta lo que le interesa. Fue idea suya.

Cogió la cerveza de su mano y le dio un buen trago sentándose en la barandilla ante ella. —La has salvado.

—Y ahora soy una heroína —dijo con ironía.

—Te los has ganado. —Se acercó y dejó la botella sobre la mesa que tenía al lado antes de apoyarse en los brazos de su silla de mimbre. —Y te has quitado el apósito. ¿Lo volvemos a intentar?

Sonrió mirando sus labios. —¿Crees que esta vez responderé?

—Claro que sí.

Él acarició su nariz con la suya y besó suavemente su labio superior. Carrie se adelantó y deseando sentirle separó sus labios. Curt entró en su boca besándola exigente y la hizo sentir parte de él como siempre que estaba a su lado. Se apartó y la miró a los ojos. —Eres perfecta, nena.

Se echó a reír. —Qué mentira.

La cogió en brazos y riendo le abrazó por el cuello. —¿A dónde me llevas, Brenner?

En ese momento sonó el teléfono y gimió apoyando la cabeza en su hombro. —Es el de casa, así que es una emergencia. Déjame en el suelo.

Lo hizo y corrió hasta la cocina descolgando el teléfono. —Doctora Anderson. —Vio como Curt la observaba y sonrió. —¿Sheriff? ¿Ha ocurrido algo? —Perdió la sonrisa poco a poco palideciendo antes de dejar caer el teléfono y correr hacia el coche.

—¡Carrie!

Ella ya estaba arrancando el coche y dio marcha atrás girando el volante antes de acelerar a tope para entrar en la carretera. Muy nerviosa susurró —Tienes que mantener la calma. Tienes que mantener la calma.

Entró en el pueblo apenas dos minutos después y tocó el claxon varias veces para que nadie se la cruzara frenando en seco ante la consulta que estaba llena de gente. Angustiada bajó del coche sin molestarse en cerrar la puerta y corrió gritando —¡Dejadme pasar!

Empujó a varios para ver a Lisa tirada en el suelo con un tiro de escopeta en el hombro llorando mientras la atendía el ayudante del sheriff. Estaba consciente y Carrie angustiada miró a su alrededor buscando a su prima que se había quedado a cerrar. Corrió hasta la consulta y al pasar la vio en la puerta de la sala de curas. El sheriff estaba con ella sujetando su mano, pero lo que le heló la sangre fue el tiro que tenía en el estómago. Le costaba respirar y corrió hasta la máscara de oxígeno arrastrándola hasta ella.

—Estás aquí —susurró.

—No hables. —Le puso la mascarilla intentando contener las lágrimas. —No quiero que te agotes. Respira despacio. —Se levantó lo más rápido que pudo y buscó sangre del tipo universal. Tenía que compensar la pérdida de sangre. —Sheriff, ¿ha llamado al helicóptero?

—Sí.

Se agachó al lado de su prima y a pesar de los nervios le inyectó la vía a la primera. Colocó la sangre en el gotero y le puso el tensiómetro. Jamás había trabajado tan rápido.

—Carrie... —Miró a su prima a los ojos. —Mi madre...

—¿No te he dicho que no hables? —preguntó con ternura antes de levantarse de nuevo para ponerse los guantes de látex.

—Mi madre, dile que la quiero.

—Se lo dirás tú cuando te repongas.

Su prima se echó a llorar. —Walt...

—Eso cielo, piensa en Walt. Todavía no le has conquistado. —Dejó la herida al descubierto jurando por lo bajo porque allí no podía operarla. Tenían que esperar al helicóptero. —¿Quién ha hecho esto? —preguntó al sheriff.

—Martin ha salido hasta el juicio. No sé de dónde ha sacado el dinero de la fianza. Lo siento. Nadie me avisó.

—Hijo de puta. —Miró a su prima que estaba perdiendo la consciencia. —¡Maira! ¡Quédate conmigo!

Vio a Curt ante la puerta que se llevó las manos a la cabeza. En ese momento llegó Walt que perdió todo el color de la cara al verla. —¡Maira! —Intentó acercarse, pero su hermano le cogió por los brazos.

—¡Curt sácale de aquí!

Escucharon el sonido del helicóptero y se dio cuenta de que la tensión de su prima estaba

cayendo en picado. —Vamos, cielo. No puedes hacerme esto. ¿Dónde voy a encontrar a una enfermera como tú? —Cogió su mano mientras perdía el sentido. —Además como prima eres la mejor.

En ese momento salió un chorro de sangre y Carrie se giró sin perder un segundo cogiendo un bisturí. Ante los ojos de los tres abrió su vientre buscando la hemorragia. La encontró en la vena porta y taponó la herida. Sin darse cuenta ni que lloraba levantó la vista hasta Curt y gritó— ¡Qué les dejen paso!

Curt salió corriendo mientras Walt miraba a Maira como si no se lo pudiera creer.

—Ahí vienen —dijo el sheriff.

Varias personas se acercaban corriendo y en cuanto llegaron los sanitarios Carrie empezó a dar órdenes que se acataron de inmediato. No sacó la mano de su vientre mientras la trasladaban a una camilla. Sin perder el tiempo corrieron fuera de la clínica hasta llegar al helicóptero y ya en la uci móvil se pusieron a trabajar para salvarle la vida. Mientras el helicóptero se elevaba medio pueblo miraba hacia ellos y vieron la desesperación de la doctora por salvarle la vida a su prima.

Capítulo 11

Sentada a su lado en la UCI cogía su mano pendiente de cada sonido de las numerosas máquinas que la rodeaban. Había estado presente en la operación y había sido consciente de la gravedad de las heridas. El trabajo del cirujano había sido impecable y si todo iba bien se recuperaría, pero no era capaz de levantarse de esa silla y allí llevaba dieciséis horas. Lo peor había sido hablar con su tía que en la sala de espera muy angustiada quería noticias. Curt y Walt estaban con ella como medio pueblo. Walt fue el primero en levantarse cuando la vio salir quitándose el gorro verde de la cabeza mostrando sus húmedos rizos. Pálida y agotada después de seis horas en quirófano sonrió. —La operación ha ido bien y está estable.

Su tía se echó a llorar y la abrazó con fuerza. —Gracias, gracias.

—Tía, ¿te has tomado algo?

—¿Pero se pondrá bien? —preguntó al borde del desmayo.

—Siéntate —ordenó con firmeza.

Walt la cogió por el brazo con delicadeza para que se sentara y su tía la miró con los ojos cuajados en lágrimas. —Dime que se pondrá bien.

Se acuclilló ante ella cogiendo sus manos. —Haré todo lo que esté en mi mano para que volvamos a tenerla en Rainshaw cuanto antes, ¿de acuerdo? No me separaré de su lado. —Su tía se echó a llorar apretando sus manos. —Ahora quiero que te vayas a casa y te tomarás las pastillas que te voy a recetar. Una cada seis horas. No puedes ponerte enferma. Maira se preocuparía y eso no es bueno en su estado, ¿me has entendido?

Su tía sorbió por la nariz asintiendo. —Bien. —Levantó la vista hacia Curt que la

observaba preocupado. —¿Dónde está mi tío?

—Está fuera. No soportaba estar aquí esperando. Decía que le faltaba el aire. El sheriff está con él.

—¿Puedes encargarte de llevarles a casa? —Miró a la gente que estaba allí. —¿Quién se quedará con ellos?

—Yo —dijeron varios a la vez emocionándola.

—Gracias. —Miró a Walt que se había sentado como si estuviera agotado.

—¿Cuándo podré verla? —preguntó su tía impaciente.

Miró sus ojos castaños iguales que los de su hija y sonrió. —No quiero que la veas así. Lo harás cuando esté en planta. Si todo va como creo será en un par de días. —Iba a protestar, pero negó con la cabeza. —Ahora me harás caso. ¿Curt?

Se incorporó besándola en la mejilla y se alejó con su novio viendo de reojo como todo el mundo apoyaba a su tía que sonrió.

—¿Está mal? —preguntó Curt.

—Está crítica. Pero se le ha hecho un trabajo de primera. —Miró sus ojos y Curt la abrazó con fuerza. —No he pasado tanto miedo en la vida.

—Si antes te quería, ahora te quiero mucho más, nena. —Besó su sien. —Estoy tan orgulloso de ti...

Emocionada se apartó lo suficiente para mirarle a los ojos sintiendo que el corazón se le salía del pecho. —¿Me quieres?

—Nena... Ya no podría vivir sin ti. —Besó suavemente sus labios antes de apoyar su frente en la suya. —¿Quieres que vuelva?

—No, tenéis mucho trabajo. Walt...

—Nunca le había visto así. No habla con nadie y no hace más que apretarse las manos.

Creía que iba a arrancarse la escayola de la frustración.

Ahora no quería pensar en eso. —Tengo que ir a ver a Lisa.

—Antes salió un médico y dejó pasar a sus hijos. Al parecer está bien.

—Dios, esto es una locura. ¿Le han cogido?

Curt apretó los labios antes de negar con la cabeza. —El ayudante del sheriff le está buscando. Y...

—Dime.

—Yanina le está buscando también.

—¿Yanina?

—Tiene unas habilidades muy útiles para estos casos.

—Ah, por haber estado en el ejército.

—Sí, nena. No debes preocuparte. Yanina le encontrará.

Le miró a los ojos muy seria. —Pues espero que le encuentre muerto.

Curt sonrió de una manera que a cualquiera le pondría los pelos de punta. —Eso no lo dudes.

Asintió y le dio un suave beso en los labios. —Ahora os traerán la receta para la tía. Y que mi tío se las tome también.

—Vete tranquila. Llámame si me necesitas.

En ese momento entró una enfermera con las bolsas de la medicación sacándola de sus pensamientos. La muchacha sonrió. —Sus constantes van muy bien, ¿verdad doctora?

—Sí.

—Debería ir a descansar un rato. Estoy muy pendiente de ella.

—Lo sé, pero...

La muchacha sonrió. —Sabe muy bien que debe descansar. Soy muy capaz de sacarla a rastras, ¿sabe? Al que está fuera no, pero a usted podría tirarle de las orejas por dudar de mí.

—No dudo de usted. ¿El que está fuera?

—Un hombre muy guapo. Moreno. Ha preguntado varias veces por ella y la enfermera de la sala de espera me ha llamado tres veces desde que empezó mi turno porque es muy insistente. Está muy preocupado, eso me ha dicho mi compañera.

Con el ceño fruncido se levantó dejando la mano de su prima. —Vuelvo enseguida.

—No tenga prisa. Y coma algo.

Sin hacerle caso salió de la habitación y fue hasta la salida. Bajó dos plantas hasta la zona de urgencias y la atravesó empujando las puertas para detenerse en seco al ver en la sala de espera a Walt que en cuanto la vio se levantó de inmediato. —¿Qué haces aquí?

—¿Está bien?

—Todavía no se ha despertado. —Se acercó a él y cogió su brazo apartándole. —Deberías irte a casa. Aquí no puedes hacer nada.

—En casa tampoco. Ya se encargan los demás —siseó molesto—. ¿Está bien o no?

Le miró asombrada porque parecía a punto de estallar. —Ven, vamos a comer algo. ¿Tienes pasta? —preguntó divertida—. Me he dejado el bolso en casa.

—No te preocupes por eso. Maira...

—Sus constantes son estables. En cuanto le quite el respirador iré a planta.

—¿El respirador?

—Le costaba respirar por el trauma. No te preocupes. —Pasaron por las urgencias y él vio como un adolescente lloraba por la fractura que tenía en la pierna. Era una fractura abierta y era desagradable de ver.

—Joder. —Se pasó la mano por la nuca entrando en el ascensor. Ella hizo una mueca

pulsando el botón. —No sé cómo puedes trabajar en esto.

—Alguien tiene que hacerlo. Y hoy me alegro más que nunca de haber estudiado medicina.

Walt asintió. —¿Puedo verla?

Le miró de reojo. —Antes vas a contarme muchas cosas.

—No es asunto tuyo —dijo muy tenso.

—Sí que lo es. He visto como mi prima lloraba por tu culpa, así que no me vengas con que no es cosa mía.

Él se mantuvo en silencio mientras llegaban a la cafetería y agotada cogió lo primero que pilló. Se sentó con su bandeja mientras él la observaba comer a toda prisa. Sonrió divertida. —Es la costumbre. Nunca tenía mucho tiempo para comer en el hospital. —Bebió de su refresco de cola. —¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—Walt no des rodeos. Si quieres verla tendrás que cantar. Es simple —dijo con la boca llena.

—No quiero nada con ella. —Molesto bebió de su café.

—¿No me digas? Pues entonces no sé qué haces aquí si te importa un pito.

—No he dicho eso —dijo entre dientes.

—¿Sabes que no ha salido con nadie desde que salió contigo?

—No ha salido con nadie que no sea yo. Punto.

—¿Y te parece bien?

Walt tomó aire por la nariz apretando los labios. —Repito. No es asunto tuyo.

—¡Y yo te repito que sí lo es! —Le señaló con el dedo. —Lleva loca por ti media vida y pasas de ella. ¡Pues pasa del todo! ¿Qué coño haces aquí?

—¿No tienes bastante con tus cosas que tienes que meterte en las de los demás?

—Vas a ser mi cuñado y...

—Eso aún está por ver.

Se le cortó el aliento. —¿Qué quieres decir?

—Vamos, si te llamaran de un hospital como este saldrías corriendo —dijo con desprecio—. Me lo ha dicho Maira, que esperaba que te sintieras a gusto lo suficiente como para que te lo pensaras. Y Curt lo sabe muy bien.

—Eso no es cierto...

—Joder, no tienes ni idea de cómo se sintió cuando en ese hotel en Houston recriminaste a ese roquero que te había sido infiel. Le gritaste que lo habías dejado todo por él y que te había fallado. ¡Vio tu dolor y cree que todavía estás enamorada de él como lo cree tu marido que no se cortó en decirlo en voz bien alta! —Pálida negó con la cabeza. —Reconoce que con Curt te dejaste llevar. Llegaste a un sitio nuevo y sentiste atracción por él. Una nueva vida, ¿qué más da si te lías con un ranchero? Eso es una novedad. Por eso mi hermano quería casarse cuanto antes, para no perderte. Pero gracias a tu matrimonio se ha dado cuenta que un anillo en el dedo no te retendrá. —Apoyó los codos sobre la mesa. —Y si fueras sincera reconocerías que tengo razón.

—¿En qué tienes razón? —preguntó furiosa.

—En que no le quieres como se merece porque él lo daría todo por ti. De hecho me ha dicho que después de lo que ocurrió ayer ya no va a hacer la casa en el rancho porque el tiempo que tardas en llegar a la consulta es esencial. Hasta ese punto le importas. Hasta renunciar a vivir en sus tierras por ti.

Sintió un nudo en la garganta de la emoción mientras se miraban a los ojos. —Muy listo, Walt.

—¿Me estás dando la razón?

—No. Digo que eres listo porque has conseguido desviar el tema que nos traía aquí. Tu relación con Maira.

Le miró furioso. —No hay una relación.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó alterándose.

Walt apretó los labios ignorando como todos les miraban. —No lo sentí.

—¿No sentiste el qué? —preguntó confusa.

—Lo que Curt sintió por ti. Lo que mi familia siente cuando conoce a su mujer. Lo he visto en Dallas y en Curt. Eso a mí no me ha pasado.

Decepcionada dejó caer los hombros. —¿Entonces qué haces aquí?

—¿No lo sé! ¿Me vas a dejar verla o no?

Vio en sus ojos grises la frustración, pero tenía que pensar en su prima. —No. Si se despertara en ese momento se haría ilusiones y no pienso dejar que le hagas más daño.

Frustrado se levantó saliendo de la cafetería como si le persiguiera el diablo. Suspiró mirando la bandeja. Había perdido el apetito del todo, pero se obligó a comer lo que le quedaba del sándwich. Pensó en lo que le había dicho de Curt y odiaba que se sintiera tan inseguro. Le quería. Formaba parte de ella desde que le había conocido, pero nunca se lo había dicho. Ahora entendía porque estaba tan impaciente por el divorcio para poder casarse, pero como había dicho Walt eso no era garantía de nada. Tendría que ser más clara respecto a sus sentimientos por él para que no tuviera dudas, porque ahora la que no tenía dudas de que quería envejecer a su lado era ella y no pensaba perderle.

Curt entró en la cafetería y Merryll se acercó de inmediato mientras se sentaba en uno de los sofás al lado de la ventana. —¿Se sabe algo?

—Se ha despertado y está estable. Aunque está muy sedada. No se entera de nada todavía.

La mujer sonrió. —Me alegro mucho. ¿Carrie sigue con ella?

—Llevé a sus padres esta mañana al hospital y no se había separado de su lado. Le llevé algunas cosas que podría necesitar como el móvil. Apenas pude estar unos minutos con ella porque la madre quería ver a Maira y Carrie debía acompañarla para que no se asustara.

—Es comprensible. Ya verás, enseguida estarán en casa. ¿Se sabe algo de Martin?

Curt se tensó. —No, todavía...

—El sheriff ha dicho que ha desaparecido de la faz de la tierra —dijo preocupada.

—No te preocupes. Por aquí no va a pasar más. Todo el mundo está atento.

En ese momento un vaquero que estaba en la barra le miró con los ojos como platos antes de volver la vista al periódico. —¿Qué ocurre, Joss?

El tipo carraspeó volviéndose en su taburete. —¿No ha leído el periódico, jefe?

—No he tenido tiempo. Y creo que tú tampoco. ¿No deberías estar en el rancho? —preguntó mosqueado.

—Estoy esperando que me pongan el pedido en la ferretería. —Cogió el periódico y se lo mostró. —Debería leerlo. Habla de usted.

—¿Qué coño dices? ¿Es por lo de Martin?

—Es por lo de su mujer.

Se levantó de inmediato acercándose y arrebatándole el periódico. Asombrado vio que era una entrevista de Carrie en la sala de espera del hospital. Vestida con una bata blanca sonreía a la cámara y en el pie de foto ponía: *“Es frustrante amar a alguien y que por el capricho de una estrella tengamos que esperar para casarnos”*. Dejó caer la mandíbula del asombro. *“Estoy deseando ser su esposa porque nadie me ha hecho más feliz que él. A su lado me siento completa”*

Merryl se echó a reír. —La cara que ha debido poner el roquero.

Sonrió sin poder evitarlo yendo hasta su mesa y se sentó leyendo la entrevista completa

donde relataba como había cometido un error en su juventud porque aunque se creía enamorada no había conocido lo que era el amor hasta que había conocido a Curt Brenner. *“Es abrumador que alguien te demuestre su amor desde el principio. A veces da miedo y hubiera querido salir corriendo, pero llega un momento en el que ya no puedes vivir sin esa persona y ahora sería impensable irme de Rainshaw porque eso significaría estar alejada de él. Mis prioridades han cambiado y estoy segura de que nunca me arrepentiré.”*

La periodista le preguntó qué opinaba de la reacción de su marido. —*“Félix y yo nunca hubiéramos encajado como pareja. Él necesita una persona que le quiera de manera incondicional y que lo abandone todo para seguirle. Yo no era esa persona. Y me he dado cuenta porque si mi pareja me necesitara y tuviera que dejar mi trabajo por él lo haría sin dudar y es algo que no hice por Félix. No le quería como él se merecía y no fue un error irme. Ahora estoy totalmente segura. Solo siento si le hice daño y le deseo lo mejor.”*

Curt apretó los labios y al escuchar un sollozo giró la cabeza para ver a Meryll leyendo el periódico sobre su hombro. Llorando a moco tendido dijo entre sollozos —Qué bonito.

En ese momento sonó el teléfono móvil y lo sacó a toda prisa para ver que era Carrie. Descolgó sonriendo. —Nena... Esta mañana se te olvidó decirme algo.

—¿Te has enfadado? —preguntó preocupada—. No querías que hablara con la prensa, pero...

—No estoy enfadado. Estoy... sorprendido. Y... —Miró de reojo a Meryll que no perdía detalle. —¿Te importa?

—Oh, sí claro.

Escuchó la risa de Carrie al otro lado. —¿Es Meryll?

—Está llorando.

—Nunca me he declarado. ¿Lo he hecho bien?

—Preciosa, me gustaría que me lo hubieras dicho a la cara.

—Oh, eso será esta noche —dijo seductora.

—¿Vas a venir?

—La acabo de subir a planta y Lisa está bien, le darán el alta en un par de días. Esta noche dormiré en casa porque mi tía no quiere separarse de su lado. Y ahora que está más calmada se lo voy a permitir, aunque no se si la echarán porque aquí las enfermeras son de armas tomar.

Sonrió encantado y miró a través del escaparate para ver una limusina negra que se detenía ante la oficina del sheriff. —Joder —dijo por lo bajo tensándose.

—¿Qué pasa? Estás enfadado, ¿verdad? Cariño te lo diré luego. Lo prometo. Una ambulancia va a trasladar a un enfermo hasta Prinkhill y me van a llevar. No hace falta que vengas.

Al ver como Félix se bajaba del coche acompañado de dos trajeados se levantó. —Nena, tengo que dejarte. Hablamos luego.

Asombrada miró el móvil. —¡Me ha colgado! —Lisa hizo una mueca y Carrie gimió dejándose caer en la butaca. —Está enfadado.

—Seguro que es de la sorpresa.

Vio en su mirada que estaba preocupada y se levantó para sentarse a su lado. —Están seguros. La asistente social ha dicho que no les encontrará por mucho que lo intente.

—Eso no me alivia mucho. Por Dios casi nos mata. Cuando le vi entrar en la clínica con la escopeta en la mano...

—Shusss... No se acercará más a ti.

—Ya me habías dicho eso. Y el sheriff.

Agachó la mirada porque eso no podía negarlo. —Lo siento.

—¿Por qué te disculpas? —preguntó sorprendida—. La culpa es mía porque debía haber matado a ese cabrón cuando me dio el primer bofetón. —Se la quedó mirando unos segundos y sonrió. —¿Qué?

—Te admiro muchísimo.

—¿Por qué?

—Porque después de todo lo que has pasado sigues adelante.

—Gracias a ti.

—Yo no he hecho nada.

—Me diste la confianza que necesitaba para enfrentarme a él. No me miraste con pena, simplemente dijiste que me ayudarías y lo hiciste.

—Y lo seguiré haciendo.

—Lo sé. Ahora ve a declararte como Dios manda.

—No debes preocuparte. Hay dos policías en la puerta, así que descansa.

Lisa forzó una sonrisa. —Gracias.

—De nada. Mañana vendré a verte. —Fue hasta la puerta y al salir pasó entre los policías que asintieron a modo de despedida.

Impaciente por llegar a casa sacó el móvil y gimió porque Curt le había colgado. No sabía cómo interpretarlo. ¿Estaba enfadado? La verdad es que contento no parecía después de que su novia se le hubiera declarado públicamente. Cualquiera otro lo encontraría romántico. Pero él no tenía pinta de ser romántico en absoluto. Por Dios, si la hubiera secuestrado. ¿Había algo menos romántico que eso? No, ese no era su punto fuerte y ahora que lo pensaba el suyo tampoco. Mira que declararse a través de un periódico. Había que estar mal de la cabeza. Se detuvo en seco. Bueno, es que ella nunca se había declarado ahora que lo pensaba. Nunca le había dicho a nadie que le quería. Ni a Félix. Estaba implícito en aquel momento. ¿Eso no contaba? Él era el primero. Para una vez que era el primero en algo se lo tomaba mal. Aunque igual estaba ocupado y no podía hablar. Le había colgado como si tuviera mucha prisa. Sí, seguro que era eso. Iría a preparar una buena cena y velas. Mejor compraba la cena que igual le intoxicaba. Sí, era lo mejor. Y música. Necesitaba música. ¡Iba a ser una noche genial!

Capítulo 12

Sentada ante la comida que Meryll le había preparado y que había llevado a casa a toda prisa para que no se estropeará, vio como se consumía la vela. No había ido. Era la una de la mañana y no había ido. Ahora estaba segura de que estaba cabreado. Se levantó mostrando el vestido negro ajustado que se había puesto. Directo de Nueva York. Ni siquiera lo había estrenado porque se lo había comprado para una cita y había tenido que cancelarla por tener que quedarse en urgencias para cubrir un turno de una compañera que estaba enferma. Estaba claro que ese vestido estaba gafado.

Se agachó soplando las velas y empezó a cabrearse. Decidió llamarle para soltarle cuatro gritos. Al menos podía haber ido para hablar con ella. Las parejas hablaban esas cosas. Se puso el teléfono al oído impaciente pero la maldita voz grabada le dijo que el teléfono estaba fuera de cobertura. Entrecerró los ojos. Estaba en el rancho. Lógico a esas horas. ¡Pues no le llamaba más!

Puso los brazos en jarras. Estaba agotada y ahora la estaba poniendo de muy mala leche. ¡Pues iba a verle! ¡Vaya que sí! Que le dijera a la cara que lo habían dejado. Jadeó llevándose la mano al pecho con los ojos como platos. ¿La había dejado? Ah, no. Eso sí que no. La había vuelto loca para que se enamorara de él. Ahora no podía dejarla.

Cogió las llaves del coche y salió de casa pitando. Ni supo cómo llegaba al rancho distraída en sus pensamientos. Frenó de golpe ante la casa y entrecerró los ojos porque para ser tan tarde las luces de la planta baja estaban encendidas. Estupendo, estaba despierto. Salió dando un portazo y subió los escalones del porche cuando escuchó —¡Estáis de atar, joder! —gritó Dallas—. ¿No creéis que tenemos bastantes problemas?

Se detuvo ante la puerta y se escuchó un ladridito. Miró a su derecha para ver el perro de

Yanina que la miraba inquisitivo. Se agachó para cogerlo y le acarició la cabeza mientras su dueña decía —¡Oye, no es culpa mía que ese gilipollas haya venido hasta aquí para tomarse la revancha, cariño! ¿Qué quieres que haga? ¡Si tu hermano lo ha matado habrá que solucionarlo!

Se le cortó el aliento. —Tampoco es para tanto —dijo Curt molesto—. Se le enterra y punto. Nadie le va a echar de menos.

—¿Por qué no llamamos al sheriff? Él lo entenderá —dijo Dallas alucinado.

—¡Porque te recuerdo lo que hay en el sótano! Le estarán buscando —contestó Curt—. ¿Crees que se puede buscar una buena excusa para eso?

—¿Cómo coño se te ocurre traerle aquí? —gritó Dallas—. ¿Estás loco?

—¡Oye, yo fui comprensivo con lo de Yanina, podrías colaborar como yo te ayudé a ti!

—¡Calmaos! —gritó Yanina—. Vais a despertar a los niños y entonces sí que me voy a cabrear.

Él chihuahua le lamió la cara y eso la hizo reaccionar. Bueno, si quería ser una Brenner tenía que colaborar. Fuera lo que fuera lo que estaba pasando. Abrió la puerta y entró en el hall dejando al perro en el suelo. Caminó hasta la cocina y vio a Robbie apoyado en el marco de la puerta mirando a sus tíos que se gritaban los unos a los otros mientras Yanina intentaba poner calma.

—¡Joder, le enterramos y punto! ¡No sé por qué le damos tantas vueltas! —gritó Curt antes de beber de su cerveza.

Robbie se debió dar cuenta de que estaba allí porque carraspeó enderezándose. —Carrie...

Todos se giraron de golpe y ella levantó una de sus cejas pelirrojas. Curt pálido dio un paso hacia ella. —Nena...

—¿Qué está pasando aquí? ¿Y por qué no has ido a casa? —gritó furiosa—. ¿A quién habéis matado?

—A Martín —respondió Yanina como si nada.

—Ah, bueno. —Se cruzó de brazos sorprendiéndoles. —¿Y cuál es el problema?

—Que puedo ir a la cárcel, básicamente —dijo Walt divertido antes de beber como si nada.

—¿Has sido tú?

—Vino a tocar los huevos y se encontró con mi cuñado que le tenía ganas. —Yanina sonrió levantándose. —Es una sorpresa que estés aquí. ¿Por qué no la llevas a casa, Curt? Nosotros nos encargamos de todo. Seguro que querréis celebrar muchas cosas.

Curt se acercó. —Eso, nena. Vamos a casa y...

Dio un paso a un lado esquivándole y mirándoles con desconfianza. —¿Qué pasa aquí?

—¿Aparte de que he matado a un tipo? —preguntó Walt divertido.

Observó la cara de su nueva familia uno por uno. Curt era el más tenso de todos y se acordó de lo que habían dicho del sótano. —¿Martín está en el sótano? ¿Lo habéis escondido ahí?

Caminó hacia la puerta y todos gritaron —¡No!

Sobresaltada se volvió. —Está en el pajar —explicó Curt forzando una sonrisa—. Está muerto, te lo aseguro.

—Quiero verle —dijo mirándole fijamente.

—Curt llévala a que lo vea para que se quede tranquila —dijo Yanina tan pancha—. No se va a asustar. Seguro que ha visto de todo.

Salió por la puerta de la cocina sin esperar a nadie y se dirigió hacia el pajar. Los tacones se hundían y se los quitó tirándolos a un lado mientras Curt tras ella decía —No sé por qué quieres verlo. No va a ser agradable.

—Quiero ver muerto a ese cerdo. —Tiró de la puerta y estaba oscuro. —Enciende la luz.

Curt suspiró. —Carrie...

—¡Enciende!

Él fue a un lateral y encendió la luz. A Carrie se le cortó el aliento al ver a Martin con las muñecas atadas a la viga del techo. Tenía heridas por todas partes. Walt se había empleado a fondo. Le había dado una paliza de muerte. —Cuando Walt llegó del hospital se quedó en casa con Yanina que acababa de llegar de buscarle sin resultados.

Dallas se puso tras ellos. —Mi mujer subió a ver a los niños y envió a la niñera a casa. Fue Yanina quien se dio cuenta de que estaba escondido fuera. Walt perdió los nervios y le disparó desde la ventana de arriba. —Carrie vio el disparo en su pierna izquierda. —Intentó huir y él... Bueno, lo estás viendo. Yanina no le detuvo. Cuando llegué a casa después de traer a Robbie de un partido me encontré con esto. Joder, dime que no denunciarás a mi hermano.

—Estoy a punto de darle un beso en los morros.

—¿Qué has dicho? —preguntó Curt mosqueado.

Ella entrecerró los ojos. —¿Y dónde estabas tú?

Su novio se sonrojó ligeramente. —¿Qué?

—Yanina y Walt estaban aquí. Dallas estaba con el chaval. ¿Y tú? ¡Porque en mi casa no estabas! —Al ver su cara de pasmo le señaló con el dedo. —¡Estoy a punto de perder la paciencia! ¿Dónde estabas?

—Pues...

Se volvió dejándolos a todos con la boca abierta al ver que regresaba a la casa. —Nena, ¿a dónde vas?

—¡A ver el sótano! ¡Y te lo advierto, como haya una tía allí te voy a retorcer eso que me gusta tanto! ¡A mí no me enamoras para dejarme tirada!

Curt sonrió. —¿No estarás celosa?

El portazo de la cocina le dio la respuesta y miró a su familia que levantó una ceja. —¿No

deberías detenerla? —preguntó Yanina divertida.

Juró por lo bajo antes de correr hacia la casa. Cuando llegó a la cocina el grito de su novia le hizo gemir. Bajó las escaleras a toda prisa y vio que seguía en la puerta mirando a Félix que amarrado de pies y manos le indicaba con la mirada que le ayudara.

Atónita al encontrarse allí a su marido giró la cabeza mirando a Curt que forzó una sonrisa. —Tranquila que este firma los papeles. Los tengo aquí. El abogado me ha dado una copia del acuerdo de divorcio.

—¿Estás loco?

—¡Vino al pueblo incluso después de que te declaraste públicamente! —le gritó a la cara—. ¿Para qué? ¡Este quería llevarte con él! ¡Y eres mía! Solo quería tocar los huevos. ¡Qué no me provoque que te dejo viuda!

Se miraron los labios antes de tirarse el uno sobre el otro besándose como posesos mientras Félix con los ojos como platos les observaba. La quería y estaba tan contenta que se dijo que ese hombre tenía que ser suyo costara lo que costara. Apartó los labios mirando sus ojos azules. —Te quiero.

—Y yo a ti, cielo.

Sonrió encantada y se apartó mirando a Félix. —Bueno, ¿y ahora qué hacemos?

—Se niega a firmar. Cree que después me lo cargaré. Es idiota porque es más fácil cargármelo y ya está, pero no lo entiende.

Exasperada se acercó a Félix y le quitó la mordaza. —¡Está loco! —gritó muerto de miedo—. Suéltame.

—Ya, y que le denuncies. Me has decepcionado Félix —dijo como una directora de escuela—. No esperaba esto de ti.

—¿Pues qué quieres que te diga? ¡Tampoco esperaba esto de ti! —gritó furioso.

—Firma los papeles.

—Perdona, pero tengo las manos atadas. ¡Y no firmo nada que no lea mi abogado!

—Muy bien. Buenas noches.

Asombrado vio que iba hacia la puerta. —¿Vas a dejarme aquí?

—¿Por qué iba a tener consideración por ti cuando me has dejado en ridículo?

—Pelirroja yo te quiero.

—¡La madre que le parió! —Curt dio dos pasos hacia él, pero ella se interpuso—¡Quita que le voy a dar lo suyo!

—¡Curt!

—¡Todo el pueblo me vio llegar! ¡Me buscarán!

Asustada miró a Curt. —¿Es cierto? —Él hizo una mueca. —¡Curt! ¡Vendrán a buscarle aquí antes que en ningún sitio!

Félix sonrió. —Lo que yo decía.

—Tenemos que trasladarle —dijo ella dejándole de piedra.

—¡Carrie!

—¡No seas pesado, Félix! ¡Si quieres irte firma de una vez!

—¿Y cómo sé que después no me hará nada?

—Nena, también puede denunciarme. ¿Y si le matamos? No es mala idea ahora que lo pienso bien. Así serás viuda.

—Es una estrella. Seguro que viene el FBI y es una lata.

Félix asintió aterrizado. —Eso, escúchala.

—Mira, firma los papeles y te largas.

—No me fio.

—Pues si no firmas te traslado. ¡Y donde tengo pensado llevarte no vas a estar tan cómodo! Además te quedas con todo. No te quejes tanto que el juez me hubiera dado la mitad.

Él entrecerró los ojos pensándolo de nuevo. —¿No vas a volver conmigo?

—¡No! —gritaron los dos a la vez

—Dame un boli.

Carrie sonrió. —Cariño los papeles.

Curt se los acercó a la mano y le puso el bolígrafo en la derecha. —Soy zurdo —dijo con rencor.

Su novio gruñó antes de pasárselo a la otra mano. Le puso los papeles ante la mano y Félix mirando hacia arriba lo iba a firmar, pero ella dijo —Cariño, suéltale la mano. Quiero que la firma sea clara.

Curt lo hizo de inmediato y Félix siseó —Esto me pasa por seguirte.

—Sí, te pasa por seguir a mi mujer. ¡Firma!

Firmó el documento y Curt volvió las hojas. —Y aquí.

Lo hizo sin pensar y cuando terminó ella chilló de la alegría abrazando a Curt por el cuello. —Ahora podemos casarnos.

Él sonrió y besó suavemente sus labios. —Te veo impaciente.

—¿A que es increíble? —Él se echó a reír abrazándola y levantándola del suelo.

—Tortolitos, ¿por qué no os vais a casa a celebrarlo? —dijo Dallas antes de mirar a Félix —. Ya me encargo yo de él.

—¿Seguro?

—Para eso está la familia. Yo le haré entrar en razón y que no se le ocurra mencionar lo que ha ocurrido aquí.

—Perfecto. —Abrazó a Curt del cuello mirándole a los ojos. —Vamos, cielo. La familia

se encarga.

Leche con la familia, pensó mientras miraba el periódico donde Félix salía en primera página borracho como una cuba en un antro de mala reputación mientras una prostituta apretaba su cara contra sus pechos desnudos. Gimió dejando el periódico sobre el mostrador de la consulta. Bueno, los escándalos le venían bien, ¿no? Pues toma escándalo. En el periódico decía que estaba disgustado por su reciente divorcio. Ahora había que esperar a que el juez diera el visto bueno a los papeles. Y no tardaría mucho porque Dallas había hablado con él. Era una suerte que el juez y el padre de los chicos hubieran sido tan buenos amigos. Esa foto haría que el juez les concediera el divorcio a toda mecha.

Suspiró mirando a su alrededor, por noches como la que había pasado con Curt merecía la pena cualquier lío en el que se metiera. Sonrió a sus pacientes. —Siguiente.

—¿Ya está preparando la boda, doctora? —preguntó una anciana levantándose.

—Pues sí —respondió radiante.

—Qué buena noticia —dijo antes de salir por la puerta dejándola con la boca abierta.

—¿A dónde va? —Miró a sus pacientes. —¿Solo venía a cotillear?

Varios asintieron y ella puso los ojos en blanco. —¿Alguna pregunta más?

Tres manos levantadas la hicieron gruñir poniendo los brazos en jarras. —¿Algún enfermo? —Las manos se bajaron de inmediato y sonrió radiante. —Estupendo. Necesito un café.

Se volvió y en ese momento entró el sheriff con cara de preocupación. Cachis, se había olvidado de él. Vio cómo se quitaba el sombrero mostrando su cabello plateado.

—Doctora Anderson... —Miró a los de la sala de espera y carraspeó. —¿Puedo hablar con usted un momento?

—Sí —respondió incómoda—. Claro. Pase a la consulta.

Fue detrás de él y cuando entró ella cerró la puerta forzando una sonrisa. —¿De qué se trata? ¿Es por lo que le ocurrió a Lisa y a mi prima? ¿Le han cogido? —preguntó sabiendo de sobra la respuesta.

—No. —Frustrado se pasó la mano por su cabello. —Y no lo entiendo, la verdad, porque ese gilipollas no tiene ni un gramo de sesera para organizar una fuga. Sigo en ello... Vengo por otra cosa.

Iba por lo de Félix. Jurando por lo bajo fue detrás de su mesa disimulando y cogió unos expedientes dejándolos sobre los archivadores para despejar su mesa. —Dígame.

—Pues verá... —Incómodo se acercó a ella.

Le miró a los ojos. —Sheriff, ¿qué ocurre? ¿Se siente mal?

—Hace días que no voy al...

Aliviada entendió. —¿Menores o mayores?

—Mayores.

—Desabróchese el pantalón y tumbese en la camilla.

Él se quitó el cinturón y se tumbó en la camilla más tranquilo. —Me duele bastante.

—Es normal. No ser regulares en las deposiciones tiene estas cosas.

—Yo nunca lo he sido. —Le palpó el vientre y cuando le tocó el costado él gruñó de dolor.

—¿Fiebre?

—No, doctora. —Para asegurarse le puso el termómetro bajo la axila y esperó.

—No debe preocuparse. Le daré una lavativa para que se la ponga en casa y eso le aliviará. También le voy a recetar un salvado de avena para que se lo coma con un yogurt todas las mañanas. Una cucharada será suficiente. —Sacó el termómetro y sonrió. —Perfecto. Eso es todo.

Fue hasta su mesa para apuntar lo que necesitaba y el sheriff se abrochó el cinturón. —
Doctora...

—¿Algo más?

—Pues que ese marido suyo ha pasado por mi oficina.

Se detuvo en seco mirando la receta. Gimiendo por dentro levantó la vista y se hizo la loca. —¿No me diga?

—Venía con una historia absurda sobre que le habían secuestrado en el rancho de los Brenner y que le habían obligado a firmar los papeles de su divorcio. —Sonrió divertido. —¿Se lo puede creer?

—¿Cómo se atreve?

—Eso mismo le dije yo. Que bastante había intentado joder ya y que nosotros protegemos a los nuestros.

Sonrió sin poder evitarlo. —Es un alivio saberlo. —Arrancó la receta y se la tendió.

—Por cierto, doctora... Conozco muy bien a mi Yanina. Le he echado el ojo a esa chica para que me sustituya, ¿sabe?

—Tengo la sensación de que sería una decisión de lo más acertada.

—Y como la conozco bien, sé que un mamón como Martin Berry sería fácil de coger para ella. Muy fácil. Es una rastreadora de primera.

—¿No me diga? —Por como la miraba a ese no se la daban.

—¿Debo seguir preocupándome por él? Iría al rancho a preguntárselo a mi chica porque no la he visto desde que ocurrió todo, pero tengo la sensación de que con su estrecha amistad con los Brenner y ya que ha sido afectada, usted estaría al tanto.

Dudó en si decir la verdad. Al fin y al cabo era la ley. —¿Quiere mi impresión?

Él sonrió. —Con su impresión me basta.

—No creo que deba preocuparse por él nunca más.

Como si la hubieran invocado Yanina entró en la consulta empujando un carrito doble para bebés. —Vaya, ¿molesto?

El sheriff se echó a reír. —Tú nunca molestas, Yanina. Precisamente hablábamos de ti. — Cogió a la niña como si fuera su abuelo y le hizo una mueca. —¿Cómo está mi Yanele?

—¿Abu! —chilló la niña abrazándole por el cuello.

Ella miró a Yanina. —¿Abu?

Su futura cuñada hizo una mueca. —Es lo más parecido que tiene.

—Claro que sí —dijo el sheriff encantado antes de mirar a Dylan—. ¿Cómo está el hombretón?

—Por eso vengo. —Miró a Carrie. —No come bien.

Frunciendo el ceño se acercó al carrito y lo cogió por debajo de las axilas sujetando su cabecita. —Vamos a ver qué te ocurre.

—¿Está bien? —preguntó el sheriff preocupado.

Lo colocó sobre la camilla. —Yanina desvístelo.

—Jefe, hay algo que tengo que decirte —dijo su cuñada empezando a quitarle el peto vaquero que llevaba el niño.

—¿Es sobre Martin?

—Liquidado, jefe.

Asombrada vio que él asentía. —Perfecto.

—¿Y por qué teníais miedo de que Walt fuera a la cárcel? —preguntó sin poder evitarlo.

Yanina hizo un gesto con la mano sin darle importancia. —Por si el imbécil de tu marido se iba de la lengua si había escuchado el disparo y el jefe no podía encubrirlo. Y si se lo decíamos de manera oficial seguramente el ayudante querría investigar más para ponerse

medallas. —Miró al sheriff. —Murió con algunos golpes de más. El forense, ya sabes... Bueno, mejor que no se enterara nadie.

—No debes preocuparte por eso. —El sheriff sonrió a la niña. —¿Verdad, cielo? Hay que cubrir a papá y a mamá. —Yanele asintió haciéndole reír. —Vas a ser un peligro cuando seas mayor. Lo veo en tus ojos. Pobre del que le pongas el ojo encima.

—No la anime jefe, que es muy cabezota.

—¿Tanto como sus padres?

—Pues sí. Va por ese camino. —Terminó de quitarle el body a su bebé. —Listo.

—Sí que eres rápida —dijo con admiración viendo al niño desnudito.

—Esa soy yo.

Mirando al bebé aparentemente estaba muy sano. De hecho estaba tan gordito que era para comérselo. Le examinó atentamente pero no veía nada raro. Todo lo contrario. Estaba sanísimo. —Para tener tan poco tiempo ha aumentado mucho de peso. ¿Y ha dejado de comer de repente?

—Yo no he dicho eso.

La miró a los ojos. —Sí que lo has dicho.

—No, he dicho que no come bien. No que no coma.

—Vamos a ver. ¿Para ti cuánto es comer bien?

—Yanele se colgaba de mi teta cada dos horas.

Rio por lo bajo mientras el sheriff miraba orgulloso a la niña. —Cada niño es distinto —dijo Carrie —. De recién nacidos y si duermen mucho hay que despertarles cada tres o cuatro horas. ¿Duerme mucho? —Miraron al niño que ni se había despertado.

—Pues sí. Tengo que despertarle para que coma y lo hago cada cuatro horas como dijo la matrona en mi primer parto, pero...

—No te preocupes. Todo va bien y lo estás haciendo estupendamente. Está muy sano. Cada

bebé es distinto. Seguro que cuando come lo hace con ganas.

—Eso sí, tarda un montón.

Se echaron a reír y Yanina hizo una mueca. —Perdona por molestarte.

—No es molestia. ¿Cómo va la espalda? La fisioterapia...

—No he ido. Con lo que me hicieron en el hospital me ha valido —dijo vistiendo al niño.

Miró de reojo al sheriff que apretó los labios. —Es una chica dura.

Se acercó a ella y la cogió del brazo. —Yanina...

—No me fastidies.

—Tienes que hacerla o te volverá a pasar. ¿Y si estás sola con los niños? ¿Y si te pasa teniéndoles en brazos?

—Tengo mil cosas que hacer. Y estoy bien.

—No me digas que estás bien. ¡A mí no me mientas! —Yanina la miró con cara de mala leche, pero no se dejó intimidar. —Como no la hagas hablaré con Dallas. Estás advertida.

Jadeó mirando al sheriff que se hizo el loco. —¡Estupendo, ahora póngase de su parte!

—Es la doctora, en eso le hago caso. Y si ella no habla con Dallas lo haré yo.

—¡Muy bien! ¡Haré la puñetera fisioterapia!

—Perfecto —dijo Carrie sonriendo de oreja a oreja antes de señalarla con el dedo —. ¿Encontraste tú a Martin como supone el sheriff?

—No, claro que no.

—¿No te he dicho que no me mientas?

—Que no. Ese asqueroso fue hasta casa, por eso al seguir su pista iba en círculos. Tenía que haberlo imaginado...

—¿No me digas que fue hasta tu casa? —preguntó el sheriff dando un paso hacia ella—.

Quería vengarse, el muy...

—¿Por qué?

—Por dejarle en ridículo, básicamente —dijo Yanina sin darle importancia—. No soportaba a los Brenner. Les tenía una envidia que no podía con ella. Walt le sorprendió cuando intentaba acercarse para quemarnos el rancho. Le disparó cuando estaba abriendo una lata de gasolina.

—Os culparía por perder la cafetería y porque su mujer se animó a denunciar con la llegada de la doctora. Como vas a casarte con Curt... —Entrecerró los ojos.

—Sheriff, llámeme Carrie. Somos casi familia, abu.

Él carraspeó haciéndose el loco y Yanina se echó a reír. —Hasta yo le llamo sheriff. Existen rangos, guapa. Seguiré llamándote doctora.

—Bueno, tengo que irme. —El hombre colocó a la niña en su sitio en el carrito poniéndole el cinturón como si tuviera mucha práctica. —El trabajo es el trabajo.

—Le veo en la cafetería, sheriff.

Les guiñó un ojo antes de salir dejándolas solas. Yanina cogió al bebé en brazos acariciando su espalda y Carrie apretó los labios. —¿Qué está pasando con Walt?

Su cuñada suspiró. —No lo sé. —Dejó al niño en el carrito. —Pero supe que lo necesitaba. Necesitaba...

—Desahogarse.

—Desde que le ocurrió eso a Maira parecía un animal enjaulado. Te aseguro que se empleó a fondo.

Asintió pensando en ello. —Dice que no lo sintió.

—¿Que no sintió el qué?

—Lo que Dallas sintió por ti o Curt por mí.

—¿No me digas? —Divertida empujó el carrito hasta la puerta. —¿No me acabas de decir que cada bebé es distinto? Quizás busca algo que han sentido los demás sin darse cuenta de que ya lo está sintiendo.

Se le cortó el aliento. —¿Crees que la quiere?

—Creo que quiere vivir lo que sienten los Brenner. El flechazo, pero él se ha enamorado de manera distinta y no sabe digerirlo. Ya se dará cuenta de que no puede vivir sin ella.

—Casi se muere. Si no lo ha sentido ya...

—Ya veremos lo que ocurre. ¿Cómo está Maira?

—He ido a verla esta mañana y está bien físicamente dentro de lo que cabe. Aunque está como deprimida.

—Es lógico, casi se muere.

—Iré a verla de nuevo en cuanto salga de la consulta para intentar animarla.

—¿Puedo ir contigo? Dallas se quedará con los niños.

—Claro. Te veo a las cuatro. Hoy cerraré temprano.

—Aquí estaré.

Capítulo 13

Cuando llegaron a la habitación llamaron a la puerta y Carrie metió la cabeza sonriendo.

—Hola.

Perdió la sonrisa poco a poco al ver como se limpiaba las lágrimas y forzaba una sonrisa.

—Estás aquí. No tenías que haber venido, tienes mucho que hacer.

Entró en la habitación con Yanina detrás y su prima pareció avergonzada. —¡Y vienes con compañía! Hola Yanina.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó acercándose con un ramo de flores.

—Mucho mejor.

—Se está recuperando muy bien —dijo mirando la medicación que le estaban poniendo.

—¿Quieres dejar de preocuparte? Me cuidan muy bien.

—¿Dónde está la tía?

—Le he dicho que se vaya a casa para que descanse. —Miró a Yanina. —Gracias por las flores. Son preciosas. Las hortensias me encantan.

—Eso me han dicho. —Las puso sobre la mesilla sonriendo.

—¿Si? ¿Quién te lo ha dicho?

La miró de reojo. —Pues Walt, ¿quién va a ser?

—¿De verdad? —preguntó sorprendida—. Pensaba que ni me había escuchado esa noche. Había hortensias a la entrada del restaurante y se lo comenté, pero creía que ni se había enterado.

—Te aseguro que ha escuchado todo lo que le has dicho.

Parpadeó como si le hubiera dado la sorpresa de su vida. De repente entrecerró los ojos.
—¿Estás intentando decirme algo?

Miró de reojo a Carrie que no sabía si regañarla o animarla. Estaba hecha un lío. Gimió por dentro recordando que ella le había prohibido verla.

—¿Carrie? —Yanina levantó las cejas esperando.

—¡No sé qué decirte! Este hombre da señales confusas. Mi Curt fue muy directo. Así me gustan los hombres. A Walt no lo entiendo.

Bufó exasperada antes de mirar a Maira que parecía ansiosa. —¿Por qué lloras?

—¿Tú qué crees? ¡Estoy aquí tirada y no ha venido ni a verme! ¡Ni una maldita llamada! ¡Y te aseguro que se ha pasado por aquí medio pueblo creyendo que iba a estirar la pata!

—Voy a hacerte una pregunta y quiero que seas sincera.

—Dispara.

—¿Te ha besado en alguna de esas citas que habéis tenido?

—¡Si un día casi me tiró del coche al dejarme en casa! Ni que tuviera la peste. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Qué tengo de malo?

—¡Tú nada! —replicó Carrie molesta—. No quiero que llores, ¿me oyes? ¡Y sí vino a verte!

Yanina silbó sentándose en la silla. —Esto va para largo y me duele la espalda.

—¡Te lo dije!

—No seas pesada. Ahora estamos con el tema de Maira. Vas a ser un coñazo de cuñada.

Gruñó mirando a su prima que parecía perpleja. Carrie suspiró y se sentó en la cama a su lado. —Cuando te dispararon Walt se puso como loco.

—¿Qué?

—De hecho se quedó en la sala de espera durante día y pico para verte. Pero no le permití

que entrara. No quería que si te despertabas sufrieras más.

—No veas cuando llegó a casa —apostilló Yanina—. No había quien le aguantara. Hasta que no se cargó a Martin no se relajó.

Maira abrió los ojos como platos. —¿Que ha hecho qué?

—Es un secreto familiar, así que no se lo digas a nadie —dijo Carrie como si nada.

Yanina sonrió. —Vas a encajar estupendamente en esta familia.

—Lo sé.

Su prima no salía de su asombro. —Creo que la medicación me ha afectado porque no he debido entenderlo muy bien. ¿Walt ha matado a ese malnacido?

—Sí —respondieron las dos a la vez tan tranquilas.

Sonrió de repente y les miró ilusionada. —Le importo —dijo como si no se lo creyera.

—Sí, algo le importas, por eso vamos a trazar una estrategia —dijo Yanina.

—¿Estrategia? —preguntó Carrie.

—Para que deje de hacer el idiota y se dé cuenta de que quiere a tu prima.

—¿Creéis que...? —Las dos asintieron y de repente perdió la sonrisa de golpe. —
¿Entonces qué está haciendo? —gritó sobresaltándolas.

—Cálmate que te doy un sedante —la advirtió muy seria.

—¡Es que no lo entiendo!

—Creo que tiene idealizado lo de secuestrar a su futura mujer y todo eso. —Yanina por su cara de pasmo hizo un gesto sin darle importancia. —Es una tradición familiar y siempre ha pensado que cuando encontrara a la mujer de su vida lo haría así. Por eso... vas a irte del pueblo.

Maira dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Perdón?

—En cuanto vea que te pierde hará algo.

—¿Y si no lo hace vuelvo con el rabo entre las piernas? ¡Si no me ha mirado en años!

—Eso es verdad —dijo Carrie.

—Mi teoría es esta. Le gustaste y te pidió de salir, pero eras muy joven y él un adulto, así que no cuajó como debería. Pero a lo largo de los años algo se fue formando y cuando le presionasteis con lo de las citas se resistió con uñas y dientes porque no sentía lo que él creía que debía sentir. No había sentido el flechazo.

—¡Un hachazo le voy a meter como se me ponga delante! ¡Este tío es idiota! —Asombrada miró a su prima. —¡Llevo años suspirando por un idiota!

Carrie hizo una mueca. —Los hombres son muy cabezotas a veces.

—¡Podéis despotricar lo que queráis, pero es la única opción! En cuanto llegue a casa me va a interrogar y creo que es la mejor ocasión para apretarle las tuercas.

—¡Lo que me faltaba! ¡Me acaban de pegar un tiro!

—Y te entiendo, pero hasta que no le pongamos al límite no va a reaccionar.

—¡Casi me matan! ¿Ese no era el límite? —preguntó perpleja antes de mirarla furiosa—. Lo siento, pero se acabó.

—Maira —dijo Carrie sorprendida.

De repente se echó a llorar. —¡No está bien que siempre sea yo la que lo haga todo! ¡Nunca me ha demostrado nada! Sabe que estoy enamorada de él y me trata así. Si tanto le importo por qué no ha venido. ¡Yo hubiera venido mil veces aunque sabía de sobra que pasaría de mí! — La miraron con pena. —No pienso mover un dedo más. ¡Se acabó!

—Pero ha venido. Ha matado a ese cerdo... —dijo Yanina sorprendida.

—De qué me sirve a mí eso, ¿eh? ¿Acaso le he visto? ¿Le ha matado por mí o por sentirse mejor él? ¡Hasta hace diez minutos pensaba que no le importaba nada, que es exactamente lo que quiere que piense! ¡Pues ya está bien!

Se quedaron en silencio porque estaba hecha polvo. Entre la operación, el estrés de lo que había pasado y lo que le acababan de contar la habían superado. Carrie se acercó para abrazarla y su prima se aferró a ella. Yanina apretó los labios al ver su dolor y cogió su bolso. —Mejor me voy. Espero que te repongas pronto.

Salió de allí rápidamente y Carrie le acarició el hombro intentando consolarla. —No llores. Si no quieres intentarlo se acabó. No pasa nada. —Maira no dejaba de llorar y susurró — Voy a ir a buscar un calmante.

—Sí, quiero dormir.

Apretó los labios apartándose y le acarició el cabello antes de levantarse. Al salir de la habitación vio que Yanina no se había ido esperándola en el pasillo. —Lo siento.

—No es culpa tuya. —Fue hasta el mostrador de enfermería y pidió que le pusieran un calmante por vena. Se volvió hacia Yanina sacándose las llaves del bolsillo trasero del pantalón vaquero. —Llévate mi coche. Me voy a quedar con ella.

—¿Estás segura?

—Sí, no quiero dejarla sola.

—Se lo voy a contar.

Carrie la miró sorprendida. —¿Pero qué dices? ¿Acaso no la has visto?

—Lo que he visto es una mujer enamorada y muy defraudada. Eso es lo que he visto y es lo que pienso decirle.

Entrecerró los ojos. —¿Qué te propones?

—¿Yo? Solo voy a decirle la verdad a mi cuñado. Solo eso.

Dio un paso hacia ella. —Escúchame bien. Como vuelva a hacerle daño que ruegue por no ponerse enfermo en los años que yo dirija la consulta, porque ni aunque venga con la cabeza colgando voy a mover un dedo por él y me importa un pito que sea mi cuñado.

Yanina sonrió cogiendo las llaves. —Vas a encajar muy bien en la familia.

Tres horas después sentada al lado de su prima que dormía plácidamente suspiró aburrida cogiendo el móvil. Decidió mandarle un mensaje a Curt para preguntarle qué hacía cuando se abrió la puerta y distraída miró hacia allí para ver a Curt y Walt que entraban en la habitación. Asombrada miró a su novio que hizo una mueca. Se levantó de inmediato acercándose. —¿Qué hacéis aquí? —susurró—. Está descansando.

Walt no dejaba de mirar a Maira y se acercó a la cama. Curt la cogió del brazo apartándola. —Nena, venía a buscarte y se empeñó en venir.

—¿Por Yanina?

Su novio apretó los labios. —Se preocupó cuando escuchó que estaba llorando por su culpa. —Se acercó y le susurró al oído —Y se puso de muy mala hostia cuando Yanina dijo que ya no iba a mover un dedo por él nunca más.

Le miró asombrada. —Tu hermano es id... —Él besó sus labios y cuando se apartó ella le miró furiosa.

Curt sonrió abrazándola. —¿Me has echado de menos, preciosa?

Suspiró enterrando su rostro en su pecho. —No sabes cuánto.

—Pues esto te va a encantar.

Sonrió levantando la cabeza para mirarle. —¿Si? ¿Qué es?

—Mañana te dan los papeles. —Le miró sin comprender. —El juez ha visto el periódico y se ha indignado un poco con la actitud de tu ex en ese antro. Ha acelerado los trámites.

Se le cortó el aliento. —¿Estoy divorciada?

—Sí, nena. —Ella chilló de la alegría abrazándole por el cuello y Curt rio.

—Shuss. —Ambos miraron a Walt que parecía cabreado. —¡La vais a despertar!

Es que era para matarle. Sonrió abrazando la cintura de Curt y dijo como si nada —Se encuentra mejor. Aunque ayudaría que estuviera mejor anímicamente, claro. —Walt apretó los labios antes de mirarla. A Carrie se le cortó el aliento cuando vio como disimuladamente rozaba con su meñique su mano como si necesitara sentirla y vio el anhelo en su rostro. Estaba claro que necesitaban ayuda. —Cariño, ¿podemos ir a tomar un café? Tardará en despertarse.

—Sí, claro.

—Yo me quedo —dijo Walt antes de carraspear —. Por si acaso se despierta.

En cuanto salieron de la habitación miró a Curt que sonrió. —¿Qué te propones, preciosa?

—Necesitan ayuda. Ella se ha dado por vencida y él no parece que sea muy espabilado. Yanina proponía que Maira dijera que se iba a ir para que la secuestrara y no me parece mala idea. Aunque como no sabemos nunca por donde va a salir, igual pasa del asunto. ¿Siempre ha sido tan lento para todo?

—Oye, que mi hermano...

—¡Sí, ya, ya, pero mientras tanto mi prima sufre!

Curt se cruzó de brazos. —Vuelvo a preguntar, ¿qué te propones?

—No, ¿qué propones tú? —Curt sonrió y ella sonrió radiante. —Vosotros sois los especialistas en esto. Solucióvalo.

Se echó a reír. —¿Ahora tengo que solucionarlo yo?

—Cariño, es mi prima. No quiero serle desleal. Ella ahora no quiere ni verle.

—Además si sale mal no te sentirás culpable.

—Exacto, y podré odiarle a gusto.

Curt la miró fijamente. —No voy a hacer nada. Mi hermano se encargará.

—¿Te ha dicho algo? —preguntó impaciente.

—Tranquila, que a los Brenner cuando se nos mete algo en la cabeza no paramos. Y mi hermano ya la tiene en la cabeza.

—¿Estás seguro?

Curt abrió la puerta lentamente y vieron como de espaldas a ellos miraba a Maira angustiado. Carrie apretó los labios porque en ese momento se dio cuenta que su prima no era la única que sufría. Esperaba que hiciera algo pronto antes de que Maira perdiera la esperanza del todo.

Capítulo 14

Pues no había hecho nada. Menudas narices tenía, el muy capullo. Forzó una sonrisa mirando a través del espejo a su prima, que ya recuperada le abrochaba el vestido de novia mientras su madre y su tía no dejaban de llorar observándolas. Un mes había pasado y nada, que no se había acercado a no ser que fuera totalmente imprescindible como hacía dos días en el ensayo de la boda en la Iglesia. Como era la primera vez que coincidían desde que su prima estuvo en el hospital, estuvieron pendientes de su reacción, pero ambos se mostraron fríos y distantes como si se llevaran fatal. Al parecer no había sido buena idea que les pusiera de pareja. La mirada de su prima cuando se enteró, podría haber helado el desierto. Maira terminó de abrochar el vestido y sonrió radiante. —Ya está.

—Estás preciosa —dijo su madre antes de llorar más fuerte.

—Mamá, te estás estropeando el maquillaje y en las fotos vas a parecer un mapache.

Su madre jadeó levantándose de golpe para correr al baño mientras todas se reían. Maira se puso ante ella comprobando que su vestido en corte princesa con escote en forma de corazón estuviera perfecto. Ahuecó la vaporosa tela y cuando levantó la vista sonrió de nuevo. —Lista. ¿Seguro que no quieres llevar velo? Te lo han traído.

Negó con la cabeza. —A Curt le gusta ver mi cabello suelto.

—Qué hombre —dijo su madre desde el baño—. ¡Qué hombre! Me recuerda a tu abuelo.

—¿De verdad?

—Un hombre como los que ya no quedan. Un auténtico texano, no como esos neoyorkinos blandengues.

—Cierto. De blandengue no tiene nada. —Maira perdió algo la sonrisa y ella la cogió por la barbilla para que la mirara. —¿Estás bien?

—Claro.

—Estás preciosa.

—El azul pálido es tu color —dijo su tía encantada—. Estáis tan bonitas que quitáis el aliento. Foto.

Se colocaron una al lado de la otra y su tía con el móvil en la mano las enfocó. — Esperad... esperad...

—Mamá es el botón de abajo.

—Esperad...

—Se me está congelando la sonrisa —dijo Carrie divertida.

Su madre se echó a reír y su tía la miró ofendida. —¿Tú lo haces mejor?

—Claro que sí. Trae. —Las enfocó y les sacó varias fotos.

—Dichosa tecnología.

—Yo me he hecho un curso en mi barrio.

Mientras hablaban por los codos Maira cogió dos copas de champán de una bandeja y le dio una. —Te deseo el matrimonio más feliz que nadie haya tenido nunca.

La abrazó con cariño. —Gracias. A ti te pasará lo mismo. Nunca pierdas la esperanza. — La besó en la mejilla y se miraron a los ojos antes de chocar sus copas y beber, pero aunque su prima intentaba disimular sus preciosos ojos castaños se empañaron.

En ese momento se abrió la puerta y su padre apareció vestido con un traje negro y una corbata de color champán. Sonrió con cariño. —Papá estás guapísimo.

Él se pasó la mano por su pelo pelirrojo ya encanecido. —¿De veras? —Sonrió mirándola de arriba abajo. —Estás tan guapa que ese novio tuyo se va a desmayar de la impresión. —Se

acercó y le acarició la mejilla. —He esperado este día desde que naciste. Creía que iba a estirar la pata y no lo vería.

—¡Papá! —protestó mientras todos reían. Se cogió a su brazo y sonrió—. Pues no te hago esperar más.

Caminaron fuera de la sacristía y salieron por la puerta de atrás mientras varios invitados que no entraban en la iglesia les observaban deseándole lo mejor.

Al llegar a la puerta su padre susurró —Cuanto vaquero.

—Son amigos de Curt y sus hermanos.

—Todavía no me puedo creer que te hayas enamorado de un vaquero. Estoy muy orgulloso de ti.

—¿Por qué? —preguntó sorprendida.

—Porque has sabido adaptarte y te has dado cuenta de que los sueños y las prioridades pueden cambiar.

Le miró pensativa. Era cierto que hacía unos meses ni se le hubiera pasado por la cabeza que se casaría porque solo quería huir de allí. Pero ahora no se veía viviendo en ningún otro sitio. Se volvió al sentir alguien detrás. Su prima le dio el ramo de novia y miró al frente. Increíblemente no estaba nada nerviosa y supo que estaba haciendo lo correcto. Cualquiera mínima duda que hubiera tenido desapareció y observando como las damas de honor entraban en la iglesia al lado de sus parejas deseó llegar al lado de Curt y atar su vida a él para siempre.

Maira cogió el brazo de Walt sin mirarle y empezó a andar. Le fulminó con la mirada. — ¡Es con la derecha!

Walt entrecerró los ojos. —¿No me digas?

—¿Vas a hacer esto bien? ¿Aunque solo sea por una vez en tu vida podrías intentarlo?

—Hago muchas cosas bien. ¡Lo que pasa es que quieres probarlas y no te das por vencida!

A Carrie se le cortó el aliento viendo el dolor en los ojos de su prima, pero esta levantó la barbilla con orgullo. —¡Te aseguro que me ha quedado muy claro! Tranquilo que no te voy a pedir más citas.

—Se casan hoy. ¡No hubiera aceptado!

—¡Pues muy bien! —le gritó a la cara—. ¡Tíos como tú los tengo a patadas!

—¡Bien dicho, prima!

Su padre carraspeó. —¿Os importaría...?

Maira se sonrojó al ver que media iglesia se había dado la vuelta para ver por qué no había entrado la novia y Carrie gritó —¡Ya voy, cariño!

Walt empezó a caminar hacia el interior de la iglesia casi arrastrando a su prima que le miró como si quisiera matarle. —Muy delicado —dijo su padre.

—Habrá que tomar medidas —dijo entre dientes.

—¿Qué has dicho, cielo?

Sonrió radiante. —Vamos allá.

Empezaron a caminar al interior de la iglesia y varios murmuraron de admiración al verla llegar, pero ella solo podía mirar ante el altar donde su novio esperaba vestido con un traje negro con corbata roja. Era el único que llevaba ese color y lo había elegido ella para que destacara entre los testigos. Estaba tan guapo... Nunca le había visto con un traje tan elegante y cualquiera diría que era un ejecutivo de Wall Street. Sonrió mirando sus ojos y él pareció aliviado. Eso hizo que frunciera el ceño. ¿Creía que se arrepentiría? Él carraspeó mirando a Dallas que estaba a su lado y murmuró algo. Dallas reprimió la risa. Sí, creía que se iba a arrepentir. Ya le tiraría de las orejas más tarde. Esa noche.

Curt alargó la mano cuando llegó hasta él y soltando el brazo de su padre la cogió mirándole a los ojos. —Nena... Nunca olvidaré cómo ibas este día porque no puede haber una novia tan guapa en todo Texas.

Emocionada sonrió. —Por si acaso pondremos unas cuantas fotos por casa. —Curt rio. — Tú también estás muy guapo.

—¿Quieres dejarlo ya? —El grito de Maira hizo que todos miraran a su prima que se puso como un tomate e hizo un gesto con la mano ante la cara. —Una mosca.

Walt de pie al otro lado reprimió la risa y Carrie gruñó. —Este va a darme la boda.

—Tranquila, yo le controlo. —Fulminó a su hermano con la mirada mientras la llevaba hasta el altar y Walt miró hacia su prima como si fuera la culpable de todas las plagas de la tierra. Su novio se acercó a su oído y susurró —¿Sabes, nena? Creo que tenías razón. Hay que tomar medidas.

—Eso mismo estaba pensando yo. —Le miró a los ojos enamorada. —Qué bien nos entendemos, mi amor.

Besó su mejilla antes de girarse hasta el padre Deason que empezó diciendo —Queridos hermanos, estamos aquí para unir a este hombre y esta mujer en sagrado matrimonio.

Maira chasqueó la lengua y todos volvieron a mirarla. —¿Qué? ¡No he hecho nada!

El cura carraspeó. —Como decía... ¿Qué decía?

—¡Empiece de nuevo y como oiga una mosca el resto de la ceremonia voy a repartir hostias y no de las consagradas! —exclamó Curt haciendo reír a su novia que apretó su mano.

El padre Deason carraspeó. —Bien dicho, hijo.

Alguien estornudó y de repente un chico salió corriendo haciendo reír a los que estaban a su alrededor. Carrie sonrió a su novio. —Se te escapa.

Hasta el cura se echó a reír y eso relajó el ambiente. Carrie le guiñó un ojo a Yanina que con la niña en brazos reía como los demás.

—Muy bien, empecemos de nuevo. —El padre sonrió encantado a los novios. —Estamos reunidos para unir a Carrie y a Curt en sagrado matrimonio.

Miró a su prima de reojo y aparte de estar roja como un tomate tenía un cabreo de primera. Miraba a Walt como si quisiera arrearle en la cabeza con el jarrón que tenía al lado. Este sonreía de lo más satisfecho. Carrie suspiró antes de mirar a su prometido que parecía muy centrado en lo que decía el cura. Eso la hizo concentrarse. Su sermón fue precioso. En realidad toda la boda fue preciosa y muy emotiva.

Llegó el momento de los anillos y Curt cogió el que tenía que ponerle a ella. —Te entrego este anillo como prueba de mi amor y fidelidad a ti.

Ella cogió el de Curt de un almohadón. Le miró a los ojos y sonrió. —Te entrego este anillo como prueba de que voy a respetarte, cuidarte cuando enfermes y estaré a tu lado en lo bueno y en lo malo. Prometo ser tuya el resto de mi vida y entregarme a ti. Prometo intentar que mi trabajo no nos quite tiempo juntos e intentaré no cabrearme demasiado. —Varios rieron y Carrie sonriendo continuó —Te prometo mil cosas al entregarte este anillo, pero sobre todo prometo amarte el resto de lo que me quede de aliento hasta que la muerte nos separe. Ah, y no miraré a otro porque con este marido qué mujer iba a hacerlo.

Riendo el sacerdote levantó las manos. —Hacía mucho tiempo que no veía una pareja tan enamorada. Es un placer para mí decir estas palabras, os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Curt la cogió por la cintura pegándola a él. —Señora Brenner... Te amo. —La besó de tal manera que no le quedó ninguna duda y cuando se apartó le abrazó emocionada. —No te arrepentirás, nena. Te lo juro.

—Lo sé.

—¡Ni de coña!

Se volvieron para ver que su prima cogía los bajos del vestido y como realmente furiosa bajaba los escalones de delante del altar pasando ante ellos. Gruñendo siseó —Felicidades.

—Gracias —dijo Curt con ironía antes de mirar a su hermano que reprimía la risa—.

Walt...

—¡Solo le he ofrecido el brazo!

Tumbados uno al lado del otro en la cama sonrieron encantados y ella acarició su pecho posesiva antes de mirarle. —¿Serán tan felices como nosotros?

—No.

Ella se echó a reír colocándose a horcajadas sobre él. —Estoy intrigada.

La miró asombrado. —¿Tan pronto te aburro que te interesa lo que hacen otros?

—Mmmm. —Pasó las manos por su pecho sin poder creerse que todo aquello fuera suyo.

—No me aburrirías nunca.

La volvió tumbándola sobre la cama. —Lo mismo digo, preciosa. —La besó en el cuello haciéndola suspirar de placer.

—Solo llevamos unas horas casados y se me ha olvidado algo.

Curt levantó la cabeza para mirarla. —¿El qué?

—Darte mi regalo.

—Ya me lo darás más tarde —dijo con la voz ronca de deseo—. Joder, nena... Nunca me saciaré de ti.

—Pues aprovecha ahora que dentro de siete meses llega la cuarentena.

Él frunció el ceño antes de levantar la cabeza. —¿Qué?

Carrie sonrió emocionada. —Vamos a tener un hijo. —Estaba en shock. —¿Dijiste que los hijos unían mucho!

—¡Pero no pensaba que tú querías ya! ¡Eres médico! ¡Creía que tomabas medidas!

Se echó a reír. —El que quería tener diez hijos.

Pálido se sentó. —Me estoy mareando.

—¿Tienes miedo? —Se echó a reír. La cara que había puesto.

Pareció aliviado porque no se tomara mal su reacción. —Quiero tener hijos contigo, pero creía que tendría tiempo para prepararme.

—Tienes siete meses. Y estarás preparado. Les querrás muchísimo incluso antes de verles, y cuando les tengas en brazos por primera vez te robarán del todo el corazón porque son nuestros hijos. —Abrió los brazos y él la abrazó con fuerza. —Además estaré contigo.

—No me dejes nunca.

—¿Dudas de mí?

—Temo que un día te despiertes y pienses qué rayos haces conmigo.

Se apartó para mirarle a los ojos. —¿Qué hago contigo? Nunca he sido más feliz que estando a tu lado y te amo tan intensamente que pienso en ti a todas horas. —Acarició su mejilla. —¿Arrepentirme? Me arrepiento de no haber venido antes.

Besó suavemente sus labios. —Te amo, nena.

—Lo sé, mi amor... y lo agradezco cada día. Eso es lo que pienso al despertarme y lo pensaré siempre.

Epílogo

Gimió por el dolor de cabeza que tenía y se giró tocando algo duro a su lado. Los muelles de la cama sonaron y frunció el ceño al escuchar un suspiro. Maira abrió un ojo y chilló al ver a Walt a su lado. ¡Y desnudo! Chilló mirándose a sí misma y suspiró del alivio al ver que tenía puesto el vestido de dama de honor antes de fulminarle con la mirada. —¿Qué es esto?

—Un secuestro, básicamente —dijo como si nada. Chasqueó la lengua—. ¿Me sueltas?

Vio que tenía las manos atadas con unas correas de cuero a la cabecera de la cama y sin poder evitarlo sus ojos descendieron por su cuerpo desnudo. El vello negro de sus pectorales le subieron la temperatura y siguió descendiendo por sus abdominales que se tensaron con fuerza por su mirada. —Nena... —Sin cortarse siguió bajando y se sonrojó con fuerza al ver como su sexo se endurecía de manera evidente. Separó los labios sin dejar de mirarlo, tan erecto rodeado de ese vello negro. Walt se revolvió con fuerza. —¡Qué me sueltes!

Maira entrecerró los ojos y se levantó de la cama sintiéndose acalorada y muerta de sed. Sobre la mesilla había una jarra de agua y llenó el vaso bebiendo sedienta mientras él la miraba atónito. —¿Qué haces? ¡Suéltame!

Dejó el vaso sobre la mesilla y se dio la vuelta llevándose las manos a la cabeza. Descalza dio vueltas por la habitación pensando en ello. —Esto no es cosa tuya, ¿verdad?

—¿Tú qué crees? ¿Y después me he atado solo?

Hizo una mueca. Había sido su prima. La muy sádica la había drogado, como si no hubiera sufrido ya bastante. Miró su cara. Seguro que a él también le habían drogado para que se dejara atar. Le devoró con la mirada sin poder evitarlo y que tuviera el sexo en esas condiciones no

ayudaba nada. Bueno, ¿y ahora qué hacía? Por su actitud estaba claro que en cuanto le soltara iba a hacer lo que fuera por salir de allí y que se cubriría, lo que ya en sí era un pecado gordísimo. Era tan guapo que su corazón no se recuperaría en la vida de esa imagen. Frunció el ceño y él la miró atónito. —Maira, suéltame —dijo de manera más delicada.

No le hizo ni caso cruzándose de brazos mientras pensaba en sus cosas. Tenía una oportunidad. La madre de Walt había sido secuestrada y había terminado totalmente enamorada de su marido. Estaba claro que no les iban a soltar y que no entrarían en un par de días porque allí había agua, comida y un orinal. Era su oportunidad. Ahora tenía que decidir si quería seducirlo y seguir sufriendo con su rechazo hasta que claudicara. Eso si claudicaba. Entrecerró los ojos mirándole fijamente y él hizo lo mismo como si desconfiara. —Nena...

—¿Sabes?

—¡No sé nada! ¡Suéltame!

—Me había dado por vencida.

La miró como si le hubiera dado la sorpresa de su vida. —¿Qué?

—Y hasta se me pasó por la cabeza abandonar mi hogar e irme para ver si así sin verte podía olvidarte. —Puso los brazos en jarras. —¿Debo hacerlo, Walt?

—¿Te vas a ir? —siseó mosqueadísimo—. ¡Pues vete!

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Por qué quieres hacerme daño?

La miró arrepentido y vio cómo se sentaba en el suelo y se abrazaba las piernas intentando no llorar. —Joder nena, no llores. ¡Grítame que soy un cabrón, pero no llores!

—¡Cabrón!

Walt sonrió antes de mirar el techo. —¿Recuerdas nuestra primera cita?

Se le cortó el aliento levantando la vista hacia él y sus ojos castaños mostraron su esperanza sin darse cuenta. —Sí.

—Nunca sentí por nadie lo que sentí por ti. Te deseaba de una manera... —Chasqueó la lengua. —Pero eras una cría.

—¡Te acostaste con otras de mi edad! —exclamó indignada.

—¡No me enamoré! ¡Pero vi que tú sí y no volví a llamarte!

Apretó los labios apoyando la frente sobre las rodillas. —Ya sé que no me quieres.

Él giró la cabeza mirándola. Parecía tan hundida... Tiró de las correas. —Maira suéltame.

Levantó la cabeza mostrando sus ojos llenos de lágrimas. —¿Por qué le mataste?

—¿Quién te lo ha contado? ¿Tu prima?

—Tu cuñada. ¿Por qué?

—¡Porque te hizo daño! —gritó rabioso.

—¿Y a ti qué te importaba? ¿Qué más da si me muero?

—¡No digas idioteces!

—¿Idioteces? —Se levantó y cogió el cuchillo que había al lado de los sándwiches poniéndoselo en la muñeca. —¿Qué te importa? ¡Me ignoras! ¡No me quieres! ¡Si me muero no sentirás nada! ¿Por qué fuiste al hospital? ¿Por qué le mataste?

Pálido vio el filo en su delicada piel. —Nena, no hagas locuras.

—¡Dímelo!

La miró a los ojos y vio como las lágrimas caían por sus mejillas e intentó soltarse. — Suelta el cuchillo.

Ella entrecerró los ojos. —¿Por qué tus hermanos te han encerrado aquí? ¿Por qué Yanina cree que me quieres? ¿Porque no sentiste lo que tus hermanos en esa cita? ¿Fue por eso?

—¡Sí! —gritó rabioso—. ¡Porque en cuanto te dejé en casa aquella noche regresé al bar! ¡Una tía se me acercó y me la tiré! ¡Entonces me dije que estaba equivocado, que si fuera verdadero no habría hecho eso! ¡Durante años no has salido de mi mente y el sentimiento de culpa

siempre ha estado ahí! ¡Pero me dije una y otra vez que tenía razón, así que te ignoré! ¿Cómo voy a quererte después de lo que hice? ¡Eso no es amor!

Dejó caer el cuchillo de la impresión mirándole fijamente mientras intentaba digerir lo que acababa de decir. Se había asustado. Recordó el beso que le dio ante su puerta y todo lo que había sentido. Quizás eran muy jóvenes, quizás no se lo había esperado, pero viendo sus ojos era evidente que se asustó por lo que había pasado. Llevó sus manos al costado del vestido y bajó la cremallera lentamente. Walt la miró asombrado. —¿Qué haces?

—Llevarme lo que no me llevé esa noche. —Se subió el vestido quitandoselo por la cabeza y lo tiró a un lado mostrando su ropa interior en azul pálido de encaje. Ver como se la comía con los ojos le dio valor y se acercó a la cama arrodillándose a su lado. Recorrió su cuerpo con la mirada sintiendo que ardía. Era todo suyo, esa noche al menos.

—Nena, creo que no piensas con claridad y... —Con las yemas de los dedos rozó sus abdominales y él se tensó con fuerza tirando de las correas. —Joder... —dijo por lo bajo como si sufriera.

Apartó la mano sorprendida. —Si todavía no he empezado.

—¡Maira, suéltame!

Retándole con la mirada se llevó las manos a la espalda y se desabrochó el sujetador mostrando sus firmes pechos. Walt apretó las mandíbulas y ella susurró —¿Te gustan?

—¡Dios, Dallas! —gritó tirando de las correas con fuerza.

Maira sonrió. —¿Eso es que sí? —Se puso de pie sobre la cama y se bajó las braguitas. —¿Sabes? En todos estos años no me ha tocado otro hombre. —Él la devoró con la mirada y ella pasó una pierna sobre su cuerpo y se arrodilló lentamente sin dejar de mirarle a los ojos. —Ya no vas a rechazarme, se acabó.

—Dios, eres preciosa.

Se agachó lentamente y su sexo rozó la punta de su hombría provocándole un

estremecimiento. Maira tembló sobre él y llevó sus manos a su pecho. Él levantó las caderas y ella cerró los ojos cuando la rozó gimiendo de placer. —¿Esto es normal, cariño? ¿Has sentido esto con otras? —Acarició su pecho y ella se sentó sobre su sexo moviéndose sobre la dureza de su miembro sin poder evitarlo. Gimió de placer y Walt tiró de las correas tensando todo su cuerpo. Ella le miró fascinada embriagada por lo que le hacía sentir. Se agachó y besó su pecho. Acarició con su mejilla su pezón y susurró —Creía que nunca llegaría este momento. —Cerró los ojos disfrutando de su aroma y del roce de su piel. —Dios, te quiero tanto... —Besó su pecho y lamió su pezón haciendo que gruñera. Vio cómo este se endurecía y lo mordisqueó antes de que sus labios bajaran por su torso.

—Preciosa, suéltame —dijo con la respiración agitada.

—No, esta noche eres mío —susurró subiendo de nuevo y besó su cuello. Él cerró los ojos mientras sus labios recorrían su mandíbula y cuando llegó a sus labios los besó suavemente. Walt los separó ansioso y entró en su boca. Casi grita de la alegría cuando la saboreó y emocionada respondió con toda el alma. Movié las caderas sobre él y sintiendo la necesidad se besaron desesperados.

Él apartó su boca y con la respiración agitada dijo —Suéltame, nena. Quiero tocarte.

Por un momento pensó en claudicar ya que se moría porque la tocara, pero negó con la cabeza sentándose sobre él de nuevo. Mirándole a los ojos cogió su sexo que la sorprendió por su dureza y suavidad. Walt tiró de las correas. —Recordaré esta noche toda mi vida —dijo ella antes de introducirse en su interior. Él gritó arqueando su cuello hacia atrás moviendo sus caderas hacia arriba y Maira se apoyó en su pecho sintiendo la tensión en su interior por la invasión, pero no era suficiente. Le miró a los ojos antes de dejarse caer con fuerza sobre su sexo provocando que ambos gritaran.

Intentando acostumbrarse se movió ligeramente sobre él y Walt susurró —Eso es nena, muévete. Dios, eres perfecta.

Mareada por lo que su cuerpo estaba sintiendo ni le escuchó pendiente de su propia necesidad y se movió de nuevo. Fue como si la traspasara un rayo, así que se elevó dejándose caer sobre él. Se apoyó en su pecho y sintiendo que su cuerpo quería más volvió a mover las caderas. Su roce en su interior tensaba sus músculos poco a poco y aumentó el ritmo. Walt apretó los puños con fuerza moviendo las caderas para acompañarse a ella. Se dejó caer con más ímpetu creyendo que se volvía loca, cuando algo estalló sorprendiéndola por la intensidad de su placer. Ni se dio cuenta de que caía sobre él.

Aún disfrutando de todas las sensaciones que habían recorrido su cuerpo ni sintió como él acariciaba su mejilla con la suya. —Si esto no es amor no sé lo que es, preciosa.

Esa frase hizo que abriera los ojos y se miraron durante varios minutos. —Puede que en ese momento no me quisieras, puede que no fuera lo que te esperabas...

—Nena, no fue culpa tuya.

—¡Claro que no! ¡Ha sido culpa tuya! ¡Yo te he querido siempre! ¡No tengo la culpa de que tú desearas cosas que nunca llegarán porque ya me quieres a mí!

Walt levantó sus cejas negras. —¿Me mantendrás atado hasta que lo reconozca?

—¡Sí, hasta que entres en razón!

—Muy bien, lo reconozco. Te quiero, preciosa.

—¿De verdad? —preguntó con desconfianza.

Preocupado respondió —Suéltame.

—¿Lo has dicho para que te suelte?

Él apretó los labios. —Solo lo comprobarás si me sueltas.

Lo pensó un rato y se tumbó abrazándole. —Mejor espero.

—¿Cuánto? —preguntó incrédulo.

—No sé... ¿Cuántos días puedo tenerte solo para mí sin que nos echen de menos?

—¡Maira! ¡Quiero besarte! —Ella sonrió acariciando su pecho y acercó su rostro. —
Suéltame, quiero tocarte.

—Dime cuanto me amas y lo haré.

Walt sonrió. —Te vuelve loca el helado de chocolate y Cindy te lo prepara en cuanto te ve entrar por la heladería. Chupas la cucharilla al terminar por delante y por detrás. Lo hiciste en nuestra primera cita. —Se le cortó el aliento mirando sus ojos grises. —Te vistes mucho de azul, pero tu color favorito es el violeta. Odias la bicicleta desde que te caíste con doce años y te rompiste un brazo. Te gustan las novelas de misterio y las de amor. Y ves películas de miedo. Te encantan. —Él rio por lo bajo. —Pero nadie quiere ir contigo al cine para verlas porque gritas mucho cada vez que te sobresaltas. No llevas anillos porque solo te pondrás el de prometida y casada. Y seré yo quien te los ponga en el dedo, nena. De eso puedes estar segura.

Emocionada susurró —Me quieres.

—Sí, preciosa. Solo siento haber sido tan necio y no haberme dado cuenta de lo que tenía delante mientras esperaba algo que no llegaría nunca porque ya te había conocido. Te quiero e intentaré compensarte por todo el dolor que te he causado por estos años vacíos.

Una lágrima cayó por su mejilla. —Solo me importan los años que vendrán.

—Pues intentaré que sean los más felices de tu vida, nena. —Ella se le quedó mirando y él parpadeó antes de carraspear. —Sé que eres nueva en esto, pero estos tratos se sellan mejor besándose.

No iba a desaprovechar la oportunidad para dejar todo bien claro ahora que estaba en racha. —Así que te casarás conmigo.

Walt sonrió. —Te lo acabo de pedir.

—¿De veras? —preguntó aparentando sorpresa mientras su corazón estallaba de felicidad.

—Cuando te he dicho lo de los anillos.

Ella entrecerró los ojos. —Ah. —Al parecer no le había malinterpretado ni se lo había

imaginado. Sonrió radiante y desató la correa que tenía más cerca antes de pasar sobre él para desatar la otra. La cogió por la cintura tumbándola a su lado y se la comió con los ojos. —Faltan los pies.

—De momento me vale con esto —dijo con la voz ronca antes de besarla como si quisiera comérsela.

Sintiéndose la mujer más feliz del mundo abrazó su cuello. Cuando se apartó para mirarla entrecerró los ojos —Me he declarado y no me has respondido.

—¿Tengo que hacerlo?

Walt sonrió de esa manera que la volvía loca. —No, preciosa. Porque la decisión ya está tomada.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1- Vilox (Fantasía)
- 2- Brujas Valerie (Fantasía)
- 3- Brujas Tessa (Fantasía)
- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5- Planes de Boda (Serie oficina)
- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)

- 8- Inseguro amor (Serie oficina)
- 9- Hasta mi último aliento
- 10- Demándame si puedes
- 11- Condenada por tu amor (Serie época)
- 12- El amor no se compra
- 13- Peligroso amor
- 14- Una bala al corazón
- 15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16- Te casarás conmigo
- 17- Huir del amor (Serie oficina)
- 18- Insufrible amor
- 19- A tu lado puedo ser feliz
- 20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21- No me amas como quiero (Serie época)
- 22- Amor por destino
- 23- Para siempre, mi amor.
- 24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
- 25- Mi mariposa (Fantasía)
- 26- Esa no soy yo
- 27- Confía en el amor
- 28- Te odiaré toda la vida
- 29- Juramento de amor (Serie época)
- 30- Otra vida contigo
- 31- Dejaré de esconderme
- 32- La culpa es tuya
- 33- Mi torturador (Serie oficina)
- 34- Me faltabas tú

- 35- Negociemos (Serie oficina)
- 36- El heredero (Serie época)
- 37- Un amor que sorprende
- 38- La caza (Fantasía)
- 39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40- No busco marido
- 41- Diseña mi amor
- 42- Tú eres mi estrella
- 43- No te dejaría escapar
- 44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45- ¿Nunca? Jamás
- 46- Busca la felicidad
- 47- Cuéntame más (Serie Australia)
- 48- La joya del Yukón
- 49- Confía en mí (Serie época)
- 50- Mi matrioska
- 51- Nadie nos separará jamás
- 52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)
- 53- Mi acosadora
- 54- La portavoz
- 55- Mi refugio
- 56- Todo por la familia
- 57- Te avergüenzas de mí
- 58- Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59- ¿Qué haría sin ti?
- 60- Sólo mía
- 61- Madre de mentira

- 62- Entrega certificada
- 63- Tú me haces feliz (Serie época)
- 64- Lo nuestro es único
- 65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66- Dueña de tu sangre (Fantasía)
- 67- Por una mentira
- 68- Vuelve
- 69- La Reina de mi corazón
- 70- No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71- Estaré ahí
- 72- Dime que me perdonas
- 73- Me das la felicidad
- 74- Firma aquí
- 75- Vilox II (Fantasía)
- 76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77- Una noticia estupenda.
- 78- Lucharé por los dos.
- 79- Lady Johanna. (Serie Época)
- 80- Podrías hacerlo mejor.
- 81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82- Todo por ti.
- 83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84- Sin mentiras
- 85- No más secretos (Serie fantasía)
- 86- El hombre perfecto
- 87- Mi sombra (Serie medieval)
- 88- Vuelves loco mi corazón

- 89- Me lo has dado todo
- 90- Por encima de todo
- 91- Lady Corianne (Serie época)
- 92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93- Róbame el corazón
- 94- Lo sé, mi amor
- 95- Barreras del pasado
- 96- Cada día más
- 97- Miedo a perderte
- 98- No te merezco (Serie época)
- 99- Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.
- 101- Las pruebas del amor
- 102- Vilox III (Fantasía)
- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retráctate (Serie Texas)
- 105- Por orgullo
- 106- Lady Emily (Serie época)
- 107- A sus órdenes
- 108- Un buen negocio (Serie oficina)
- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111- Yo lo quiero todo
- 112- La elegida (Fantasía medieval)
- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida

- 116- Tú eres mi sueño
- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119- Sólo con estar a mi lado
- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122- Desterrada (Serie vikingos)
- 123- Tu corazón te lo dirá
- 124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
- 125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
- 126- Dragón Dorado (Serie época)
- 127- No cambies por mí, amor
- 128- Ódiame mañana
- 129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
- 130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
- 131- No quiero amarte (Serie época)
- 132- El juego del amor.
- 133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
- 134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)
- 135- Deja de huir, mi amor (Serie época)
- 136- Por nuestro bien.
- 137- Eres parte de mí (Serie oficina)
- 138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)
- 139- Renunciaré a ti.
- 140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)
- 141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.
- 142- Era el destino, jefe (Serie oficina)

- 143- Lady Elyse (Serie época)
- 144- Nada me importa más que tú.
- 145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)
- 146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)
- 147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)
- 148- ¿Cómo te atreves a volver?
- 149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)
- 150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)
- 151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)
- 152- Tú no eres para mí
- 153- Lo supe en cuanto le vi
- 154- Sígueme, amor (Serie escocesa)
- 155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)
- 156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte

También puedes seguirla en Facebook y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.

